

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA
SECCIONAL CALI

CRÓNICAS

SI VENA
ALGUIEN
VIVO

Compilador y editor:
Gabriel Jaime Alzate

Si ven a alguien vivo
(Crónicas)



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
SECCIONAL CALI**

Si ven a alguien vivo
(Crónicas)

Compilador y editor:
Gabriel Jaime Alzate

Facultad de Psicología
2011

Universidad de San Buenaventura, seccional Cali
Editorial Bonaventuriana

Título *Si ven a alguien vivo (Crónicas)*

Compilador y editor: Gabriel Jaime Alzate (gjalzate@usbcali.edu.co)

ISBN: 978-958-8436-60-9

Rector
Fray Álvaro Cepeda van Houten, OFM

Secretario
Fray Hernando Arias Rodríguez, OFM

Vicerrector Académico
Juan Carlos Flórez Buriticá

Vicerrector Administrativo y Financiero
Félix Remigio Rodríguez Ballesteros

Directora Investigaciones
Angela Rocío Orozco Zárate

Director Proyección Social
Ricardo Antonio Bastidas

Coordinador Editorial Bonaventuriana
Claudio Valencia Estrada
e-mail: clave@usbcali.edu.co

Diseño y diagramación: Carlos Cárdenas

© Universidad de San Buenaventura Cali

Impresión: Feriva S.A.

Universidad de San Buenaventura, seccional Cali
La Umbría, carretera a Pance
A.A. 25162 - PBX: (572)318 22 00 - (572)488 22 22 - Fax: (572)488 22 31/92
www.usbcali.edu.co • e-mail: EditorialBonaventuriana@usbcali.edu.co
Cali - Colombia, Sur América

Este libro no puede ser reproducido total o parcialmente por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad de San Buenaventura, seccional Cali.

Cali, Colombia
Octubre de 2011

Si ven a alguien vivo es un libro de crónicas escritas por los estudiantes del programa de Psicología de la Universidad de San Buenaventura, seccional Cali, por lo tanto los personajes y las situaciones presentadas en las crónicas son de responsabilidad de los autores y no comprometen el pensamiento y la filosofía de la Universidad. Algunos nombres han sido cambiados por petición expresa de los personajes.

Índice

• Presentación	11
• Diagnóstico equivocado Alejandra Sánchez Zapata	13
• Si ven a alguien vivo... Ana María Gómez Londoño	23
• Bienvenida al mundo, Lucía Carlos Arturo Restrepo Delgado	33
• Una fotografía para Juancho Catalina Alexandra Silva López	45
• La basura es mi vida Cindy Zuluaga Obando	53
• La verdad detrás del éxito Stephanía Trigueros Girón	61
• Arriba el telón Eva María Sanclemente Rugeles	71
• ¡Bendición, papá! Jenny Patricia Orejuela Reyes	81
• Los de la fila izquierda se pueden ir. Los demás se quedan... Juliana Losada Suárez	89

• Ya es muy tarde, Gache. . .	97
Camilo Andrés Hidalgo Niebles	
• La muerte es muy bella	105
Katherine López Vargas	
• En casa de carpintero, músico y algo más. . .	113
Laura Rocha Ruiz	
• Un secreto para todos	123
Diana Marcela Izquierdo Moreno	
• Último round	135
Mauricio Rendón Echeverry	
• De un patio al otro, el amor	145
Nathalia Ayala Garcés	
• Siete bebés perdidos	155
Natalia Holguín Reyes	
• Jugando con el diablo	165
Stephanie Cortés Escobar	
• Un error en el espejo	173
Tatiana Alejandra Cruz Páez	
• Su cuerpo por la libertad	181
Valentina Ramírez Arana	
• El momento equivocado	189
Melissa Fajardo Bastidas	

Presentación

En la Universidad de San Buenaventura, seccional Cali consideramos que leer y escribir es parte esencial de la formación de un buen psicólogo. Desarrollar competencias a este nivel, a través del ejercicio de la escritura de una crónica, es una oportunidad para construir una manera particular de escuchar a otros y comprender las perspectivas que tienen del mundo y de la vida, de sus acontecimientos personales y sociales, de las realidades de nuestra ciudad y de nuestro país.

La intensidad, diversidad y dramatismo de estas historias, enriquece no sólo a un psicólogo en formación sino a todo aquel que se acerca con genuino interés a leerlas y comprenden cómo viven, cómo sufren, cómo sueñan, cómo esperan, sujetos, que a no ser por el trabajo de los cronistas, no tendríamos la posibilidad de conocer nada de ellos ni de su entorno.

El profesor Gabriel Jaime Alzate Ochoa, escritor y literato, orienta desde hace varios años en la elaboración de las crónicas a los estudiantes que ingresan a primer semestre y que cursan la asignatura taller de escritura. Este proceso implica elección de un personaje, lograr su aceptación, confianza y colaboración para que a través de una serie de conversaciones y encuentros con sus rutinas y su cotidianidad los estudiantes puedan reunir la información, las imágenes y las palabras precisas que permitan condensar en un escrito lo más relevante y

significativo de su historia y de la manera como el sujeto da cuenta de ella. Las crónicas mejor logradas son seleccionadas para formar parte de los libros que anualmente se publican y que ya van en su tercera versión.

El esfuerzo que realizan nuestros cronistas-estudiantes de psicología implica, por una parte, un trabajo intelectual que va desde leer y analizar decenas de crónicas de expertos escritores para descubrir y aprehender su estructura, hasta lograr la paciencia y la perseverancia necesarias para corregir los escritos cuantas veces se requiera. Esto favorece el desarrollo de habilidades básicas para la lectura y composición de textos y el entrenamiento en procesos de indagación e investigación, plataforma esencial para el aprendizaje de la psicología y para el estudio de un sinnúmero de teorías y autores que constituyen los referentes desde los cuales se aborda la complejidad de lo humano.

De otra parte, está el trabajo que deben realizar sobre sus emociones y sobre sus prejuicios, para comprender qué implica escuchar al otro sin juzgarlo y sin apresurarse torpemente a interpretarlo. Ese sujeto, que decide narrar y compartir un fragmento de su vida, da acceso, al cronista y luego a nosotros, los lectores, a la intimidad de su existencia, describiendo emociones, situaciones, dramas, conflictos, personas, paisajes, escenarios que ante todo, permiten intuir lo insondable de la naturaleza humana. Lograr plasmar de la manera más precisa posible la realidad y riqueza de estos discursos, constituye el valor de un ejercicio pedagógico, que entraña una escritura altamente exigente, compromete al estudiante con el rigor de la producción intelectual desde los inicios de su formación, abre su mente a otras formas de ver el mundo y realmente permite el encuentro cara a cara con el otro, asunto que en últimas lo obliga a transitar la distancia que va de la academia a la realidad de la ciudad y sus habitantes. Afortunadamente para nosotros, los lectores, estas crónicas de las que bien puede ser protagonista nuestro vecino o alguien que vemos caminando la calle, pueden recuperar nuestra capacidad de asombrarnos, conmovernos, tomar consciencia de nuestros prejuicios e incluso solidarizarnos con personas comunes y corrientes, cuyas vidas y cuyos dramas, tienen trazos de nuestra propia existencia.

Carmen Elena Urrea Benítez

*Decana, Facultad de Psicología
Universidad de San Buenaventura,
seccional Cali.*



1

Diagnóstico equivocado

Alejandra Sánchez Zapata

“Espero salir de este problema algún día”, dice Ana Victoria Ospina y eleva las manos y mira el cielo mientras camina por su lugar de trabajo, el parqueadero de urgencias del hospital San Vicente de Paul, de Palmira. Son las dos y media de la tarde y ella va de un lado a otro y se las ingenia para que la mayoría de los carros puedan parquear. Este es el día a día de Ana Victoria, una mujer que en el transcurrir de sus treinta y ocho años de edad ha tenido que vivir en lugares que tilda de horrorosos, y además ha tenido que soportar el rechazo de su familia.

Con tristeza cuenta cómo la vida le dio un vuelco a partir del momento en que definió su preferencia sexual.

“Es increíble que a mis quince años me tocara escapar de mi casa a un bar *de ambiente* porque no soportaba el maltrato que recibía de parte de mi familia, y más por mi padre. No aguantaba la manera como mi papá trataba a mi mamá, y que no aceptaran que yo era lesbiana”. No para de llorar recordando ese episodio, y cómo a esa edad tuvo que empezar a trabajar en bares de *ambiente* para pagar sus gastos, ya que no recibía nada de sus padres.

Con las manos en la cabeza dice: “Recuerdo que me ponía tacones y me maquillaba mucho tratando de aparentar más edad para así poder trabajar en esos lugares. También recuerdo que mi mamá iba a los bares a buscarme para que volviera a la casa, y como yo era rebelde y no le hacía caso, amenazaba a los

administradores de los bares con poner una denuncia por darle trabajo a una menor de edad. Después de muchos intentos para que dejara estos bares volví a mi casa, pero mi mamá me amenazó y me dijo que si no cambiaba mi preferencia sexual me echaba de la casa, cosa que me importó muy poco porque ya estaba acostumbrada a vivir en la calle y a ser independiente”, dice.

Pasan las horas y allí está Ana Victoria luchando con la pobreza y con los problemas que la rodean. El día ha pasado lentamente. Se encuentra entre carros y carros. Son las siete de la noche y decide irse a dormir. “Creo que ha sido todo por hoy. Espero mañana sea un gran día y que Diosito me ayude a ganar platica para poder comer”, dice, cansada por el trajín del día.

Al amanecer se levanta con un nuevo semblante, dispuesta a trabajar. Empieza su día con pie derecho, pues uno de los vigilantes que trabaja en el hospital donde ella cuida los carros le lleva desayuno. Ella le agradece. Ana Victoria retoma, entonces, el hilo de su historia. Se transporta al momento en que escapó definitivamente de su casa. Recuerda que se enamoró de una joven de veintidós años, quien fue su pareja durante año y medio. “Con ella conocí el amor. Viví cosas increíbles, a pesar de que yo en ese instante tenía diecisiete años y ella veintidós. Me cegué por completo y me enamoré. Creo que fue algo así como ese primer amor de la juventud”.

El tiempo pasaba y ella se entendía muy bien con su pareja. Reapareció, entonces, en su vida un hombre que la frecuentaba cuando tenía quince años. Éste era de edad avanzada y sentía una fuerte atracción por ella. El señor trataba de comprarla con carros y derrochaba dinero ante ella para así convencerla de que él era una buena opción, pero todo era en vano. Un día llegó al bar donde trabajaba y encontró a su pareja teniendo sexo con otra mujer. En ese momento quedó destrozada: “El mundo se me vino encima. Me sentí más triste que cuando mis papás me quitaron su apoyo. Fue algo demasiado fuerte para mí. Es una experiencia que no se le desea a nadie. En ese momento sólo pensé en dormirme y no volver a despertar”.

Pasaban los días y el señor seguía frecuentando a Ana, hasta que en un raptó de frustración accedió a ir a un motel con él. En medio de su despecho y de su dolor interior se tomó media botella de aguardiente. “Recuerdo que yo no quería ir a ese motel, pero hubo un momento en que olvidé todo y accedí a acompañarlo. Cuando llegué iba dispuesta a emborracharme para así poder lograr aunque fuera por un momento alejarme de mi realidad, de las cosas feas que en ese instante estaba sintiendo por lo que había pasado con mi pareja”.

Por los efectos del alcohol Ana empezó a desinhibirse, y el hombre aprovechó para tener relaciones con ella.

Ana describe así las cosas: “Recuerdo tanto que el señor, después de terminar lo que me estaba haciendo, se quitó de encima, y al ver que yo estaba llorando se arrodilló y me pidió disculpas. No dije nada, me vestí y salí corriendo. Me sentí muy mal porque me había entregado a alguien a quien no quería. Es más, no me había entregado: prácticamente él me había violado”. Pasaron los días y Ana trataba de olvidar lo que había sucedido. “Un día me estaba bañando y me fijé en mis senos: estaban regando leche. Ya había tenido un retraso, pero no me preocupé porque tenía un periodo menstrual irregular. Pero cuando vi la leche recordé el momento tan horroroso que había vivido en aquel motel con el señor que en aquel momento me asechaba, y confirmé que estaba en embarazo”.

Ana creyó que la situación no podía ser peor y trató varias veces de interrumpir su embarazo.

Doña Lucía, una vecina que conoce desde esa época, dice: “Ana intentó abortar tres veces. En ese tiempo yo era enfermera y en varias ocasiones ella tocó a mi puerta porque necesitaba ayuda. Recuerdo que la primera vez tenía un mes y dos semanas; se tomó dos vasos de zumo de perejil, lo que le produjo hemorragia. Intentó abortar dos veces más, pero por cosas de mi Dios no pasó a mayores y el embarazo siguió sin complicaciones. Yo no podía creer que después de esa hemorragia y tantos intentos de aborto el bebé se salvara; pero para mí que esa niña tenía un papel muy importante que cumplir en esta vida”, dice Lucía.

Después de todo esto nació la hija de Ana, a quien llamó Angie. En esta ocasión la mamá de Ana volvió a buscarla para llevarla a casa y cuidar de la niña. “Mi mamá me buscó en todos los bares en los que yo había trabajado, pero en ninguno le daban razón sobre mi paradero. Fue mi vecina doña Lucía quien le dijo dónde me encontraba. Recuerdo que cuando mi mamá me halló me dijo: ‘Hija, vuelve a la casa, que así yo voy a poder cuidar a la niña. Y por tu papá no te preocupes, que él ya cambió y está de acuerdo con que vuelvas a vivir con nosotros’. Yo, de tonta, accedí, pensando que todo esto era cierto, que las cosas iban a ser diferentes. Pero, ¡qué va! No eran más que palabras de mi mamá para convencerme de que volviera con ella y otra vez se repitió la misma historia”.

Pasados un año y ocho meses Ana decidió huir de nuevo de su casa; sin embargo, esta vez tenía un gran problema: su hija. Pensó en llevársela, pero se detuvo y recordó cómo había sido su vida en la calle. No quería eso para su hija. “Sabía que en la casa de mis papás iba a estar bien y mi mamá iba a hacer el papel de

madre, y mi papá, el de padre, pues con ella sí se comportaba diferente. A ella sí la quería, y no la rechazó desde el primer momento en que la vio, como lo hizo conmigo. Por eso decidí irme de mi casa y dejar a mi hija viviendo con ellos”, dice Ana.

Esta vez no volvió a trabajar en bares, como lo había hecho antes; una amiga aseguró haberle conseguido un trabajo decente. En realidad se trataba de conseguir mujeres que quisieran prostituirse para mandarlas a Curazao por tres o cuatro meses, según el resultado que dieran, y como Ana había estado envuelta en este mundo de la calle se le haría más fácil. “Fue un lunes en horas de la tarde. Me arreglé y me fui a mi supuesta cita de trabajo decente. Cuando llegué al lugar en el que me habían citado, me encontré a un señor alto, de piel muy blanca y con cara de malo, quien a partir de ese momento se iba a convertir en mi jefe. Hablé con él más o menos durante media hora y le propuse que por cada mujer que yo le consiguiera él me pagara quinientos mil pesos. Me dijo: ‘Acepto su propuesta, pero primero necesito probarla a usted’. Yo me asusté porque pensé que se me estaba insinuando para tener relaciones conmigo, pero luego me di cuenta de que él lo único que quería probar era mi forma de trabajar; yo tenía que demostrarle de alguna manera que no lo iba a *faltoniar*”.

Ana empezó a buscar mujeres de Palmira y de Cali, de entre veinticinco y treinta años. Al principio, vio todo muy fácil, pues la mayoría de mujeres accedían a sus propuestas, pero después de un tiempo ya no había mujeres para enviar a Curazao y entonces empezaron a presentarse problemas con el jefe, pues él no entendía que había muy pocas mujeres dispuestas a prostituirse, y él le exigía que las encontrara como fuera.

“Llegó a amenazarme con obligarme a prostituirme si no conseguía más mujeres y que si no accedía haría lo que estuviera en sus manos para prostituir a mi hija. En ese momento me sentí impotente porque no quería que le pasara nada malo a ella y entonces me tocó hablar con él para tratar de arreglar las cosas. Era muy difícil que un hombre que se moviera en este mundo entendiera las cosas, pero gracias a mi Diosito entendió y se dio cuenta de que no era mi culpa que casi no hubiera mujeres. Todo empezó a mejorar y seguimos los dos con el negocio”.

Un día Ana fue a un bar en Cali visitado por universitarias y allí conoció a Elizabeth, una mujer de veintiocho años de edad. Empezaron a frecuentarse y a conocerse. Llegó el punto en que se enamoraron y se fueron a vivir juntas. Elizabeth tenía dos hijos, a quienes Ana les había tomado mucho cariño: “Esos

niños eran mi adoración. Ella no consentía nada conmigo y por eso no me dejaba trabajar; entonces era yo la que cuidaba de ellos”, dice.

A pesar de que Ana y Elizabeth se entendían muy bien, empezaron a surgir malentendidos entre ellas, porque, como dice Ana, su pareja era muy celosa; no la dejaba tener amigos, no la dejaba hablar con nadie. “Un día yo estaba en el apartamento oyendo música, cuando tocaron el timbre. Era una amiga del apartamento de enfrente. La hice seguir y nos sentamos a escuchar música. En eso llegó Elizabeth y armó un show. Después mi amiga se fue y como quedamos las dos solas, porque los niños no estaban, Elizabeth empezó a quemarme por todo el cuerpo con colillas de cigarrillo, que porque yo la estaba engañando. ‘Usted por qué me hace esto, si yo la quiero tanto. Yo a usted la amo y mire cómo me paga: metiéndose con la primera que se le aparece’, me decía. Pero yo no le decía nada. Al final, cuando dejó de quemarme yo le dije: ¿Estás contenta? Ya me quemaste y me lastimaste. ¿Quieres hacerme algo más?”.

Pasaba el tiempo y Elizabeth seguía maltratando a Ana hasta que ella se cansó y se fue a vivir con otra amiga. Empezó a trabajar como mesera en un bar de *ambiente* de Cali. Todo le estaba saliendo bien. No tenía a nadie a su lado pero se sentía muy bien, hasta que decidió volver a Palmira. Elizabeth se dio cuenta de que ella estaba allí y empezó a rogarle que volvieran; Ana accedió y de nuevo se fueron a vivir juntas. Esta vez Elizabeth tenía la idea de que quería un hijo de ella. Al principio a Ana le pareció una idea descabellada, pero después aceptó y acudió a un amigo de ella para que la embarazara. Pasados nueve meses Ana tuvo su hija; le pusieron Linda Elizabeth. Estaban felices con la llegada de la bebé, pero empezaron a surgir problemas. “Elizabeth se estaba volviendo loca porque el papá de su hijo menor se lo había llevado para España. Después, como siguieron las peleas, yo me separé de ella nuevamente y le quité a mi hija. Y para rematar, en ese tiempo su hija mayor decidió entrar a trabajar a un asadero de pollos y un día que ella estaba atendiendo, por robar el estadero la mataron. Con todo esto que le estaba sucediendo Elizabeth se *deschaveté*. Yo no sabía qué hacer: no podía volver con ella, pues me maltrataba, pero por otro lado me dolía lo que le estaba pasando. Al final, con todo esto, decidió meterse en las drogas. Entonces yo no volví a saber nada de ella”.

Ana trató de seguir con su vida, pero no se imaginaba que sus problemas todavía no habían acabado. Un día una de sus amigas le consiguió una entrevista de trabajo. “Recuerdo que Patricia, una amiga mía, me dijo un día: ‘Ana, me enteré de que necesitan una secretaria. Aproveche que no exigen que sea super estudiada, porque la van a capacitar. ¡No vas a dejar pasar esta oportunidad!

Sólo debes presentar unos exámenes de sangre, de rutina y nada más”. Y al final le dije que sí, entonces fui a hacerme esos exámenes”.

Lo que Ana no se esperaba era que los resultados de esos exámenes le darían un vuelco en su vida: “¡Todo fue tan repentino! Ese día me levanté temprano, me arreglé y salí a recoger los resultados para llevarlos a la entrevista. Cuando llegué al laboratorio me dijeron que yo era VIH positivo. Sentí que se me venía el mundo encima. Salí como loca de ese laboratorio; no sabía qué hacer, quería gritar, me quería morir, pero la verdad no hacía nada. Por un momento me quedé pasmada. Sólo sé que en ese instante alguien me preguntó que si me pasaba algo y yo no respondí. Después me llevaron a una tienda, me senté y pensé qué era lo que iba pasar con mi vida”.

Días después, al ver que su vida se estaba derrumbando, empezó a consumir droga, y con el tiempo fue a parar al Cartucho, en Bogotá. “Esta es la peor parte de mi historia. En el tiempo que estuve en ese lugar me hundía más en la droga. Cada segundo que pasaba me hacía más daño, pues consumía drogas muy fuertes. Un día estaba con una señora que se convirtió en mi amiga, y la pillaron vendiendo droga. Ella era madre de tres hijos, y yo en ese momento no tenía nada que perder. Entonces decidí entregarme por ella, pues yo tenía Sida y estaba a punto de morir, mientras que ella tenía una familia por la cual responder. Me dieron tres años de cárcel. Allí pasé momentos que realmente se volvieron un infierno: trataron de violarme, trataron de matarme, pero yo seguía intacta. Un ángel estaba cuidando de mí, porque varias veces me había salvado de que me sucediera algo malo”.

Pasados dos años Ana seguía tratando de cambiar en la cárcel. Asistía a talleres de rehabilitación y se destacaba por colaborarles a sus compañeras en ello. Un día estaba en su litera cuando de repente se armó una revuelta. Ana se bajó de su cama y salió de la celda. Sintió un ardor en el estómago; una compañera la había apuñalado. Una guardia la llevó a la enfermería y la estaba atendiendo. En el momento en que le aplicó una inyección, se chuzó con la jeringa. “La guardia se asustó mucho y me insultó. Recuerdo que ella me decía ‘¡Por su culpa, maldita presa, voy a morir! La hubiera dejado desangrarse. Por salvarle la vida ahora estoy infectada’. Yo sólo la miraba y no me atrevía a decirle nada. Más o menos media hora después llegó un doctor, quien le hizo el examen para ver si ella estaba infectada. Tres días después llegaron los resultados y la enfermera no tenía nada”. Así empezaron las sospechas de que Ana no tenía sida. Sus compañeras de celda le insistían en que se hiciera el examen, pero ella no quería, pues estaba segura de que estaba contagiada. Al final la convencieron.

“Accedí a practicar la prueba para ver si realmente tenía esta enfermedad, y ¡oh sorpresa!: yo nunca había estado contagiada de nada. En ese momento volví a sentir una sensación de angustia, miedo, tristeza... Prácticamente, ese resultado erróneo había acabado con mi vida”.

Ana cumplió los tres años en la cárcel. Cuando salió se sentía sola. No tenía adónde ir. Decidió volver a Palmira, lugar en el que hoy en día trabaja cuidando carros. “Espero algún día volver a ver a mis padres y a mis hijas; aunque sé que tuvieron un hogar en casa de mi papás, yo no cumplí con mi deber como madre. Quiero decirles que ya estoy fuera de la droga, que me perdonen por todos los errores que cometí y tratar de recuperar el tiempo perdido sin ellos”.



2

Si ven a alguien vivo...

Ana María Gómez Londoño

“Hay que matar a esos hijueputas”, fue lo que escuchó Jenny antes de sentir el estallido.

Después de la explosión todo se oscureció. Una nube de tierra envolvió el camión en el que iba Jenny, que tenía solamente once años. Con ella iban otros nueve niños. Perteneían a la policía juvenil de Algeciras, Huila.

“Nosotros sólo íbamos a cubrir una carrera de ciclismo por el cruce a Campoa-
legre. Los tenientes Olivero y Galeano nos habían elegido por nuestra buena
conducta para esta actividad, pero nunca nos imaginamos lo que iba a ocurrir.
Sólo éramos unos niños de pueblo que querían cumplir su sueño de ser policías”.

Jenny logró saltar del camión con Maritza, su amiga de la infancia, y correr. Adonde miraran sólo encontraban hombres armados vestidos de camuflado y con los rostros tapados a medias. Eran guerrilleros.

“En mi vida había visto tantas armas. Ni siquiera cuando la guerrilla entraba al pueblo a molestar”. Jenny estaba asustada. Sólo tenía once años y no entendía lo que estaba pasando. Maritza y Jenny se acurrucaron a un costado del camión y se cogieron de las manos. Ambas sentían el olor a pólvora, veían cómo las esquirlas caían al suelo, sentían cómo las rozaban antes de caer.

Aún no se explican cómo salieron vivas aquel fatídico día: “Recuerdo muy bien ese día. Era el 12 de noviembre de 1989. Mi mamá cumplía años, y antes de

irme para la carrera discutimos mucho porque ella quería que me quedase, pues venía mi hermana e íbamos a tener una reunión familiar; pero al final terminé ganando la pelea. Y ahora me arrepiento más que nunca y me pregunto por qué no me quedé en casa”.

Jenny y Maritza estaban acurrucadas y se tapaban los oídos con mucha fuerza, pues el ruido de los disparos era ensordecedor. Andrés, el mayor del grupo de los policías juveniles llegó sin uniforme y les dijo: “Corran hacia el monte que ya se están yendo, y desháganse de los uniformes. Si ven a alguien vivo díganle lo mismo”.

La frase “si ven a alguien vivo díganle lo mismo”, la dejó marcada. Jenny no se imaginaba ver muertos a sus compañeros, aquellos con los que había compartido parte de su vida. Los tenientes habían muerto y varios de sus compañeros habían caído junto a ellos. Jenny y Maritza corrieron como nunca lo habían hecho. No les importaba nada. “Pero esta imagen nunca se me va a borrar de la mente: en medio de la carrera que echamos, Yuli, una de nuestras compañeras más pequeñas, de tan sólo ocho añitos, venía acercándose con el brazo destruido y suplicando que no la dejaran morir. Pero ni siquiera alcanzó a terminar de pronunciar estas palabras cuando un hijueputa de esos guerrilleros le dio un tiro por la espalda. Maritza y yo nos quedamos paralizadas; de la carrera que traíamos ya no quedaba nada, sólo el mero agite de la respiración. Pensé, entonces, que me había llegado el momento. Fueron esos los segundos más largos de mi vida. Sólo podía pensar en mi mamá, en cómo estaría, en si ya se habría enterado de lo que estaba pasando, pues en pueblo chiquito todo se sabe”.

Jenny miraba, impresionada, el cuerpo de Yuli. Escuchó unos pasos que se acercaban. Empezó a subir la mirada y vio cada paso que daba el guerrillero, sus botas pantaneras sucias, su uniforme desteñido y raído, el sudor que le escurría por la frente. Emanaba el hombre un fuerte olor a sudor y a suciedad, y en su rostro se veía cansancio, satisfacción y poder. El hombre se detuvo. Del radioteléfono se escuchó una recia voz. El guerrillero contestó simplemente: “sí, comandante”, y salió corriendo monte arriba. “Definitivamente, Dios es muy grande”, pensó Jenny al verlo alejarse.

“Eran las doce y media y no regresaban —cuenta la mamá de Jenny—. Me fui a buscarla para llevarle un refrigerio. Empecé a ver que el Ejército corría de un lado a otro, y sin tener idea del porqué del alboroto me sentía perturbada. Fue entonces cuando me enteré de lo que ocurría. Los niños, entre ellos mi hija, estaban atrapados en medio de un ataque de la guerrilla. Rezaba para que se

encontraran bien, y con el pulso en la garganta abordé junto a otros padres de familia un vehículo y salimos a buscar a los niños. Al llegar vimos el camión con los vidrios destruidos y una nube de polvo se comenzaba a dispersar. Por el suelo estaban los cuerpos inertes de los niños. Otros aún respiraban. Caminé hasta ellos y levanté uno por uno buscando a ver cuál de ellos era mi hija, pero no la encontré. No sabía entonces si eso era bueno o era malo”.

Cuando el guerrillero desapareció Jenny se desplomó. Maritza la ayudó a levantarse y empezaron a quitarse el uniforme. “Quedamos en cucos y una camiseta, que tenía el escudo de la Policía. Cuando menos pensaron llegó Andrés con tres niños, los únicos que se habían salvado además de ellas”. Se adentraron todos en el monte y empezaron a correr río abajo. “Porque el río siempre nos lleva al pueblo”, recuerda con nostalgia.

Días después apareció en el diario del Huila una noticia que perturbó de nuevo la poca tranquilidad que se le permitía tener al pueblo.

Los hechos se registraron hacia las nueve y media de la mañana. Guerrilleros de las Farc vestidos de civiles se mezclaron entre las personas que hacían el mercado, Jenny y su madre entre ellas, y atacaron por la espalda a dos uniformados que prestaban seguridad en el lugar.

“Dieron certeros disparos a ambos uniformados, que cayeron al suelo de inmediato. Eso causó pánico entre todos los que hacían el mercado esa mañana”. La voz de Jenny se quiebra al relatar estos momentos.

La madre de Jenny la abrazó fuertemente y empezó a caminar con rapidez intentando alejarse del alboroto por entre los puestos de frutas de la galería y las carnes colgadas a la intemperie. Las gallinas que revoloteaban en sus jaulas y la gente que corría desesperada formaron una mancha difusa ante los ojos de la niña, que de nuevo escuchaba aterrorizada esos ruidos retumbantes en sus oídos.

Se escondieron bajo una mesa, tras unos bultos de papa. La madre tomó a la niña y la cubrió con su cuerpo. Jenny temblaba, alzó la cabeza y por entre los arrumes del mercado y el cuerpo de su madre logró ver cómo uno de los hombres armados sonreía mientras disparaba indiscriminadamente a quienes se dispersaban por la plaza intentando buscar una salida.

“Me vino a la mente entonces el rostro del guerrillero que había aparecido en el monte detrás de Yuli, el que le propinó el disparo y por poco también me pega

uno a mí. El bracito destruido de Yuli, el sudor en la frente de ese hombre, el olor de la pólvora... Todo me vino a la cabeza otra vez. Entonces escondí con miedo la cabeza de nuevo entre las faldas de mi madre”.

Cerca de la plaza de mercado se situaba un batallón del Ejército, que no tardó mucho en reaccionar. En pocos minutos la plaza se llenó de uniformados, quienes lograron dispersar a los guerrilleros de la zona y sacaron a los civiles de la plaza para brindarles atención.

“Un hombre alto nos tomó a mí y mi mamá de detrás del arrume de bultos. Su uniforme era camuflado, y me acordé de que los guerrilleros también usaban camuflado. Nos sacó de la plaza de mercado y nos reunió con los demás civiles”.

Fuera de la plaza la gente corría y gritaba con desesperación. Los uniformados corrían cargando cuerpos ensangrentados y malheridos, unos de civiles y otros de militares, entre ellos los dos cuerpos despedazados a tiros de los hombres que prestaban seguridad en la plaza cuando la guerrilla se la tomó.

“Después de estas situaciones la policía juvenil se acabó, pues estos hijueputas no sabían respetar ni sexo ni edad a la hora de tomarse el pueblo y abrir fuego... Una noche tocaron a la puerta de mi casa. Mi mamá salió en pijama a ver quién era. Me dejó a cargo de mi hermana en el cuarto y nos hizo señas de que nos quedáramos en silencio detrás de la cama. Alguien afuera golpeaba la puerta cada vez más fuerte. Mi mamá abrió. La voz de un hombre interrumpió en el silencio de la noche. Su voz era gruesa y retumbaba contra las paredes de la casita en la que vivíamos. Todo quedó en silencio de un momento a otro y la puerta se cerró”.

Jenny ya no era una niña; cruzaba los dieciséis años. Vivía en medio de la violencia en la que siempre había crecido. Ahora las tomas al pueblo no eran tan comunes porque los guerrilleros se dedicaban a algo más lucrativo: las *vacunas*, una especie de impuestos que cobraban a los campesinos a cambio de “tranquilidad”. Pero esta tranquilidad se acababa cuando las familias no tenían cómo pagar o se retrasaban en los pagos. Era ahí cuando empezaban a tocar a la puerta a altas horas de la noche, entraban los hombres armados y revolvían la casa, golpeaban a las mujeres, asustaban a los niños y se llevaban pertenencias como gallinas, cabras y marranos y cosas de los cultivos.

Esa noche un hombre irrumpió en la casa de Jenny con tres compinches. Aunque iban armados, sin apuntar empujaron a la señora a un lado y entraron

empantanando todo el suelo con sus botas. Se disponían a cobrar la *vacuna*. La madre de Jenny no tenía el dinero completo.

Uno de los hombres, el más alto, le dijo con voz fuerte, mientras pasaba los dedos por una repisa que sostenía una virgen: “Usted sabe a qué venimos”. “No tengo la plata completa”, escuchó Jenny decir a su madre y abrazaba a su hermana detrás de la cama.

Por la puerta del cuarto, entreabierta, sólo se veían sombras. Se escuchaban pasos. Las tomó por sorpresa el ruido de algo que se hizo pedazos contra el suelo. Las niñas brincaron en su sitio y escucharon los sollozos de su madre, que repetía incansablemente que no tenía la plata completa.

La señora sacó de un cajón una tercera parte de lo que debía dar a los hombres. No hacía más que mirar la virgen, que ya era sólo pedazos de porcelana barata en el suelo sucio, y pedía una y otra vez que le dieran tiempo. El hombre alto le arrebató el rollito de billetes de la mano. En ese momento Jenny salió de su cuarto. Aunque se había sentido impotente al escuchar llorar a su madre, ahora estaba decidida a hacer algo pero no sabía bien qué.

“Salí del cuarto dejando a mi hermana arrodillada detrás de la cama. Algo tenía que hacer por mi mamá, o por lo menos saber qué estaba pasando. Entonces entré a la sala. Allí había cuatro hombres. Uno más cerca de mi mamá que los otros tres. Tenía el brazo estirado y sostenía algo en la mano; supuse que era la plata. Vi la virgen hecha pedacitos en el suelo y sollocé. El hombre le quitó la mirada a mi madre y la puso en mí. Me miró de los pies a la cabeza y se rascó la barba. Se me acercó. Me quedé inmóvil, y mi mamá imploraba que no me hicieran nada. El hombre se quedó a un solo paso de mí. Seguía mirándome como a una presa. Yo sabía que no debía gritar; si lo hacía era posible que me metieran un tiro o se lo metieran a mi mamá. Otro de los hombres nos pasó por el lado, entró a la habitación y sacó a mi hermana arrastrándola del cabello. Ella sí gritaba fuertemente.

“El hombre ese la tiró a los pies de mi mamá, y el que estaba frente a mí dijo que si no le pagaban en tres días volverían por nosotras y nos llevarían con ellos”.

Los hombres salieron de la casa azotando la puerta. A Jenny se le encharcaron los ojos y corrió a abrazar a su madre, que se arrodilló al lado de su hermana y la porcelana rota.

“Esa noche no pude dormir de pensar en que tenía que hacer algo para ayudarlo a mi mamá y así salir de ese infierno constante en el que vivíamos. Cuando era pequeña las tomas sí me asustaban, pero nunca se habían metido en mi casa y directamente con mi familia. A los pocos días me salí de estudiar y conseguí un trabajo en un pueblo cercano en una finca ganadera; ayudaba con los oficios. En las noches, cuando llegaba a la casa le ayudaba a mi mamá con las costuras que ella hacía para mantenernos”.

Al tiempo de estar trabajando en la hacienda, a Jenny le ofrecieron un cuarto y la alimentación para que no tuviera que viajar diariamente hasta su pueblo, pues eran unas tres o cuatro horas de viaje y esto la agotaba. Además, trasnochaba ayudando a su madre.

“Un martes en la tarde estaba en el pueblo visitando a mi mamá. Me encontré con Maritza en la calle de la plaza de mercado; llevaba unas bolsas muy pesadas. Me acerqué corriendo a ella, llamándola por el nombre. Volteó, sonrió y soltó las bolsas al suelo. Nos abrazamos y a ambas se nos aguaron los ojos. Hacía mucho tiempo que no sabíamos nada la una de la otra. Le ayudé a levantar las bolsas y la acompañé hasta su casa”.

Mientras iban caminando, Jenny se dio cuenta de que el pueblo estaba muy cambiado; las calles estaban muy solas y muchas de las casas parecían estar abandonadas.

“Maritza me contaba que hacía sólo unas noches un grupo de guerrilleros había entrado a su casa a cobrar la famosa *vacuna*, y como cada vez se hacía más difícil pagarlas porque aumentaban de valor, ella y su familia no habían podido pagarla, entonces los guerrilleros entraron en la parte de atrás de la casa, desbarataron las porquerizas y se llevaron todos los marranos que tenían”.

Jenny se dio cuenta de que en ese pueblo sólo abundaba la miseria, y se negaba a que su amiga y su familia siguieran pagando las barbaries que hacía la guerrilla.

“Esa noche, unos momentos antes de irme, convencí a Maritza de que viniera conmigo a trabajar en la hacienda, pues ahí hacía falta gente que ayudara en las labores”.

Las dos abordaron el último bus a eso de las ocho de la noche. Era viejo y le tronaban las partes. La carretera no estaba en su mejor estado. Maritza se movía de un lado a otro en su sitio. En un momento dado le dijo a Jenny que no sabía si eso estaba bien; se sentía insegura. Entonces Jenny sugirió que se durmiera,

que no iba a pasar nada, que ella estaba acostumbrada a viajar de noche y nunca le había ocurrido nada.

“Pero esa noche fue diferente. Maritza se había quedado dormida. Yo miraba por la ventana a la oscuridad, entonces empecé a ver unas lucecitas adelante. Pensé que era otro carro, pero lo extraño era que no se movía como un carro, sino más bien de un lado a otro. Las luces se hacían más grandes a medida que nos íbamos acercando. La gente del bus se comenzó a inquietar y a murmurar cosas. Le moví el hombro a Maritza para que se despertara. Ella abrió los ojos muy despacio y en silencio le señalé las luces, que se veían a través de la ventana. Ella miró y se desesperó. Empezó a decir que no debía haber ido conmigo y cosas así. Intenté calmarla, pero era imposible”.

El bus se detuvo. Un hombre armado lo abordó y dio la orden de que todos se bajaran. Maritza no se soltaba del brazo de Jenny. La miraba de arriba abajo con los ojos aguados. Esbozaba una triste sonrisa. Jenny le susurraba que todo iba a estar bien; a ella le había tocado en un caso un retén como ese. Pero Maritza estaba muy inquieta; ella sólo recordaba el incidente que habían tenido cuando eran unas niñas.

“Los hombres armados nos hicieron poner de frente al bus y nos requisaron de pies a cabeza. Hablaban en voz muy alta. Un hombre que llevaba un pañuelo rojo que le cubría la mitad de la cara se me acercó por detrás y empezó a requisarme. Me sentía incómoda por cómo me tocaba. Cuando acabó conmigo empezó a requisar a Maritza. Ella se movió porque se sentía incómoda y el hijueputa la agarró por el brazo y le hizo dar vuelta; quedó de espaldas contra el bus con el hombre encima. Ella tenía los ojos aguados. Posaba su mirada sobre el hombre que tenía encima y luego me miraba a mí. De alguna forma su mirada me tranquilizaba. Lo que no me tranquilizaba nada era la actitud de ese hombre”.

El guerrillero agarró a Maritza y la empujó al otro lado del bus. “Pasados unos cinco minutos de no ver a Maritza por ninguna parte, se escucharon un par de disparos que me aturdieron. Vi cómo con afán todos los guerrilleros se subieron al bus, lo encendieron y me dejaron ahí de pie atónita y confundida junto a una media docena más de personas que venían conmigo. Me puse a buscar a Maritza entre esa gente pero no la encontré. Caminé hasta el otro lado de donde había estado el bus y encontré a tres personas tendidas en medio de la carretera, muertas a tiros. Entre ellas estaba Maritza. No quise tocarla, no quise decirle nada, no quise gritar, no quise ni siquiera asegurarme de que era ella,

pues por la forma como me había mirado sabía bien que era ella la que estaba ahí muerta a tiros por los hijueputas de la guerrilla”.

Jenny se dio la vuelta y corrió hasta el pueblo a buscar a su madre. Mientras corría recordó cuando ella y Maritza huían río abajo y se escondían de los mismos que la habían matado. No podía parar de llorar.

“Maldigo el día en que entraron en mi pueblo y en mi casa; el día que arrasaron a mi hermana de los cabellos y rompieron la virgen de mi mamá; el día que atacaron el camión en que iba cuando era pequeña. Y maldigo el día que mataron a mi mejor amiga”.

Ese miércoles por la mañana Jenny y su familia abandonaron la miseria y la violencia en la que habían vivido por muchos años.



3

Bienvenida al mundo, Lucía

Carlos Arturo Restrepo Delgado

En la unidad de recién nacidos de una clínica de la ciudad los teléfonos de la recepción no dejan de sonar. El tránsito de enfermeras y doctores de un lado para otro es constante. El ambiente es tensionante y todo ocurre de prisa. En la sala de espera madres, padres, hermanos están pendientes y nerviosos, esperando con ansia alguna noticia.

Ajena a todo este caos, una doctora, sentada tras el mostrador de la recepción, observa con atención un papel amarillo. Con el puño izquierdo sostiene su cabeza, mientras que con la mano derecha realiza algunos apuntes. Se escucha en ese momento por el altavoz “¡urgente!, doctora Adriana Martínez, es solicitada en consulta”. Por un momento levanta la vista y deja ver tras las gafas y bajo unas largas pestañas unos enormes ojos cafés. “¡Qué día!”, murmura. Se levanta y camina a lo largo del pasillo.

Ella viste una camisa manga corta y pantalón azul. En los zapatos lleva unos protectores a juego con el resto del uniforme. Mientras avanza se pone una bata en la que se puede leer su nombre y especialidad: médica en ginecología y obstetricia.

A los diecinueve años Adriana decidió estudiar Medicina. No fue una decisión fácil. Su familia no estaba de acuerdo con que estudiara una carrera tan larga. Los resultados del Icfes no fueron suficientes para acceder a la universidad en la capital del país; ello dio otro argumento a la familia. En este contexto, contrario a su intención de estudiar Medicina, encontró el apoyo de su padre: “si es lo que quieres estudiar, adelante”.

La doctora llegó a la consulta, donde se encontró con una mujer embarazada.

—¿Qué tenemos? —preguntó Adriana.

—Doctora, la paciente está en trabajo de parto y sangra, pero se encuentra en nivel siete de dilatación —informó el paramédico.

—Nos vamos ya para sala de partos.

Suben en el ascensor directo a la planta número siete. Adriana toma el fonendoscopio, lo coloca sobre el abdomen de la señora, lo mueve de un lado para otro y dice: “Parece que el bebé está bien, pero tenemos que apurarnos. No es normal que esté sangrando y la dilatación no es suficiente para un parto natural”.

Tras la desilusión que le causó no poder estudiar en la capital, Adriana decidió hacer un pre médico, semestre cero en la carrera de Medicina. En él afianzó su convicción de que esto era lo que quería estudiar. Se presentó nuevamente a la pruebas de Icfes y mejoró la puntuación anterior. La idea de formarse en la capital perdió fuerza y resolvió hacerlo en la Universidad Libre de Cali, bajo la atenta mirada de quienes no estaban de acuerdo con que se encarrilara en un proceso tan largo.

El tiempo pasó y los estudios iban bien encaminados. Faltando un año para terminar su carrera Adriana tomó la decisión de concluir la en Bogotá, en la Universidad del Rosario; realizó los trámites pertinentes y fue aceptada. “Necesitaba irme, romper con todo. Tenía que salir de mi casa. Mi madre tenía la idea de que me casara y yo no quería. Además, siempre quise estudiar lejos de mi ciudad”.

El traslado a la capital supuso grandes cambios como vivir sola, aprender a cocinar, pagar las facturas y encargarse de todas las actividades propias de alguien que se ha independizado. Su carrera también dio un gran cambio: pasó de la teoría a la práctica. Ello porque en el último año de estudio de Medicina

se hace el internado; es decir, se enfrenta la situación real en los hospitales, se aplica lo aprendido.

En sus primeros días de residencia llegó a la sala de urgencias del hospital un paciente con paro cardíaco. El cirujano cardiovascular decidió realizar una operación de alto riesgo; en ella los residentes observaban con las manos sudorosas y el corazón acelerado, y sus ojos no se apartaban ni un instante de los movimientos del cirujano. Tras dos horas de cirugía el doctor logró estabilizar al paciente, que fue trasladado a la unidad de cuidados intensivos, donde permaneció conectado a una máquina de respiración asistida. Según el procedimiento, el paciente debería despertar en unas horas, pero transcurrió el tiempo y no fue así. El médico encargado dio unas instrucciones a los dos internos que estaban a cargo del cuidado del paciente y se retiró.

—Camilo, ¿usted entendió bien lo que nos dijo el doctor? —preguntó Adriana.

—Claro, *Nany*; es muy sencillo: tenemos que desconectar al paciente para que se despierte. Eso es todo.

—¿Seguro, Camilo?

—Sí, *Nany*. Tranquila.

Los dos internos se dirigieron al cuarto del paciente. En la habitación sólo se escuchaba un *bip* cada dos segundos. Camilo se acercó al paciente y muy despacio retiró el tubo de la boca. Adriana no apartaba los ojos del equipo de control de signos vitales. Durante unos segundos todo transcurrió con normalidad. Esperaban que el paciente comenzara a despertar, pero de un momento a otro el ruido se aceleró: *bip bip bip bip bip bip bip bip*. Adriana y Camilo se miraron. Sus ojos parecían que se fueran a salir de la órbita. “Camilo, ¡hay que volver a entubarlo ya!”. El joven, con las manos sudorosas y temblorosas y el latido del corazón al mismo ritmo del *bip*, sujetó la boca del paciente y Adriana colocó el tubo en su lugar. Cada segundo parecía un minuto. Ninguno hablaba. Sólo miraban el monitor. Al cabo de unos segundos el sonido volvió a su ritmo normal y el paciente se estabilizó. Adriana soltó un suspiro: “Gracias, Diosito”.

“Éramos dos internos comenzando prácticas. Debíamos tener la supervisión de un médico; no se trataba de una gripa. Pero bueno, de todo se aprende. Menos mal el paciente reaccionó y no se nos quedó ahí. Era otra realidad. Me di cuenta de que puedo ayudar a la gente, pero también de que tengo limitaciones. Debo tomar decisiones importantes sin mucho tiempo para meditarlas. Miro hacia

atrás y digo cómo fui a hacer esto o lo otro. Jugábamos a ser médicos”, comenta Adriana con el ceño fruncido.

Antes de entrar a la sala de partos la doctora se acerca al lavabo, acciona con un pie una palanca que permite la salida del agua. Se lava las manos. Mientras tanto, la anesthesióloga coloca en la espalda de la señora una inyección. La paciente reposa acostada en la camilla con las piernas estiradas. Hace mucho frío. El médico asistente frota el vientre de la mujer con un algodón con Isodine, y sobre su pecho ponen un atril para aislar la zona de cirugía. Más abajo, encima de sus piernas, hay una mesa con todo el instrumental quirúrgico: pinzas de varios tamaños, bisturí, tijeras, separadores de piel, espátulas, electrobisturí. Todo previamente esterilizado. Sobre la paciente la instrumentadora coloca unas capas de ropa quirúrgica y deja visible sólo la parte inferior del abdomen. “¿Todo listo? ¿Comenzamos?”, dice Adriana. Entra en la sala de partos con las manos en alto. Lleva en la cabeza un gorro y en la cara unas gafas transparentes y un tapabocas. La enfermera le pone una bata azul, que ata a su espalda con cuerdas anudadas, y unos guantes de látex estériles. Adriana se acerca a la paciente.

Durante el internado los practicantes se ven envueltos en todo tipo de situaciones. “Recuerdo una vez que estábamos de turno en urgencias y llegó una ambulancia con dos heridos. Rápidamente los paramédicos los acomodaron en las camillas e indagaron por la situación. Los dos hombres, de mediana edad, tenían heridas de arma blanca. Se las habían ocasionado entre ellos. Estaban en una pelea terrible; incluso acostados en las camillas perdiendo sangre seguían intercambiando golpes y palabras. En esos instantes no se sabe cómo se va reaccionar, hay que actuar con rapidez y eficacia. Me acerqué a los individuos y les grité: ‘¡Basta ya! ¡No se dan cuenta de la situación en la que están? Pueden perder la vida. ¡Dejen la bobada!’”. Acudí a los servicios de seguridad del hospital para que me ayudaran a controlar la situación. Los pacientes fueron llevados a cirugía y suturados con éxito. Después de unos minutos me senté y reflexioné sobre lo sucedido. Estaba atónita por cómo había sacado el valor para acercarme a estas personas, que se encontraban bastante alteradas y hablarles en ese tono, sin pensar que en cualquier momento la cogían conmigo, y al final conseguí calmar los ánimos. Son situaciones que llevan al límite, que hacen descubrir cosas inimaginables y demuestran que cada persona es distinta. Horas más tarde tuve que ver a una paciente que acaba de ingresar. Era una niña de aproximadamente dieciséis años.

—Buenas tardes, ¿cómo se encuentra? —le pregunté.

—Pues, más o menos, doctora. Me está doliendo mucho la barriga.

—¿Qué comiste en las últimas horas?

—Pues, la verdad, doctora, nada. No he tenido mucha hambre. Aparte me siento hinchada y estoy ojerosa.

—¿Hinchada? La voy a examinar.

“Me puse los guantes, realicé un tacto vaginal y sentí la cabeza del bebé. Estaba a punto de nacer. Salí de la habitación y busqué a la mamá”.

—Señora, ¿las cosas del bebé?

—¿Cuál bebé? ¡Si mi hija lo que tiene es daño de estómago! ¿Cómo así? ¿Qué me está diciendo, doctora?

—Su hija está a punto de dar a luz. No se trata de un dolor de estómago. Necesitamos pañales y ropa”.

“La señora no contestó. Le dije que me acompañara; entramos a la habitación donde su hija estaba preparada para el parto”.

—¡Puja, puja! ¡Vamos! —decía una enfermera.

—¡Ahhhh! ¿Cómo así que a va tener un bebé? —exclamó la mamá, sorprendida.

“La joven había ocultado el embarazo a su mamá. Nunca se realizó un control. El bebé estaba a punto de nacer y no sabíamos si era prematuro, si venía bien, etc. La madre de la joven no podía creerlo, no pestañeaba. Finalmente, el niño nació bien y la señora compró las cosas necesarias para su nieto. Estas situaciones parecen inverosímiles, como si se tratara de una película”.

Al finalizar el año de prácticas Adriana regresó a Cali para graduarse y casarse con un radiólogo que conoció en Bogotá. La estancia en su ciudad natal no duró mucho, ya que debió marcharse a hacer el rural a Funza, un pequeño pueblo ubicado a las afueras de la capital. “No volvería a ese lugar ni a recoger mis pasos”. Estas palabras las pronunció Adriana mientras levantaba las cejas y movía la cabeza en un gesto de desaprobación; así mostraba su disgusto al recordar aquella época. El rural es un período ineludible; es un año en el cual tienen que prestar el servicio médico en pequeñas poblaciones o en lugares con baja cobertura médica. Sin este trámite no es posible obtener el registro médico.

“Por cuestiones de politiquería el lugar lo habían convertido en una sede que atendía las veinticuatro horas. Éramos tres médicos, y nos cambiaban el turno cada vez que querían, sin previo aviso. Las condiciones eran deplorables: decían que compraban materiales y nos daban cosas usadas, las camillas las pintaban para darles un buen aspecto pero por dentro estaban oxidadas, muchas veces no había agua... ¿Cómo podíamos atender un parto o cualquier urgencia si ni siquiera nos podíamos lavar? Casi siempre nos tocaba improvisar con lo que teníamos a mano. Algunos pacientes eran groseros y nos trataban mal. Por si fuera poco, algunos de los compañeros que tuve eran terribles, eran ladrones: uno se robaba la plata de las consultas, otro se robó un equipo de ultrasonido. Llegaban tarde y se iban antes de terminar la jornada. Aprendí que gente mala hay en todas partes y malos médicos también. Incluso egresados de las mejores universidades. Había momentos en los cuales la paciencia no era suficiente y los ánimos decaían; pero me tocaba aguantar esa situación para poder obtener mi registro. No todas las personas eran iguales, por supuesto; había buena gente allí, como la odontóloga, que siempre tenía palabras de ánimo para mí”.

Tras este año Adriana logró obtener su registro médico. Por fin, después de muchos años de esfuerzo, contratiempos, dudas, alegrías y tristezas, se convirtió en médica. “¿Y ahora qué sigue?”, se preguntaba sentada en el balcón de su apartamento, con el título en las manos y sus ojos enfocados en las palabras *médica general*.

La doctora toma el bisturí y realiza una incisión horizontal. Con el electrobisturí va diseccionando las siguientes capas; se puede ver la grasa y el ambiente se llena de olor a piel quemada. Los ojos de la doctora persiguen cada movimiento que realiza con sus manos. Apenas pestañea. Su concentración es total. De fondo se escucha música clásica. Junto a la paciente se encuentra la anesthesióloga siguiendo los signos vitales en el equipo de monitoreo, que emite un *bip* cada dos segundos. Al llegar a la fascia cambia el bisturí por unas tijeras y realiza muy despacio un corte que deja en evidencia el músculo, el cual separa; llega a la capa de peritoneo, que rompe otra vez con el bisturí para dar entrada a la cavidad abdominal, donde se puede apreciar el útero. Introduce la mano para ubicar la parte inferior y palpar al bebé. Sin separar la mano izquierda del útero, con la mano derecha desliza el bisturí muy lentamente una y otra vez. De un momento a otro comienza a salir una gran cantidad de líquido blanco. La tensión crece, el tiempo se acelera, todo ocurre muy rápido. Inmediatamente la instrumentadora pone una sonda que absorbe el líquido despejando así la zona quirúrgica.

Durante tres años la recién graduada en Medicina trabajó como doctora de urgencias en la Clínica del Country y en Colsanitas. “Me parecía deliciosa mi labor. Me encantaba. Aunque sabía que era algo transitorio. Los médicos que pasan por esta experiencia máximo están durante dos años, ya que comienzan la especialización o terminan desenvolviéndose en otra cosa. Yo estaba feliz en Bogotá, pero mi esposo no, razón por la cual empezó a buscar trabajo en Cali. Tras unos meses en que nada pasó decidimos quedarnos en la capital y asumir la situación. Compramos un apartamento, pero pasados seis meses lo llamaron para decirle que necesitaban un radiólogo en la clínica de la ciudad. Realmente no quería irme. Me quedé en Bogotá durante un mes vendiendo el apartamento y resolviendo todo. Necesitaba hacer este duelo sola. Regresé a Cali a cruzarme de brazos y a mandar hojas de vida. No conseguía trabajo. Unos meses después comencé a hacer labores varias, como asistir a cirujanos, a suplir las vacaciones de los médicos de Comfandi y otras instituciones. Reemplazando a los médicos en sus vacaciones es posible trabajar un año seguido, pero el problema era que me tocaba rotar por toda la ciudad; no tenía estabilidad laboral”.

Tras seis meses de búsqueda consiguió trabajo en sala de partos de una clínica de la ciudad. Dos años después se decidió a hacer una especialización en ginecología y obstetricia. “Siempre me han gustado la ginecología y la obstetricia. Desde la universidad idealizaba los partos, traer vida al mundo. Desistí de la pediatría porque las mamás son insoportables. El paciente es el niño, pero la mamá suele ser manipuladora. El niño es el paciente más agradecido. Cuando se diagnostica correctamente, a las tres horas se aprecia la mejoría; él no necesita ganancia secundaria para sentirse enfermo, no requiere llamar la atención. En cambio, con los adultos es más complicado. Siempre les recomiendo a las mamás que busquen al pediatra que mejor se acomode a sus necesidades. A unas les sirven los que tienen más títulos; a otras, los que examinan al chiquillo una hora. Además, se puede practicar la obstetricia sin ser pediatra”.

Una noche de abril de 1999 la doctora se encontraba de turno. Llegó una urgencia: una mujer a punto de dar a luz. “La señora no avanzaba en el proceso de parto. Había que operarla de urgencia. El doctor González practicó una cesárea; extrajo al bebé en perfectas condiciones. Suturó a la madre y la dejó en recuperación. Tras la cirugía se fue para su casa. Me percaté de que la paciente estaba sangrando mucho y llamé al doctor para comentarle la situación.

—Doctor, la paciente está sangrando mucho.

—Doctora Martínez, realícele un taponamiento y practíquele unos análisis de reconocimiento.

—No, doctor, yo la veo muy mal. Es mejor que usted mismo venga y examine a la paciente. Ese sangrado no me parece que sea para un taponamiento.

—Eso no debe de ser nada, pero, bueno; ya voy para allá.

“Cuando llegó el médico, de inmediato tuvo que intervenir a la paciente. Le sacó el útero y la estabilizó. Parecía que todo estaba bien. La señora estaba fuera de peligro. No entiendo por qué a la madrugada se complicó. Se empezó a *descolgar* y volvió a sangrar pero hacia la cavidad abdominal en gran cantidad. Presentó una coagulopatía. La llevamos lo más rápido posible a la unidad de cuidados intensivos y tras varias horas de reanimación la señora falleció”.

Adriana salió de la UCI y se dirigió al cuarto de descanso, cerró la puerta con pestillo y apagó la luz; apoyó la espalda en la pared y se deslizó hasta quedar sentada; cruzó los brazos sobre las rodillas y apoyó su cabeza en ellos. Comenzó a llorar. “Estuve dos horas encerrada llorando desconsolada; no lo podía creer, era algo que iba bien y terminó en una tragedia. La mamá es una persona que no se puede reemplazar; era un bebé que crecería sin madre. Lo mismo sucede cuando una mamá pierde a su hijo: nada lo va a sustituir. Son cosas que van en contra de la naturaleza, de la lógica. Un momento como un parto, que es esperanza, vida, ilusión, alegría, terminó siendo todo lo contrario. Es de los duelos más horribles que puede haber. Me sentía muy mal. Una y otra vez me cuestionaba, revisaba en mi cabeza *¿qué pasó?, ¿por qué no hice esto o lo otro?, ¿será falta de experiencia?* Fueron momentos muy duros”. Fue la primera vez que la doctora perdió un paciente.

El médico asistente abre el útero con sus manos. Adriana introduce la mano izquierda y ubica la cabeza del bebé, con la derecha coloca una espátula con la que lo logra fijar, mete sus dos manos y coge la cabeza. El médico presiona la parte superior del abdomen. Poco a poco se va viendo la cabeza. La doctora, muy despacio, saca al bebé. Primero sale la cabeza, después un hombro y luego el otro. Toma a la criatura por la parte inferior de los brazos y la saca completamente. La levanta para mostrárselo a la mamá y dice: “Aquí tenemos a una niña preciosa”.

La música clásica es opacada por el llanto de la bebé. El médico asistente la recibe. Adriana coloca dos pinzas en el cordón umbilical y lo corta; una pinza

se va con la recién nacida y la otra se queda con la mamá. La niña es entregada al pediatra, el cual la lleva a una pequeña mesa donde la limpia con unas compresas, la mide, la pesa, le introduce una sonda por la nariz y por la boca para absorber unos líquidos y retirarle las secreciones y así facilitarle la respiración; a continuación le pone su primer vestido. La doctora toma el cordón umbilical y empieza a estirarlo muy despacio para extraer la placenta. El útero se empieza a contraer. Cada capa que fue cortada es suturada con unos puntos especiales que posteriormente serán absorbidos por el organismo. La cesárea ha sido un éxito. “Chicos, muchas gracias”, dice Adriana, quien se acerca a la niña, la mira fijamente y comenta: “¡Divina!” y dirigiéndose a la madre agrega:

—Juliana, tienes una hija hermosa. Te felicito. ¿Cómo se va a llamar?

—Gracias, doctora; su nombre es Lucía.

—¡Cómo estás de barrigona y de cachetona! —le dice Adriana a la niña—. Se ve que estabas muy bien allá adentro. Espero que también lo estés aquí afuera. Bienvenida al mundo, Lucía”.

La doctora sale de la sala de partos sonriendo, toma unos papeles que están encima del mostrador y comienza a escribir todo lo que acaba de suceder. Satisfecha por su labor, se le escapa una lágrima y murmura: “Nunca dejaré de emocionarme”.



4

Una fotografía para Juancho

Catalina Alexandra Silva López

Carmenza no puede quitarle la mirada a la fotografía que sostiene en sus manos. “Tenía tan sólo siete añitos. ¿Por qué sentí tanto miedo esa vez?”. Sólo recuerda que cerró sus ojos y al momento de abrirlos lo único que alcanzó a ver fueron tres luces que la cegaban y apuntaban directamente hacia ella. “¡Todo fue tan rápido! No supe cómo empezó. En ese momento estaba radiante pero más confundida que nunca. No sabía qué hacer. Sólo repetía lo que me habían enseñado algún día. Era mi primera vez, ¿por qué debía llamar tanto la atención? ¡Era tan chiquilla para esto! No lo entendía. La pierna derecha me temblaba. Creí que no iba a ser capaz de hacerlo; pero entre la multitud y todas esas miradas penetrantes conseguí ver la cara de mi hermanito Juancho, con su camarita verde al cuello, sonriéndome, quizá orgulloso. Aún no lo sé. En sus ojos podía ver como si quisiera decirme: ‘Tranquila, Carmencita, tranquila. Aquí estoy’. Me hacía gestos, creo yo, para que dejara mi cara de pavor y sonriera. Di el primer paso; tenía miedo, mucho miedo. Aún no sé cómo saqué tanta fuerza para seguir entre las miradas violentas que me recorrían de arriba abajo. Pero ahí me hallaba, sin otra opción más que terminar la pasarela. Y así lo hice”.

Carmenza suelta la fotografía, que cae al baúl. Se recuesta, y su mirada vaga entre las rotas y añejas fotos.

“Antes, cuando podía estar junto a él, sólo corría y gritaba por toda la casa escapando del foco de su cámara. Mi madre se la había regalado la Navidad pasada y Juancho solía tomar fotos a todo lo que se le cruzara; en especial a mí, ¡y no me gustaba! Se volvía fastidioso. Yo tenía cinco años, y él era dos años mayor. Me engañaba diciéndome que jugáramos a la peluquería. Me hacía permanecer por mucho tiempo con los ojos cerrados hasta que estuviera lista; me traía los tacones rojos de mamá, todos sus collares y sus candongas gigantes; con labial rojo me coloreaba la boca y me hacía unos peinados estilo Alf. Cuando yo abría los ojos y menos lo esperaba, su camarita verde ya estaba frente a mí. Yo salía corriendo para no dejarme tomar ni una foto, pero Juancho me perseguía por toda la casa, y cuando miraba hacia atrás, justo en ese momento, ¡pum! El *flash* me cegaba, hasta que lograba llegar a mi cuarto, cerraba la puerta y agitada empezaba a llorar. Después me pedía disculpas y me entregaba las fotos. Recuerdo que no me gustaban. ¡Hoy me impresionan! Parecen profesionales. Como si estuviese en una película de terror, con mi boquita pintada de rojo y gritando, mis cejas fruncidas y mis ojos muy abiertos y llorosos. Se notaba que le huía a algo. Mi hermano era bueno, muy bueno”.

Ahora nadie creería que a Carmenza le atormentaba tanto el *flash*, que le huía porque se sentía acosada frente a la lente.

“En poco tiempo entendí que ya no volvería a ver a mi único hermano, que ya no podría sentirlo ni tocarlo más, que ya nadie me llevaría de la mano, que tendría que dormir sola, pues su cama ya no estaría junto a la mía; y lo peor, que ya nadie volvería a perseguirme tomándome fotos”. Desde aquel momento, Carmenza sólo buscó volver a sentir lo que le hacía sentir Juancho con su cámara. Estar retratada en un papel es su vida. Es lo único que le dan ganas de hacer. Es lo único que hace. “Me encanta saber que hay una cámara frente a mí. Siempre imagino el ojo de mi hermanito detrás del lente. Es algo absurdo, es como una obsesión, pero no puedo dejarlo. Lo necesito para sentirme bien. Es por él, sólo por él, que hoy mi vida está rodeada de luces y emocionantes pasarelas”.

Mientras va a la cocina por un pocillo de té observa las fotos del pasillo y recuerda esos cumpleaños en los que Juancho le escogía qué ponerse y cómo peinarse, y la acomodaba como quería para cada foto; cogía su rostro y le decía si debía sonreír, permanecer seria o hacer caras. Cada foto es diferente.

Muchos comentarios hay acerca de la muerte de Juancho, pero quizá una de los más impactantes, fue el de su madre. “Fue difícil —afirma—, y marcó profundamente la vida de Carmencita. No me gusta recordarlo. Empezó un 22 de agosto, cuando Juancho comenzó a decirnos que le dolía la cabecita. Al principio pensábamos que no era nada, que era un simple dolor de cabeza; pero en los días que siguieron se hacían cada vez más frecuentes e intensos los malestares, así que decidimos llevarlo al hospital. Allí le descubrieron un tumor cerebral, un cáncer, que había crecido de forma exagerada. Nos informaron que debían extirparlo de inmediato para evitar consecuencias fatales, pero la operación era muy riesgosa. Dudé mucho, mucho... Pero no tenía otra opción.

“Todos esos días que Juancho se encontraba en el hospital le decía a Carmenza que su hermanito había ido de viaje y que yo debía trabajar mucho y por eso la dejaba con mi hermana Claudia y su primo Alejo.

“Llegó el día de la operación. Estaba muy nerviosa ¡No podía creer que eso estuviera pasando en la cabeza de mi pequeño niño! ¡Cómo era posible? ¡Todo fue tan rápido! En ese instante salió el doctor de la sala de operaciones, se sentó a mi lado, puso una mano en mi hombro y me dijo: ‘Tiene que tomar una decisión muy importante. Ya hemos empezado la operación, pero no podemos seguir sin su aprobación’. Miró hacia abajo y calló. Yo me preguntaba *¿cómo así? ¿Ya no habíamos hablado de eso? ¿Ahora qué pasaría? Intentaba calmarme y tener fe, pero recuerdo que sólo le gritaba al doctor ¡Hábleme ya, dígame, dígame! Él levantó su cabeza y me dijo: ‘Descubrimos que el tumor de su hijo se ha expandido demasiado. Varias partes del cerebro ya están afectadas, y si lo extirpamos podría perder sus funciones motrices y su habilidad para el habla, la escucha y la vista’.* Ese feo discurso ensayado y cortante me dejó helada. No me salían palabras. Sólo imaginaba a Juancho en una camilla el resto de su vida, prácticamente en estado vegetativo, y después lo recordaba corriendo por toda la casa persiguiendo a su hermanita, gritando y saltando. No podía creer cómo de un momento a otro él ya no podría volver a hacerlo.

“Mi decisión fue difícil, pero clara. No quería verlo sufrir a él, ni a nadie. Ese día no sabía cómo decirle a mi niña que nunca volvería a ver a su hermanito. No se lo diría nunca. Eso pensaba.

“Esa noche traté de contenerme por Carmencita, pero aun así me vio llorar, vino hacia mí y me dio un fuerte abrazo que me desgarró el corazón. ‘¿Qué te pasa, mami?’, preguntó, y simplemente no me salían palabras. Era como si mi voz se hubiera ido con él. La senté en mis piernas, la recosté sobre mi pecho y

acariciando su cabello, lentamente salió de mí un suave susurro: ‘Tu hermanito se ha ido al cielo’, entonces ella me miró y preguntó: ‘¿Y cuando vuelve, mami?’. Esto me destrozó por completo. Miré sus pequeños ojitos, ilusionados esperando por la llegada de su hermanito. No era capaz, sencillamente no era capaz de decírselo; pero sabía que debía hacerlo y tiernamente le dije: ‘Tu hermanito se ha convertido en un angelito y debió ir al cielo para cuidarnos desde allá’. La abracé fuertemente y pude ver en su rostro la tristeza, y aunque permaneció callada, su mirada me gritaba con tanta fuerza que me aturdí el alma; entonces un pesado silencio invadió la habitación, y sólo se escuchaba nuestra respiración, hasta que dijo: ‘Mami, ¿pero Juancho seguirá tomándome fotos desde el cielo?’. Quedé asombrada y confundida y sonriendo le dije: ‘Claro, mi amor. Debes estar siempre lista para él’”.

Esos días que siguieron, la casa de Carmenza estaba como aquellas noches de Navidad: casi toda la familia se encontraba reunida, todos sentados en ese gran sofá de siempre. Pero esta vez, al contrario de la feliz celebración, nadie se atrevía a decir nada, nadie miraba a nadie y el silencio acompañaba la aflicción de cada rostro.

El padre de Carmenza, cuenta que para ella era frustrante cada vez que ella se encontraba frente a una cámara. “En cada cumpleaños, cada Navidad, o simplemente cualquier fecha especial era un martirio para ella. Pareciera que odiara las fotos. Nunca insistimos, pues sabíamos lo que significaba eso para ella. Tuvieron que pasar cuatro años para que ella accediera a dejarse tomar aunque fuera una foto y en familia. Hasta que un día, me impresionó muchísimo cuando me dijo que quería ir a hacerse un estudio de fotos. Yo no sabía qué pensar, pero la llevé y fue algo inexplicable. Esperé mucho para volver a verla como estaba ese día: con cada destello del *flash* su rostro se iluminaba de una manera que hace mucho no veía; casi podía decir que se veía feliz otra vez. Desde ese momento supe lo que debía hacer con mi Carmencita”.

Carmenza toma poco a poco el té. No para de mirar aquellas fotos, y en su rostro se nota la ansiedad que la envuelve. Deja de lado el baúl, abre su cartera y saca un espejo dorado en forma de corazón. Unta un pomo con sombra café y lo pasa rápidamente por su ceja dibujando el gran arco; con la misma sombra aplica un poco sobre su párpado. Delinea con lápiz negro sus ojos color miel y se echa pestañina. Encoge su boca mientras pone iluminador bajo sus ojos y sus cejas, mirándose fijamente. Sonríe, coge una gran brocha y pone rubor para acentuar sus redondeados pómulos. Lápiz rosa tenue sobre sus gruesos labios. Desenreda

el pelo liso que le baja hasta los hombros con un peine dorado. Aparecen sus grandes y llamativos aretes negros ovalados. Se pone un vestido corto que se ajusta a su delgado cuerpo y tacones negros no muy altos que delinearán sus firmes piernas bronceadas. Toma su bolso, echa las llaves y sale.

De camino al estudio, Carmenza va callada y pensativa. “Es increíble saber que después de quince años de la partida de mi hermanito mi madre tuviera el valor de decirme lo que en verdad había pasado. Por una parte, me alegra que no me lo hubiese dicho antes, porque tal vez no lo hubiese entendido. No habría comprendido cómo esa persona que siempre vi como mi ejemplo, mi hermanito mayor, ese loco que me peinaba y maquillaba y me perseguía por todos lados con su cámara, de un momento a otro, cuando abriera sus ojitos, simplemente no podría ver nada, ni oír, ni hablar, ni moverse. ¿Qué pensaría él? Sería una pesadilla. Pero, por otra parte, a veces siento tristeza, rabia y tal vez un poco de remordimiento, porque mi madre me arrebató la oportunidad de estar junto a él en sus últimos instantes de vida y me ocultó mucho lo que de verdad había pasado. Debí saberlo desde un principio, como todos. Al fin y al cabo soy su hermana”.

Llega a su estudio fotográfico favorito. Esta vez no la contrató nadie. Nadie va a pagarle y nadie la reconocerá por esto. Ella lo hace por otra razón: siente la necesidad y la urgencia de encontrarse frente a un fotógrafo. “No logro quitar la mirada del lente. Vuelvo a vivir esta sensación de miedo y satisfacción. Es como si Juancho estuviera justo aquí a mi lado. ¡Está tan cerca! Lo sé. Puedo sentirlo. Poco a poco esa gran cámara negra se transforma en esa pequeña camarita verde que él tanto usaba, la que tanto pánico me causó y que ahora sueño y deseo tener frente a mí. Estoy casi como aquella niñita que huía de él, como aquella que él acomodaba a su gusto para que su rostro quedara perfecto en cada foto, con la diferencia de que antes moría del miedo”.

De vuelta a casa, Carmenza recuerda aquel 20 de abril, a sus veintiséis años, en que ve luces sobre ella, pero esta vez no son *flashes*, sino un encendedor resplandor que tan sólo la deja ver la silueta de una enfermera que le entrega un bebé en sus brazos. Lo llamará Juancho. “Desde el momento en que tuve en mis manos a mi hijo sentí alegría, pero también un miedo incontrolable. A veces me arrepentía por haberlo llamado igual, pero intentaba dejar mis pensamientos a un lado y pensar positivamente, pero, ¡bah! Nunca pude. Siempre fui un poco pesimista. Cada año que seguía veía a mi hijo más parecido a mi hermano. Tenían la misma sonrisa. Cuando veía a mi hijo, sentía mucho miedo; pensaba que me volvería loca. Esos primeros tres años de Juancho decaí en todo sentido, pero

especialmente en mi carrera. El modelaje es un mundo competitivo. Siempre vendrá una más bonita, una mejor. Y si uno no gana su lugar y lo asegura, se le van a uno los cinco minutos de fama. La verdad nunca me agradó este mundo de superficialidad, dietas extenuantes y ejercicios abrumadores, pero valen la pena por esos segundos sobre la pasarela, o esos minutos viendo *flashes* sobre mí. Son los únicos momentos en los que me doy cuenta de lo que me mantiene viva. Es el único instante en que puedo sentir a Juancho de una manera especial”.

Carmenza llega a casa y se preparara esa misma noche para “vivir”, como ella misma lo afirma.

“Aquí me encuentro de nuevo, sobre esta gran plataforma, pero esta vez me siento como si fuera la más hermosa, la más importante. ¡Qué raro! No tengo nervios; bueno, tal vez un poco de ver de nuevo a mi hermanito”. Carmenza desfila un vestido de baño rojo y lleva unos grandes tacones plateados. “Mientras pasaba en medio de todas las miradas no conseguía ver esos pequeños ojitos tan negros de Juancho. Lo busqué, lo busqué, ¡pero nada! No entendía qué pasaba. Miraba para todos lados, y nada, ¡nada! No lograba verlo. ¡Me sentí tan sola, tan triste! Volví a convertirme en esa chiquilla temerosa, pero aun así debía permanecer con esa sonrisa en mi cara; al menos hasta que terminara la pasarela. Ya casi llegaba al final y pude ver algo verde. De inmediato miré, y ¡sí! Por fin lo veo, lo veo! Está justo al lado de mí ¡es Juancho! Su rostro sigue con esa misma magia de siempre. Llego al final de la pasarela y poso, sólo para él”.



5

La basura es mi vida

Cindy Zuluaga Obando

Como es costumbre, ella sale a trabajar los lunes, miércoles y viernes; los días en que el carro recolector de basura pasa por los barrios Calicanto y Cantaclaro de la ciudad de Cali. Son las doce y treinta de la madrugada del lunes, y su día inicia emprendiendo un extenso viaje con su compañero fiel: Farolito, su caballo. La abriga una leve brisa que la acompaña en su recorrido desde el barrio El Vergel hasta los alrededores del barrio El Caney, amparada por la oscuridad de la noche. Llega al sitio y empieza su labor diaria de recicladora. Ella es Lolia Mosquera, pero sus familiares y amigos más cercanos la llaman Gloria. Es una mujer sencilla, alta, delgada, de piel oscura, cabello negro y corto que siempre oculta con un sombrero desgastado. La expresión de sus ojos, su apariencia y sus manos ásperas demuestran la lucha para subsistir.

Recorre cada cuadra del barrio, esculca las basuras; encuentra botellas de vidrio, plástico, cartones, comida: “Si la gente seleccionara y clasificara bien los desechos, el trabajo sería mucho más fácil”, dice. Continúa con la búsqueda de

residuos que le va a dar para alimentar a sus hijos por lo menos durante unas cuantas horas.

No ha realizado ni la mitad del reciclaje y ya se siente agotada, con demasiado sueño. Desencadena a Farolito y organiza un tendido para dormir un rato y cobijarse con la ligera llovizna que la acompaña en ese instante. “Llevo más de quince años trabajando como recicladora. Al principio no tenía ni idea de cómo era recoger basura. Pero cuando empecé a aguantar hambre, decidí comenzar con esto y lo hice en el barrio Ciudad Córdoba. Acumulaba botellas de plástico y luego, poco a poco, fui seleccionando los materiales según como me enseñaron. Al principio me hacía trescientos mil, cuatrocientos mil pesos”. La voz suena lenta. Los ojos se ven entreabiertos por el cansancio.

Después de unas cuantas horas y con un sol extremo, Gloria se acerca a un condominio para vaciar las tinas. Primero rebusca y luego las lava y las entrega limpias, al tiempo que se queja de un dolor en la pierna derecha y otro en el pecho ocasionado por un golpe de aire. “Está haciendo sol y yo tengo escalofríos. Este golpe de aire me dio porque anteayer no logré hacerme nada y aguanté hambre todo el día”, dice mientras menea la cabeza y lleva la mirada al suelo. “Pero también me preocupa que no tengo la plata para pagar los tres recibos de los servicios que tengo vencidos; son trescientos setenta mil pesos”.

Se nota angustiada por la premura del tiempo, ya que el carro recolector de basura llegará en pocos minutos y ella aún tiene muchas tinas y desechos que seleccionar. Un hedor repugnante la rodea. Ella tiene que hacer caso omiso de él mientras escudriña la basura en descomposición y se unta sus manos sin escrúpulo alguno. Y así hasta terminar. “Son demasiadas tinas, y aunque haga el esfuerzo, no siempre alcanzo a rebuscarlas todas. Y hay veces en que así las termine, no me dan ni para comer, porque así haya bastantes tinas por vaciar la mayoría contienen comida podrida y no productos reciclables, que me sirven para vender”, dice.

Se dirige al barrio Cantaclaro y continúa con su ardua labor. “Esto ya no es como antes, que sacaban bolsas de basuras en cantidad. Ahora ya son menos, y toca rebuscarse los residuos de donde sea. Pero a quien siempre anda con Dios, mi Dios nunca lo desampara”. Pasa el camión de basura y Gloria pregunta si es posible que le permitan dejarla rebuscar. Termina y arranca para otro sector a seguir con su tarea.

“Casi no duermo. Luego de llegar de trabajar, como a la una de la tarde, selecciono el reciclaje y lo vendo; regreso a preparar la comida; baño a Farolito, le

doy salvado de trigo con raspado de caña y lo dentro a su cambuche. También me toca dejar hecho el aseo de mi casa por la noche antes de salir a trabajar, porque mis hijos ni en eso colaboran. Lo único que me queda por decirles es que así como dejo la casa limpia cuando venga así la tengo que encontrar. Yo hubiera querido ser alguien diferente en la vida, prepararme, tener una profesión. Pero de lo que sí me siento orgullosa de mí misma es que así uno no haya pasado por la puerta de un colegio soy muy honesta y respetuosa. Saludo donde quiera que vaya, porque el saludo es la materia primordial. Así uno se va ganando la voluntad de la gente.

“Mis hijos no están totalmente de acuerdo con que yo recicle, pero ellos tampoco me ayudan. Mis hijas, unas son echadas a créidas y dicen que prefieren aguantar hambre antes que recoger basura. Mis hijos no son tan complicados. Uno de ellos, Estingeider, trabaja en un local haciendo muebles, pero le pagan cuando quieren: una quincena le dan cincuenta mil pesos, otra quincena no le pagan. Pero yo sé que si mi hijo tuviera un mejor trabajo no me dejaría seguir como recicladora. Y me siento cansada. Se me hace muy dura la trasnochada y me duele mucho el cuerpo por eso. Pero tengo que seguir porque la basura es mi vida”.

Se nota el esfuerzo que Gloria tiene que hacer para continuar con su labor y seleccionar cuidadosamente los desechos. Pero a pesar de esto no se detiene. “Yo tuve tres hijos de mi primer matrimonio. Cuando me junté con mi marido, y gracias a Dios, él me ayudó a criar a mis otros hijos. Cuando él estaba sin trabajo yo me las rebuscaba en obras o trabajando en apartamentos. Me pagaban barato, pero me sacaba uno o dos apartamentos diarios. Con él tuve nueve hijos. En total tuve doce hijos, pero ahora sólo me quedan diez, —dice Gloria con su voz quebrada y sus ojos llorosos mientras recuerda la muerte de dos de sus hijos:— Uno falleció hace trece años, y el otro, hace cinco. El primero murió al parecer por unos enredos que tenía por una mujer. Como que al papá de la novia de mi hijo no le gustaban los negros y lo mandó a matar; dejó en embarazo a la novia. Mi nieto ahora tiene trece años y está a mi cargo porque la mamá no se preocupa por criarlo ni mantenerlo y no me da ni un peso para colaborar. Esta es la hora en que ni siquiera está registrado, y ella me alega diciendo que es su hijo y que ella lo va a registrar cuando quiera. Al segundo lo mataron al parecer por una venganza, cuando un amigo fue a sacarlo de la cárcel y dos cuadradas más abajo le pegaron dos tiros”.

A la una de la tarde Gloria termina su labor y emprende rumbo a su casa para seleccionar los materiales que recolectó y luego venderlos. “Cuando tengo

cualquier dos mil pesos me compro un arroz, y con lo que me sobre, un huevo, y les preparo a mis hijos la comida”, dice y hace un gesto de resignación.

Es miércoles y Gloria una vez más continúa con su rutina a la misma hora, pero esta vez acompañada por su hija de veinticuatro años, quien la sigue en su recorrido mostrando una actitud indiferente y displicente ante el trabajo de su madre. La deja a unas cuantas cuadras de recorrido y decide irse a dormir sin importarle el esfuerzo que hace su madre para conseguir el sustento. “Ella no me colabora para nada. Se cree una reina de belleza y sabe muy bien que no lo es. Sólo viene a calentar puesto en la carretilla; pero prefiero eso a que ande *faranduleando* con los pelados del barrio. La única compañía y colaboración verdadera que tengo es Farolito”.

Gloria ha recorrido ya unas cuantas cuadras, y mientras pisotea las botellas de plástico para aplanarlas se queja de hambre: “Yo me vengo sin desayunar porque tengo que esperar a conseguir cualquier platica para poder comer, porque ya no me fían hasta que pague lo que debo, y mientras tanto para amortiguar la fatiga llevo un tarro de jalea de miel”, dice al mismo tiempo que unta su dedo sucio de jalea y se lo lleva a la boca.

Esta vez termina su trabajo pronto y se afana para partir a su hogar. Llega a él y se encuentra con que una de sus hijas está en medio de un alboroto; está agarrada de los pelos con otra joven. “Yorli, ¡entrate si no querés que te *encienda* aquí mismo!”, grita Gloria, exaltada por el espectáculo protagonizado por su hija. El barrio El Vergel se ubica en el Distrito de Aguablanca, en la Comuna 13, al suroccidente de Cali. Está catalogado como uno de los barrios con más alto índice de inseguridad. Existe una organización conflictiva caracterizada por el consumo de drogas y el lenguaje en torno a la violencia. Los robos y los asesinatos son el pan de cada día.

“Con lo poquito que gano trato de arreglar mi rancho porque no recibo ayuda de nadie. Pero no puedo hacerlo como quisiera, porque utilizo la plata para pagar los recibos de los servicios y hay veces que no me alcanza y me quedo sin nada, como este mes, que me cortaron la luz. Pero yo le pido a Dios que me mande una suerte buena para hacerme mi casita y de paso traerme a mi mamá, porque está bien enfermita y aquí la puedo cuidar bien, y con lo que yo tenga darle de comer, porque ella a veces pide plata en la calle y a mí no me gusta; a mí me da mucha pena”, dice mientras se sirve un vaso de agua.

Su casa está hecha en bahareque y el suelo es de tierra. Gloria se sienta a descansar de su extenuante jornada y su hija se queja de que no hay comida.

“¡Mientras la reina está armando riñas callejeras yo estoy partiéndome el lomo tratando de conseguir algo de dinero! Y hoy no pude hacer lo suficiente como para comprar un arroz, así que hoy aguanta hambre”, responde Gloria ante la impotencia de su hija.

Sus hijas se encuentran al frente de la casa coqueteando con los muchachos del barrio. Ven a su mamá llegar del trabajo y no se preocupan por colaborar con la carga. Claris, una de ellas, recorre el barrio junto con uno de los muchachos, con un *bareto* en su mano; toma un soplo, luego otro, lo arroja al piso y regresa a la casa.

Han pasado unos cuantos minutos luego de llegar al barrio de donde vive. Una joven grande y gorda sale descalza gritándole a un grupo de muchachos: “¡A ver, *pirobos!* A mí no me cojan de *destrabe*. Vayan a joder a su madre y dejen de estar *mariqueando*”. Es Bertha, vecina de Gloria. Les arroja una botella de OldParr que tomó de la carretilla de ella.

Al entrar a la casa de Gloria se siente un hedor que proviene de un montón de desechos que llevan días acumulados en la sala de su casa. “Aquí hay platica, pero recojo y recojo y no me rinde. Uno solo no puede hacer las cosas”, dice ella mientras se afana por acomodar el reciclaje. Se siente abatida por la falta de colaboración de sus hijas. “Esto, la verdad, ya me tiene cansada. A veces me siento agotada y observo a mi alrededor que hay tanta gente en la casa y ninguno me ayuda ni siquiera a descargar la carretilla”, dice.

Lo único que guarda un poco de orden en la casa es su cuarto. Está adornado por un cuadro quebrado de *La última cena* y algunas cosas de su reciclaje. Al lado de un espejo sucio y roto hay unos tabacos. “Yo, hay veces que utilizo eso para ganarme unos pesitos, pero no me gusta decirle a todo el mundo porque aquí la gente es muy chismosa y cuando arman peleas sacan en cara todo lo que saben de uno”, dice ella mientras los coge y los esconde de sus nietos, que andan revoloteando sucios y desvestidos. “Trato de tenerlo lo más organizado posible porque es el único lugar donde me puedo sentir tranquila y descansada”, dice.

Cae la noche y Gloria aún se encuentra seleccionando los desechos de su último reciclaje, pero hay alguien que la acompaña y le da aliento para poder seguir con ese agitado y pesado trabajo: Farolito. Durante más de quince años él no se ha rendido, le ha brindado colaboración y compañía a Gloria, espera a que día a día lo carguen con desechos que le darán de comer a esa familia. “Farolito ha significado y significa mucho en mi vida. Él me ha visto pasar las verdes y las maduras durante mucho tiempo, y es el que me da fuerzas para seguir le-

vantándome día a día a continuar con este trabajo, a no dejarme derrumbar por la tristeza que a veces me invade, porque ésta es la vida que me tocó y así la seguiré viviendo hasta que Diosito me lo permita”.



6

La verdad detrás del éxito

Stephania Trigueros Girón

Andrea tiene treinta años y es abogada penalista. Está casada con Pablo. “El mejor de los hombres”, dice ella. Tiene una niña de cinco años, Laura. “Es una niña estupenda; es una de las mejores en transición. La amo mucho y no sé qué haría si ella me faltara. Es todo para mí. Fue el mejor regalo que Dios me pudo haber dado”.

Andrea fue educada en los mejores colegios y en una de las mejores universidades del país, se casó con el hombre ideal y tuvo una hija preciosa. Vive una vida aparentemente maravillosa, aunque existe algo que le roba su tranquilidad, un malestar implícito que estuvo camuflado en actuaciones de las que ni ella misma pudo darse cuenta.

Todo comenzó cuando a los doce años empezó a sentirse atraída por su mejor amiguita, Carola. Andrea pensaba que esa atracción que sentía era producto del inocente juego de “papá y mamá”; a ella siempre le tocó el papel de papá y notó que le gustaba su rol, pero en función de lo que representaba Carola, su supuesta pareja. Le encantaba la idea. Esa sensación la sentía cada vez más frecuentemente, y no sólo con Carola, sino también con otras niñas que la rodeaban. Comenzó a darles besos; avanzó un poco más, y las otras niñas como eran más pequeñas se dejaban. “Se siente muy rico, porque una niña es más delicada que un niño. Sentir una lengua femenina recorrer mi boca era lo

máximo. A pesar de que ellas fueran más pequeñas, fueron mis primeros besos y no los cambio por nada”.

Así fue como Andrea supo que le gustaban las mujeres. Siempre quería estar con ellas, y cuando los niños se le acercaban los rechazaba. “Me parecían asquerosos y no eran nada delicados.

“Cuando tenía catorce años mi mamá empezó a sospechar que me gustaban las mujeres. Así que comenzó a buscar entre los hijos de sus amigas el mejor partido para mí, creyendo que él me podría encaminar antes de que fuera demasiado tarde. Efectivamente dio con el mejor partido: un muchacho de clase alta, el mejor estudiante de esa época en su colegio, con unos padres maravillosos. El hombre perfecto. Pablo. Hoy en día es mi esposo”.

A pesar de que la madre de Andrea dio con un muy buen hombre para su hija, no logró que cambiara sus preferencias sexuales. Se había dado cuenta demasiado tarde de las preferencias de su hija, pues Andrea había probado otras experiencias que sin duda le brindaron gran satisfacción. La señora creyó que su hija había atravesado por un *trance* de identidad sexual y que con Pablo se le había pasado. Nadie imaginó nunca, ni siquiera Pablo, que Andrea es lesbiana y tiene una pareja, a la que visita dos o tres veces por semana en las noches, cuando termina la vida de mujer perfecta, abogada, y esposa.

“Se llama Ana y es la mejor mujer del mundo. Tiene veintiocho años. Es alta, delgada y de cabello corto. Viste de manera informal, nada elegante. Ella dice que en la relación la elegante soy yo, entonces para qué más. Además de ser mi mejor amiga es la mejor amante. Con Pablo nunca he sentido nada de lo que siento con ella. Ana María me reprocha el hecho de engañar a mi esposo, y aunque siento que de alguna forma moral le afecta, también se pone celosa porque cree que para mí es tan significativo estar con él como estar con ella, sexualmente hablando...”

“La primera vez que estuve con Pablo fue desastroso. Claro que él no lo notó, pero fue mi primera vez con un hombre. Ese día para mí fue el más desagradable de mi vida. Sentí hasta asco. Eso era lo único que provocaba. Ello hizo que cada vez me convenciera más de mis inclinaciones. Después de ese momento seguimos con nuestra relación; salíamos, íbamos a comer, me divertía mucho con él. Terminé mis estudios y decimos casarnos”.

Andrea oculta otro gran secreto. A ella desde niña le apasionó mucho bailar; su madre se percató de ello y decidió meterla en una academia de ballet. Asistía a

sus clases, pero su inclinación artística no era tan clásica sino más bien sensual y erótica. Por eso ingresó a una academia para aprender *pole dance*, más conocida como el “baile del tubo”. Nunca faltó a ninguna de las clases. Cuadraba muy bien sus horarios para que su madre no se diera cuenta.

“Hoy en día bailo *pole dance* en un sitio exclusivo de Cali; es una profesión para mí y la amo. No me desnudo. Simplemente bailo muy sensual para la gente que asiste. Me encanta bailar en el tubo; siento que me libero, y lo domino muy bien. Utilizo asientos. Soy la mejor del lugar. Todos los clientes me aclaman. Mi familia tampoco sabe nada de esto. Si lo llegasen a saber, al menos mi querida madre, podría dañar mi vida. Hago esto por las noches los fines de semana. Siempre que salgo a verme con Ana o a bailar digo que voy para la fundación de una amiga en la cual ayudo. Al principio Pablo me preguntaba qué iba hacer todas las noches en esa fundación y yo le respondía: ‘Sólo a esta hora está desocupada de personas que ingresan a hacer visitas’.

“Con el baile me desahogo y expreso lo que en el día, por llevar las apariencias, tengo que ocultar. Con el movimiento de mi cuerpo quemo calorías y energía, y lo más importante de todo: me divierto mucho”.

Pero para poder llevar esta vida Andrea ha tenido que hacer muchas cosas de las cuales no se siente muy orgullosa, y al recordarlas su mirada se llena de nostalgia.

“Todo comenzó hace tres años con un caso que gané. La persona de la contraparte estaba muy dolida porque había perdido. Cuando salimos de la audiencia me amenazó; me dijo que se vengaría de mí. Lo que no me imaginé era que cumpliera su promesa, y además con lo que más me dolería.

“Días después estaba bailando en el bar como de costumbre, haciendo mi *show*, y de repente me encontré con una mirada turbia. Presentí que era alguien conocido”.

Era Jorge, la persona que en la audiencia la había amenazado. Pero ya era demasiado tarde. Él la había visto besándose con Ana. Cuando terminó el *show* la siguió hasta el camerino y tomándola del brazo con fuerza le dijo: “Sabía que no eres ni la mujer perfecta ni la mejor abogada. Tienes secretos que esconder y quiero algo a cambio para guardártelos muy bien”.

“Me dijo que quería pasar una noche conmigo y tener el mejor sexo que jamás hubiera tenido. Al principio no quise acceder, pero las circunstancias me

obligaron. Cada día me chantajeaba con algo más fuerte. Temía mucho que mi familia ‘perfecta’ se derrumbara.

“Me citó en un motel lujosísimo a eso de las siete de la noche. Trató de ser lo más delicado posible pero la fuerza de su cuerpo se lo impedía. Fue una sensación muy extraña. Cuando hago el amor con Pablo no siento nada; más bien cierta aversión. Pero con Jorge no sentí eso; al contrario, llegué a experimentar algo de placer. Él, por su parte, quedó muy satisfecho y pensé que iba a cumplir su promesa”. Pero Andrea no contó con que Jorge, antes de irse fuera de la ciudad, habló con Pablo y le dijo que ella le había sido infiel con él y le mostró un vídeo de ellos teniendo sexo.

“Mi matrimonio pasó por unas crisis muy dura y estuve a punto de separarme, pero Pablo, como es tan noble, me perdonó y entendió que fue un momento de debilidad que él también pudo haber tenido. Ahí tuve la oportunidad de acabar la vida de apariencias que llevo, pero preferí optar por darle un buen hogar a mi hija.

“Ana no sabe nada de esto ni de otras cosas que he hecho, de las cuales no me arrepiento porque las he disfrutado mucho. Las experiencias que he tenido, por ejemplo, de acostarme con otras mujeres, ir a fiestas *swingers* han sido maravillosas. Tengo que confesar con mucha pena que soy adicta al sexo, en especial al lésbico, y la verdad es que apenas hasta ahora lo puedo confesar”, concluye.

Cuenta que realmente además de bailar también se ofrece para servicios como tríos o grupos. “Aunque sé que suena degenerado, las personas no se alcanzan a imaginar cómo lo disfruto, y ha sido algo con lo que no he podido; he asistido a terapias con infinitos psicólogos, pero luego caigo en cuenta de que no me siento enferma sino incomprendida y por eso dejo de asistir.

“En este momento me encuentro en un dilema aterrador. Resulta que en mi sitio de trabajo como bailarina he conocido a una pareja: un narcotraficante de la ciudad, y su novia, una rubia preciosa de un metro ochenta de estatura, sencillamente espectacular. Hemos tenido muchas ocasiones juntos, hemos hechos un trío delicioso... En una de esas ‘calenturas’ ella me confesó que también es lesbiana y que está loca por mí, a lo que yo correspondí de la misma manera.

Andrea y la rubia comenzaron a vivir un romance. Pero a Andrea le costaba mucho mantener engañadas a tres personas.

“Amo a Ana; estoy segura de que la quiero como a nadie en el mundo. Pero la rubia me excita con sólo mirarla; ime provoca tanto tocarla! Me confunde, y con ella he vivido una experiencia increíble. Con el tiempo tuve que aceptar que mi apego a ella era algo que trascendía lo sexual. Comenzamos a vivir un romance como nunca lo había tenido ni siquiera con Ana. Pero Pablo comenzó a vigilarme muy de cerca y tuve que descuidarlas a las dos un buen tiempo hasta que la marea se calmara, pues obviamente no pensaba dejarlas”.

La situación empezó a caer por su propio peso. Andrea, a pesar de tratar de cumplir con todo, no lo estaba logrando. Todo se agravó cuando Pablo descubrió unas extrañas fotos en el celular de Andrea. Eran demasiado evidentes. En el abnegado esposo despertó la furia de un hombre celoso.

“Fue la noche más tenaz. En lo que llevaba de matrimonio con Pablo nunca lo había visto más agresivo y molesto que ese día. Me tomó del brazo y prácticamente me arrastró hasta la sala y puso música para que la niña no nos escuchara, luego me subió al cuarto y nos encerramos. Me dolió mucho verlo así. En su rostro se veían la ira y la tristeza que lo embargaban. Sólo ahí sentí arrepentimiento de hacerle tantas cagadas a alguien que me ha querido tanto...”, solloza Andrea mientras mira su argolla de matrimonio.

Continúa mientras se seca las lágrimas: “De repente me tiró el celular; si no es porque puse cuidado me lo hubiera puesto en la cara. Luego se tomó la cabeza como si pretendiera arrancársela. Lo de la infidelidad con ese abogado de pacotilla me la pasó, y de eso me aproveché. ¿Pero verme con otra mujer en tremenda situación? Yo sabía que no me lo iba a perdonar jamás. Comenzaba a gritarme y a llorar al tiempo. No le entendía qué intentaba decirme. Estaba muy descompuesto. Yo sólo miraba el piso con una profunda tristeza que, aunque tardía, me estaba quemando el alma. Ahí me di cuenta de que él no se merecía tal cosa”.

Cuenta Andrea que esa noche su marido rompió todo lo que encontró a su alcance. Al día siguiente Pablo no quiso salir. No tenía cara para presentarse en su sitio de trabajo. Para cuando Andrea decidió llevar a la niña al colegio eran las diez de la mañana pasadas, así que lo único que hizo fue llevarla a casa de su mamá. Todo el día se la pasó sentada en un columpio de un parquecito que quedaba cerca a la casa de Ana, quien estaba inocente de todo lo sucedido. Cuando resolvió volver a su casa, encontró su cuarto únicamente con cosas de ella y de Laurita. Pablo se había ido.

Esa noche no fue a presentar su espectáculo habitual. Se disculpó por su ausencia y se animó a ir a casa de Ana, con quien pasó toda la noche.

“Obviamente no podía contarle el verdadero motivo de la separación, pero Ana estaba muy escéptica. Había notado que me había distanciado mucho de ella, comenzamos a discutir y en últimas a pelear. Salí llorando de su casa a buscar el consuelo de mi rubia. Yo sentía que ella no me dejaría sola en algo así. La llamé pero me contestó su marido. Casi me da un infarto, pero supe salirme de la situación, aunque noté en él cierto aire de intriga por haber hecho esa llamada. Le dije que sólo llamaba a disculparme por haberlos dejado plantados la noche anterior, pues había tenido un inconveniente familiar, a lo que respondió con cordialidad pero a la vez con incredulidad. De un grito llamó a la rubia y ahí cortó la comunicación”.

Andrea realmente se había enamorado de la rubia. Estaba perdida de amor por ella, y por ese amor se venía abajo su familia, que en realidad estaba estructurada como un castillo de naipes.

“La rubia me llamó el mismo día que hablé con su esposo a decirme que estaba muy preocupada por mi llamada, porque tuvo un problema tenaz con él. Estaba tan angustiada que le dije que nos viéramos. No sabía que eso acarrearía más problemas.

“Nos vimos en el apartamento que rentamos para pasar tiempo juntas. Llegó muy descompuesta. Estaba muy angustiada porque la discusión se había ido hasta los golpes. Ese tipo era un completo animal. Ella llegó con unas gafas oscuras, pues tenía un ojo a reventar. Y lo peor es que no podía hacer nada al respecto, por lo peligroso que sería. Se me juntó todo: Ana no quería volver a saber de mí, Pablo menos, y encima se llevó a mi hija. La rubia, que era el verdadero amor de mi vida, estaba triste y asustada. No tenía yo un minuto de paz. Pensaba que no podríamos estar juntas; sólo contemplar esa posibilidad era algo devastador.

“La rubia me decía cosas muy extrañas. Me hablaba como queriendo darme a entender cosas diferentes de las que me decía. Llegó a insinuarme que ella desde que se metió con su marido tuvo muy claro que la forma de separarse de él era dejando de existir. Cuando usó esas palabras sentí que me moría. No podía soportar algo así. La quería demasiado para perderla de ese modo. La abracé y ella se soltó a llorar. Me entregó una carta y me hizo jurarle que no la abriría hasta que ella me llamara, porque sería doloroso si lo hacía antes. Eso me sonó extraño. La verdad es que por verla tan angustiada se lo juré, y así lo hice. Ella se fue y tiempo después recibí una llamada, pero no fue de ella, sino de uno de los chicos que cuidaban a ese tipo. Me dio una noticia desgarradora: la rubia se había suicidado. Pensé que me moría. Sentí que se me iba el aliento que me

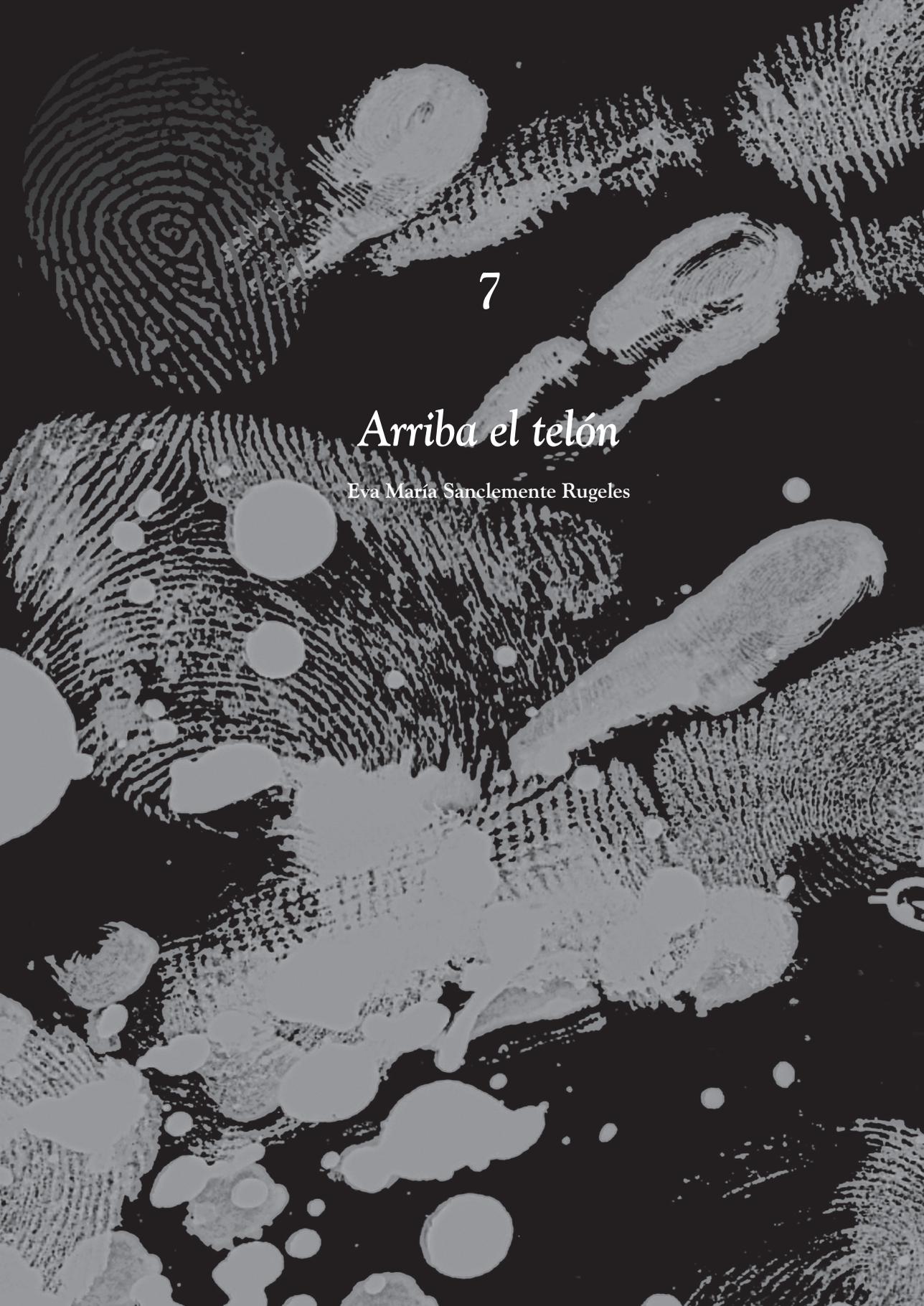
permitía vivir. No podía creerlo. ¡De razón hablaba tan extraño! Corrí a abrir la carta, y en esos renglones decía por qué había tomado esa decisión, me explicaba todo. Ella había escuchado hablar a tres de los guardaespaldas de su marido acerca de una *vuelta*, que en realidad era un asesinato, pues el muy desgraciado tipo les había dado órdenes de matarla, así fuera sólo por sospecha, y ella al descubrir esto supo que debía adelantarse, pero la salida no era huir, porque ella sabía que la encontrarían. Me escribió que sentía un profundo dolor de saber que el verdadero amor había llegado a su vida justo cuando tenía que partir.

“Nunca pensé que mis inclinaciones y aficiones hicieran tanto daño y destruyeran vidas; todo por mi egoísmo. Por satisfacer mis caprichos arrastré a gente inocente a vivir dolores muy grandes y a otros a la muerte. Pablo está en el proceso de separarse de mí, y a pesar de ser la madre de Laura, la vergüenza que siento no me deja pelear por ella. No tendría cara para decirle que por madre tiene a una completa degenerada.

“Sigo con Ana. Ella me apoyó en todo este proceso, ya que por mi depresión tuve que contarle, y aun sabiendo todas mis pérdidas y embarradas prefirió ayudarme, y eso sólo puede llamarse amor: no dejarme aun sabiendo que le había sido infiel de tantas formas.

“Actualmente, aunque vivo con Pablo, dormimos en camas separadas; y todo cambiará cuando salgan los papeles del divorcio. Consideramos que por la niña será más fácil si lo tomamos así, pues verá que nuestra separación fue de una forma tranquila. Él sabe que Ana es mi pareja, y también sé que sale con una joven muy linda. Espero que ella sí pueda brindarle el verdadero amor que depositó en mí y que no supe valorar, porque nunca lo quise. Nos tratamos como personas que se conocen y nuestra relación quedó en cordialidad; no somos los mejores amigos, pero tampoco vivimos peleando.

“Las únicas personas que se dieron cuenta de lo que realmente pasó fueron Pablo y mi mamá. El resto de la familia sabe que me separé de mi esposo, pero no saben detalles del asunto, y la verdad no podría soportar una vergüenza tan grande. Mi mamá nunca me perdonará esto, o por lo menos eso fue lo que me dijo tan pronto Pablo le contó todo, y como sé que no tendré el apoyo de nadie, entonces Ana y yo pensamos irnos del país. Pero eso será cuando todo esto se resuelva. Haremos juntas la vida que tanto soñamos”.



7

Arriba el telón

Eva María Sanclemente Rugeles

En el barrio El Lido, de la ciudad de Cali, habita un hombre de teatro cuya personalidad obedece a una construcción de más de cuarenta años influenciada por humanistas. Está comprometido con una forma de vida que cree en el ser más que en el tener, es decir, antepone a cualquier otra cosa la percepción de los sentidos.

José Gabriel Uribe es un caleño de cincuenta y cinco años con un magnetismo que rompe las barreras generacionales; habla como alguien sin edad. Para llegar a su casa se debe atravesar un túnel de árboles cuyas ramas entrelazadas conforman un escenario irreal; es curioso que esos árboles no están podados, mutilados ni domesticados. Luego está su casa como congelada en el tiempo. “Es un lugar fascinante. Estas casas parecen de esas antiguas, de las que ya no se ven casi en la ciudad”, comenta Gabriel.

A los quince años Gabriel descubrió su pasión. Un día llegaron unos artistas al colegio Santa Librada para convocar a los estudiantes a conformar un grupo de teatro. Gabriel y algunos compañeros del curso fueron a la primera sesión con la idea de montar una obra. Creyeron que de entrada iban a ser personajes; por eso les resultó sorpresivo y, más aun, curioso, lo que encontraron: “Nos pusieron a hacer unos ejercicios que de entrada nos parecieron rarísimos, pues la mayoría no entendíamos qué tenían que ver esos ejercicios con el hecho

de actuar. Ese día llegaron como cincuenta personas y se retiró la mitad. La segunda sesión yo volví por pura curiosidad para saber qué seguiría y otra vez esos ejercicios rarísimos; entonces salió otro tanto. Quedamos como quince personas, y yo seguí asistiendo en la búsqueda de saber en qué se relacionaban esos ejercicios con el hecho de actuar y así me fui quedando y posteriormente descubrí su importancia; tienen que ver con el descubrimiento del cuerpo y las potencialidades expresivas. Ahí realmente descubrí el interés por el teatro”.

Gabriel siempre ha estado vinculado a la política, inicialmente porque el colegio Santa Librada tenía una fuerte inclinación al inconformismo y a la protesta social, lo cual le sirvió para conformar unos sólidos ideales políticos, que luego serían tema central de las obras teatrales de esa época. Después de tres años de haber conocido el teatro, Gabriel salió del colegio e ingresó a estudiar Literatura en la Universidad del Valle mientras alternaba con la actuación, mas ya no con el grupo del colegio, porque había durado sólo un par de años, en los que alcanzó a hacer varias salidas a algunas ciudades del país.

“Al tiempo de haber salido del colegio ingresé al teatro Grutela. Ahí trabajé por un largo tiempo y luego entré a la universidad. Esa era la dualidad que tenía porque yo me preguntaba ¿soy literato o soy actor?, entonces hice un semestre de Literatura, pero finalmente la academia no me agarró del todo. El teatro sí”.

Casi todos los grupos de los años setenta hacían un teatro marcadamente político, debido a que los temas que generalmente se trabajaban eran de la cotidianidad, lo cual les permitía a los actores intervenir en el proceso de la creación de las obras, del mismo modo que les exigía incursionar en la problemática sociopolítica de aquella época.

La madre y la hermana de Gabriel jugaron un papel importante en su desarrollo actoral, porque para ese entonces el hecho de ser actor de teatro era como estar en un mundo marginal y delincencial. Los teatreros tenían pocas oportunidades y eran tachados de marihuaneros, homosexuales y promiscuos, y a las mujeres las trataban como prostitutas. Muchos de sus amigos no resistieron la presión social y se alejaron de las tablas. Con el apoyo de su familia Gabriel se constituyó en un ser que no negocia sus convicciones, en alguien convencido de que su labor es el mejor regalo que la vida le ha podido hacer.

Algunas de las obras que Gabriel recuerda de esa época son *Venciendo*, “destacaban allí los valores de la revolución cubana” y *Tupamaros 1780*, “que rescataba la memoria de la lucha de los indígenas en América”.

Entre 1977 y 1988 Gabriel estuvo en el Teatro Experimental de Cali (TEC), fundado y dirigido por el maestro Enrique Buenaventura, un director de teatro con reconocimiento mundial quien le enseñó durante esos once años. “Cuando ingresé al TEC trabajé muy cerca del maestro Enrique Buenaventura y le aprendí muchísimo, porque él era un hombre que además de muy inteligente era supremamente disciplinado y siempre estaba al tanto de las teorías más modernas de la literatura, el teatro, la sociología y la antropología. Entonces era como tener a un sabio a la mano y cada vez que me sentaba a conversar con él aprendía y aprendía”.

Gabriel no desperdiciaba ningún momento para captar toda esa vida dedicada al teatro. Con el maestro compartía experiencias, intercambiaba literatura, escuchaba con atención cada una de las críticas hechas al grupo. Recuerda que el maestro disfrutaba muchísimo trabajar en el escenario de manera práctica; es decir, si había que clavar puntillas, pintar y limpiar se quitaba la camisa y lo hacía con todo el gusto. En uno de los viajes que hicieron a México, donde vio unos teatros hermosísimos, se subía a la tramoya para visualizar desde arriba todo el escenario.

Fueron tan cercanos Gabriel y el maestro Enrique Buenaventura que no sólo basaron su vida teatral sino su vida cotidiana en un solo punto: el amor de una mujer, aunque en distintos tiempos. Mantuvieron una relación con una joven francesa muy hermosa, con la que hoy Gabriel tiene una bella hija.

Puesta en escena

A punto de iniciar los ensayos aparece Felipe, uno de sus colegas:

—¿Qué te vas a tomar, Gabo?

—No. Nada. Sólo tráeme un tarro de agua, que hoy me he sentido como ahogado. Desde por la tarde siento como si la respiración no me alcanzara.

—¿Seguro que sólo agua? Eso se te quita con un trago de whisky puro.

—No. Agua, agua.

Mientras pasa el tiempo en el teatro La Máscara, cuyas dueñas son su ex esposa Lucy y su hija Susana, Gabriel está sentado sobre el escenario esperando que suceda un milagro. Su cara refleja la angustia. Su mano en el pecho y la voz un poco agitada pusieron en marcha un malestar que le duró hasta que la presentación de la obra lo tranquilizó.

Instantes previos al inicio de la obra *Ojos bonitos cuadros feos*, de Mario Vargas Llosa, en la que Gabriel representaría a un crítico de arte que en pocas palabras es el causante del suicidio de una pintora aficionada, se quita los zapatos y se recuesta en el escenario para jugar con Matías, su nieto de ocho meses, quien logra robarle con gran facilidad más de una sonrisa. Conversa con sus colegas, propone algunos ajustes a la obra. Con la vitalidad de un niño se levanta e intenta recuperarse de su malestar. Ahora es Gabo el actor de teatro; el hombre respetado y admirado por sus estudiantes de la Universidad del Valle, que han ido a ver la obra; por el público, que espera la transformación que logra gracias al conocimiento del alma, de los temperamentos y los caracteres humanos. Ahí está el hombre que asegura con transparencia que su oficio es un juego, aunque para muchos no lo sea.

Se apagan las luces y una breve inducción hecha por uno de sus colegas le abre camino a la obra, que logra transportar al público hasta la historia que transcurre sobre unas tablas y un par de sillas metálicas. Sale Gabriel vestido de traje. En realidad no es Gabriel; es Eduardo Zanelli, un crítico de arte. Es un personaje cargado de fuerza. Su creación. Ese es él, simplemente él, porque después de cuarenta años resulta muy difícil separar a Gabriel del actor.

“Gabriel es un tipo que lleva muchos años trabajando en el teatro en Colombia. Es un referente para la gente más joven del teatro. Yo tengo el privilegio de tenerlo siempre cerca porque trabajamos aquí en la universidad. Creo que la gente que tiene la oportunidad de trabajar con él siempre dice lo mismo porque es un tipo que en la escena reacciona. El teatro es un arte vivo, y Gabriel todo el tiempo comunica. La gente se identifica fácilmente con las historias que él representa y eso es algo muy importante. Por otro lado, somos buenos amigos, jugamos tenis y almorzamos juntos en la universidad”, dice Felipe, profesor de la Universidad del Valle.

Viajes

El primer viaje que Gabriel hizo por fuera del país fue a México. Con sólo veintidós años dio un gran salto en su vida actuarial, aunque este primer viaje fue gracias a un golpe de suerte. Por aquel entonces entrar al TEC era muy complicado. Gabriel recientemente había salido del teatro Grutela para dar un nuevo rumbo a su carrera como actor. Tenía dos opciones: viajar a Medellín a trabajar con un teatro de títeres donde tenía varias amistades o ingresar al TEC. Sabía que esta última era una posibilidad muy remota; sin embargo, envió la solicitud. Le respondieron que no podían darle lo que él buscaba; sólo estaban disponibles

cargos administrativos o realización de talleres, ya que el grupo en el momento estaba de gira por Europa. Él aceptó, algo inconforme e intranquilo al no saber cuál sería su lugar. En aquella gira se quedaron varios de los miembros del grupo en algunos países de Europa. De regreso al país recibieron otra invitación de México. Pero era visible el cansancio que habían dejado las presentaciones en los distintos países. No podían soportar una más. Eso los llevó a dar una respuesta muy elaborada para no parecer desatentos. Expresaban que aceptaban la invitación siempre y cuando pudieran asistir con una obra que requería un mínimo de veinte actores para su función. Creyeron que de esta manera el teatro de México les negaría la invitación, pero después de varios intentos infructuosos por llegar a un arreglo con el TEC les aceptaron la propuesta íntegra, lo cual causó una gran preocupación, ya que no contaban con todos los miembros del grupo y tampoco había una preparación adecuada para la obra. Entonces el destino y la fortuna, tocaron a Gabriel, quien llegó a tener su lugar como actor en el TEC y debutó con un primer viaje por fuera del país.

Argentina, España, Estado Unidos, Ecuador, Costa Rica, Nicaragua, Venezuela, Chile y Cuba son algunos de los países que Gabriel ha visitado como actor. En una de estas giras el maestro destino volvió a premiar su obstinación de hombre de principios, de creyente en las potencialidades humanas, pues no de otra manera se puede explicar el hecho de que en Venezuela Gabriel se reencontrara con su padre. “Mi papá nos había dejado desde muy niños y sabíamos que vivía allá, entonces hice unas pesquisas con algunos familiares que me dijeron que él vivía en las Islas Margarita, y así fue como logré reencontrarme con él, aunque esto fue completamente gracias al teatro, porque por iniciativa propia quizá no lo hubiera hecho”.

Otra gira que le permitió a Gabriel reencontrarse con su familia fue la que hizo por Europa. “Una vez que fuimos a España a un festival de teatro aproveché y fui a Francia para ver a mi hija, a quien no veía hacia muchísimos años, y por supuesto también a su madre, Nicol. Nicol fue la mujer que formó parte de la vida del maestro Enrique Buenaventura y de Gabriel. De ella conserva gratos recuerdos, y considera que ha sido una de las mujeres más bellas que ha conocido”.

En 1987, siete años después del reencuentro con su padre y de otros tantos significativos viajes teatrales, Gabriel llegó a Argentina para asistir a una temporada de un mes en Buenos Aires. Allí tenían función de martes a viernes; presentarían cuatro obras en total. “Cada vez teníamos más público. Eran teatros grandes, y con el paso de los días se iban llenando más. La última semana la sala se llenó por completo. Hubo casos en los que la gente repetía función. Pero lo

mejor fue el último día: era la última presentación y estábamos en medio de las tablas frente a un público totalmente impactado que no paraba de aplaudir. ¡Aplausos y más aplausos casi por diez minutos! Cuando de pronto nos empiezan a cantar como en los estadios; nos hacían una especie de tributo, y nosotros, mientras tanto, tras el telón estábamos con los pelos parados de la emoción. Era la primera vez que nos acogían de tal manera en un país. Hicimos muchas amistades jóvenes, que quedaron muy contentos con nuestro trabajo actoral. Un caso particular fue el de unos muchachos que asistieron a todas las funciones; tenían un restaurante y nos invitaban siempre a compartir con ellos. Los fines de semana hacíamos asados y nos tomábamos algo. El teatro colombiano en el exterior es muy llamativo”.

En 2005 Gabriel viaja a Chile con la Corporación Teatro del Valle para presentar una obra llamada *El tío Iván*, en la feria *Los Temporales*, ubicada en el sur de Chile. Recuerda que hacía muchísimo frío. En la obra representaba a un profesor universitario retirado que se va a vivir a una finca, donde tiene una serie de conflictos con otras personas de la vecindad, acostumbradas a la vida del campo. En la primera escena está lloviendo muy fuerte. Ahí sale Gabriel con un paraguas que sorpresivamente abre hacia arriba. Inmediatamente el público reacciona con risas y carcajadas, lo cual hace que Gabriel piense que las burlas son hacia él y que las cosas han salido muy mal. Al terminar la obra uno de los espectadores se acerca y le pregunta muy sorprendido:

—¿Cómo logró sacar el efecto del paraguas de una manera tan precisa?

—¿Cuál efecto? —le respondió Gabriel.

—Cuando volteó el paraguas. Es que aquí es muy común que cuando la gente va por la calle caminando con su paraguas de pronto un ventarrón hace que se les voltee y queden totalmente empapados, lo cual causa mucha risa a la demás gente, porque inmediatamente se puede ver cómo se les transforma la cara a esas personas; entonces nos resulta muy simpático que usted, recién llegado a esta ciudad, se haya dado cuenta de que eso es algo muy cómico aquí.

“En ese instante volví a vivir”, dice Gabriel, e inmediatamente se remonta a aquel instante y su rostro refleja un sentimiento de satisfacción y tranquilidad.

Su salida del TEC es otra historia que resulta muy interesante. Corrían los años ochenta. Gabriel llevaba once años trabajando al lado del maestro Enrique Buenaventura y haciendo un gran recorrido por el mundo actoral. Pero su misión en el TEC debió finalizar debido a una serie de inconvenientes que se le presentaron

con Jacqueline, la esposa de Enrique Buenaventura, según Gabriel una persona muy poco armoniosa. Ella es la encargada ahora del manejo del TEC.

“Mucha gente que ha intentado trabajar allá, e incluso estudiantes con muy buen rendimiento de la Universidad del Valle, no duran más de un año porque la relación con ella es bien difícil”, precisa Gabriel. Como era la esposa del director del teatro a él le era muy difícil confrontarla. Ese fue el motivo para que muchos actores se retirarán del grupo, entre ellos Gabriel. A esto se agrega el mal manejo que el maestro le dio al grupo de teatro, ya que no supo potencializar las capacidades existentes. Muchos de ellos, que querían ser directores, autores y escritores de las obras, no tuvieron nunca un apoyo decidido del director. Terminaba para nuestro actor su periodo en el TEC e iniciaba otro en el mundo de los títeres, en el que ya tenía un grupo conformado. Este grupo le abrió unos horizontes artísticos y económicos muy importantes.

Mientras se da los últimos toques de maquillaje antes de subir al escenario dice: “Tengo tres hijos. La primera es Susana, actriz de treinta y tres años, quien tiene un hijo llamado Matías. Con ella mantengo una muy buena relación. Siempre hemos sido muy cercanos, casi cómplices. Con una mujer que poco tenía que ver con el teatro tuve un hijo que actualmente vive en Estados Unidos y con el que no tengo contacto. Por último está mi hija menor, Lucy, fruto de una bella relación con una hermosa francesa llamada Nicol, amante del teatro, que vivió durante algunos años en Colombia.

“Esta es mi vida”, declara como si las tablas fueran su oxígeno. Y de verdad que lo son, porque allá arriba en el escenario ya no hay más que energía pura, maestría pura, derroche de sabiduría que se pasea en personajes disímiles, en estados de ánimo que van desde la indiferencia hasta el paroxismo. La gente lo ve y no tiene más remedio que convenir: el teatro es la vida examinada y reeditada desde hace milenios.

El teatro es la vida de Gabriel. Y él es todos los seres humanos, con sus grandezas y vilezas, encarnados en un hombre-niño que se ha negado a aceptar una realidad sin poesía, una realidad que convierte a las personas en meras máquinas hacedoras de cosas y consumidoras de emociones prefabricadas, como se prefabrican las comidas rápidas de fácil absorción. Gabriel construye cada personaje con la dedicación de un obsesivo. Una y otra vez se hace la pregunta básica de los artistas: ¿Por qué?

“Ser actor de teatro —dice— es como ser un Sísifo que cada noche carga una pesada piedra hasta la cima de la admiración, sólo para dejarla caer porque esa

piedra es la vida en cada actuación, y cada actuación genera más y más preguntas, más y más porqués. Por eso el teatro es incontenible, es una experiencia inacabable”.

Son las ocho de la noche y se abre el telón. Gabriel sale a escena para recordarnos que la vida es una breve mascarada. Y que el teatro es su vida. Más allá de ser una ocupación es el reflejo de la desnudez del alma.



8

¡Bendición, papá!

Jenny Patricia Orejuela Reyes

En el cruce del semáforo se encuentra Alba, con su acostumbrado atuendo diminuto y sus cinco celulares colgados del pecho. Menuda, delgada, trigueña. Le sonrío a todos los hombres que pasan. A todos: a los que le compran los minutos y a los que no. Habla con los demás vendedores ambulantes, los toca, se les sienta en las piernas, se para, corre, le pasa el teléfono celular a un cliente... Es vivaz, enérgica, mal hablada y muy graciosa.

“Así se me va el día rapidísimo. Aunque llego desde las siete de la mañana y termino a las ocho de la noche, el día se me va volando; luego llego *mamada* a ver a mi hija y a mi novio, que son lo más lindo que tengo”.

Cuando habla sobre el abuso sexual del que fue víctima, al igual que sus tres hermanas, por parte de su padre biológico, se expresa con naturalidad, con una tranquilidad que desconcierta.

Alba vive en el barrio La Paz, del Distrito de Aguablanca. Al entrar a esa casa se percibe un aire de miseria pero no sólo material. Es una especie de laberinto. Lo único claro es la entrada; lo demás son paredes sueltas, sin amarre. Parece una casa después de que ha pasado un sismo y queda en pie, pero por partes.

“El loco ese nos tumbó las paredes de los cuartos para poder vigilarnos a todas a la vez. Dormía con mi mamá, pero luego se pasaba a las camas de nosotras cuando quería, a la hora que se le daba la gana. Nos ponía de a dos a que le hiciéramos sus porquerías”.

En la casa de Alba hay tres sillas Rimax amarillentas y sucias, una mesa plástica y rayada puesta como flotando en un piso de cemento desnivelado. Un cuadro de frutas sin marco. Una cortina florida que, colgada en la mitad de un espacio que parece ser la sala, trata de separar el sitio de donde están las camas. El techo es de tejas de zinc y vigas rústicas. Algunas de las tejas tienen agujeros por los cuales pasan los rayos del sol, sembrando bombillas encendidas. Después de la estructura en ladrillo aparece un patio en tierra donde hay tres matas secas en materas improvisadas con envases plásticos de aceite que aún conservan algo de su etiqueta. En el fondo del patio hay un lavadero compuesto de una superficie en cemento sostenida por ladrillos sueltos, los que a su vez están acuñados por piedras, palos o maderos clavados en la tierra.

Alba vive con la mamá, un hermano y una hermana menor que tiene problemas neurológicos a causa de los golpes que el padre le propinó. Las otras dos hermanas se fueron de la casa al año de que tomaran preso al papá. “Cada una consiguió marido rapidito para no estar aquí cuando salga ese viejo verde; yo quise hacer lo mismo, pero no se me dieron las cosas, y aquí estoy. Debí ser la primera en largarme por ser la mayor, por ser la que ese viejo más maltrató y a la que más se comía. Pero me da pesar con la dormida de mi mamá, que sola se deja morir”.

Sus estudios de bachillerato se interrumpieron cuando se supo lo del abuso. Las frecuentes visitas a la Fiscalía, a la psicóloga, al ginecólogo de Medicina Legal eran parte de la rutina de Alba y sus tres hermanas. Ante el acoso de los compañeros y profesores pidiendo información decidieron no volver más al colegio del mismo barrio, donde el chisme circulaba.

Sin embargo, Alba añora estudiar. Le gusta la contabilidad, manejar cuentas: “Es buena con las vueltas de los clientes”, dice su jefe, Armando, dueño de los teléfonos con los que Alba todo el día vende minutos. Es un hombre de aproximadamente treinta años, de mediana estatura. Les mira el trasero a las vendedoras: “Lo mueven rico, pero la que más me gusta es Alba, ¡mamacita! Me gusta por lo *abeja*. Ella nunca se deja tumbar de ningún hijueputa que se las quiera dar de vivo. La he visto agarrándose con varios por dárseles de avispados. Eso sí, yo estoy pilas, porque si alguno se *aletea*, la pone a perder. Ella es arrebatada y no tiene con qué. ¡Pobre flacuchenta! De un golpe seco al piso la mandan”.

La doctora de Medicina Legal encargada de revisar a Alba y a sus hermanas afirma que jamás vio un caso tan sucio de un padre biológico. “Aquí he conocido los casos más insólitos, pero este caso es aberrante. Escuchar a esas niñas decir con detalles lo que ese desgraciado les hizo por años fue perturbador para mí, para mis compañeros. Aún no logro reponerme de eso. El día en que Alba y sus hermanas entraron aquí creí que se habían equivocado porque llegaron solas. Bueno, la hermana mayor las acompañaba. Esta niña Alba actuaba como la madre de las otras dos, les decía qué hacer. Ante mis preguntas ellas no respondían, miraban a su hermana mayor con ojos de ‘¿qué decimos?’. No tenían miedo; tenían terror de que las revisara”. Después de que la doctora Sabaraín les explicara en qué consistía el examen se pusieron más tensas aún. Alba preguntó: “¿Y estos tipos a qué hora se salen?”. La médica le contestó: “Estos son compañeros médicos, quienes hacen parte del proceso con ustedes, pero si se sienten más cómodas las reviso sólo yo”, a lo cual Alba asintió con la cabeza y la médica inicio la serie de preguntas, habituales para ella y desconocidas y nuevas para las tres niñas: “Les haré un examen que será un poco molesto para ustedes, pero es necesario para evaluar en qué condiciones están”. Alba y sus hermanas recibieron con resignación las batas desechables.

Las cifras de niñas y mujeres violadas se estiman entre 721.436 casos al año. Un estudio muy reciente realizado por Profamilia demostró que la mitad de las colombianas han sido víctimas de violación y lo más aterrador: el 76% de los casos los agresores fueron personas conocidas, o de la misma familia. Esto se da más en las zonas rurales por la ignorancia de estas personas y el desconocimiento que tienen de cómo proceder o a quien recurrir si son víctimas de abuso sexual, o cómo denunciar si conocen algún caso.

Después de las revisiones, Alba y sus hermanas fueron enviadas a psicología y allí les dieron una próxima cita para la siguiente semana.

Luego de que cogieron preso al abusador papá de Alba, la primera noche la pasaron en casa de su prima. La segunda noche la mamá llegó por ellas, pero no tuvo el valor de ir hasta la casa; tenía miedo, ya que ella siempre supo lo del abuso y jamás hizo nada. “Mi mamá sabía pero se hacía la loca. Prendía un radio para no escuchar los gritos que pegábamos cuando el viejo ese nos obligaba a estar con él, y cuando era por la tarde se hacía la que lavaba o cantaba. Pero yo no la culpo, porque ella le tenía miedo. Ese tipo le pegaba igual que a nosotras. Si no es por mi prima Silvia, que notó que algo extraño pasaba en mi casa con el viejo ese, ahí estábamos aguantado que nos violara todos los días, como siempre lo hizo”.

Al llegar a su casa Alba se deshizo de la ropa de su padre, la quemó, al igual que sus zapatos. Fue su manera de vengarse en ese momento. Pero la sorpresa fue que la noticia salió en RCN y mostraron la foto del tipo. Todos se enteraron de una verdad sucia, de algo que resultaba vergonzoso ante los ojos del que fuera. Los vecinos empezaron a llegar a averiguar chismes. A la mamá de Alba le fue mal, porque la prima le saltó encima como una fiera y le propinó una paliza enfrente de todos los vecinos y chismosos. “¡Vos, porquería! ¿Por qué dejabas que ese maldito degenerado lastimara así a tus hijas?”.

La mamá permisiva es una mujer desdentada. Le faltan los dientes centrales; el pervertido se los sacó de un puño hace varios años. Como no se sometió a una rehabilitación oral, el hueso se ha reabsorbido; por ello la señora se ve envejecida prematuramente. A eso se le suma su figura encorvada y su exagerado bajo peso. “Esa mueca les dio las hijas en bandeja de plata a ese tipo. Nunca se portó como una verdadera madre. Sólo vivía arrodillada frente a un sádico”, afirma doña Ada, vecina de Alba y su familia. Es enfática en hacer saber que en ese sector desprecian a la madre.

Libre Alba de la presencia de su padre y con mil posibilidades ante ella comenzó a tomar las cosas de las cuales considera fue privada. Lo primero fue conseguirse un novio, casi de su misma edad. La diferencia en experiencias sexuales de los dos estaba en franca desventaja. “Yo se lo di a todos. Y qué más da. Si desde siempre tuve relaciones con ese viejo, ¿por qué no tenerlas con los que me gustan? Yo no voy a desaprovechar eso. Lo que dicen del sida, pues da como miedo, pero de algo se tiene una que morir. Quiero sentirme bien y dárselo a los que me parecen bellos y poder disfrutarlo. Me gusta lo que me dicen y ellos no me golpean ni me lastiman durante la relación; al contrario, lo disfruto y me olvido de ese infierno que viví por años con ese viejo verde”.

Son las dos y treinta de la tarde de un sábado, día propicio para la venta de minutos porque hay mucha gente en el centro comprando, vendiendo o esperando a alguien. Alba se encuentra en el andén recostada a un taxi en la ventana del conductor, quien tiene su mano metida en los senos de ella; Alba parece complacida. Se sonríe de manera pícara. El hombre, de aproximadamente cuarenta y cinco años, se ve sucio, sudado. Tiene ese brillo aceitoso en la piel característico de los conductores de clima cálido.

Alba toma un asiento de uno de los vendedores ambulantes, se sube al andén y de atrás de un muro saca un bolso de tela que por lo sucio no se alcanza a determinar el color, entre rosado y tierra; mete los celulares, se lo cuelga y se

va con el taxista. Dos horas después regresa y entra a la cafetería. El hombre que está en la caja registradora le sonríe. Ella le contesta de manera cómplice: “Aquí para mí todo es gratis; o mejor dicho, ya está pago”, y suelta una carcajada.

Al mes de que pusieron preso a su padre la situación económica de Alba y su familia empeoró, aunque, bien o mal, tenían la comida diaria: papas y arroz, frijoles y arroz, lentejas y arroz. Pero algo había para almorzar y comer. Al ver la situación decidieron trabajar todos, porque llegaron a la conclusión de que vivir de la caridad de las personas no era seguro. Un día les daban mucho, y al otro, nada. “Pongámonos a vender algo, aunque sea empanadas, o vamos al centro a ver qué resulta; pero aguantar hambre, no”, propuso Alba, acostumbrada como estaba a tomar decisiones en nombre de toda la familia.

A la semana Alba estaba trabajando en Los Mangos, una calle de comercio del oriente de Cali. Se desempeñaba como vendedora en un almacén. Empezó con diez mil al día, de nueve a nueve. El dinero, aunque era poquito, sirvió para medio comer, medio subsistir. Entraba a las nueve de la mañana y salía a las nueve de la noche, aunque los días que llovía cerraban a las ocho, tiempo que aprovechaba muy bien Alba para salir con amigos. “Salgo con varios amiguitos que me gustan. Vamos a pasarla rico, porque ¿todo el día trabajando? Necesito distracción. Para mí la única distracción que hay es esa. Nadie me invita a cine, al río, o a piscina. Nadie. Sólo a tener relaciones y ya. A veces cuando digo que tengo hambre, si es un bacán me gasta pollito, y lo llevo a la casa para que todos comamos”.

—¿Qué hubo, mamacita? —interrumpe el jefe de Alba, que ingresa a la cafetería buscándola—. ¿Usted qué hace aquí? Yo la necesito vendiendo los minutos.

—Está bien —contesta Alba con evidente molestia—. Está bien, claro. Yo le vendo esos minutos. Deje la bulla, que ya le tengo la plata.

En ese empleo de vendedora en Los Mangos Alba duró un año: de febrero de 2004 a febrero de 2005. Luego trabajó dos años en el casino del Parque de la Caña, pero la mujer del dueño se la dedicó por la manera como se vestía. Alba siempre está con una blusa que deja ver su ombligo, o con una faldita muy corta, o unos jeans ajustados sin pretina. “Les quito la pretina para que me queden bien bajitos adelante, luego les hago unas puntadas, y me quedan bien bacanos”.

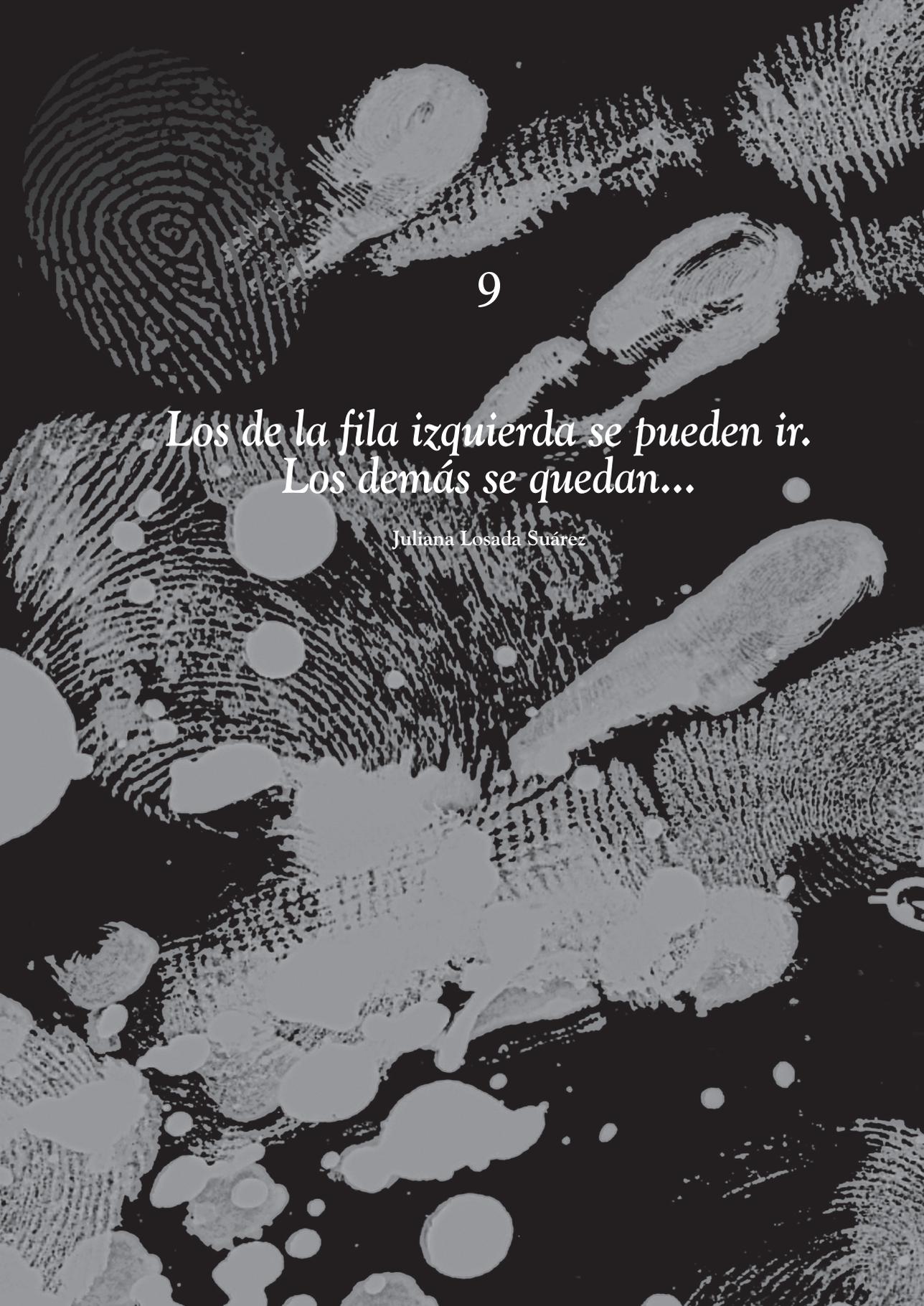
En 2007 se quedó sin empleo cuando la botaron del casino, pero ahí recomendó a su mamá, y la aceptaron. “Pues, claro, esa vieja marica, la mujer del dueño del

casino, es una celosa, y mi mamá toda fea, sin dientes, escurrida, quién le va a copiar; por eso cuando la vio de una la aceptó. Yo le digo a mi mamá que se vista mejor, que muestre algo, que se haga arreglar esos dientes, que se maquille, pero ella parece un alma en pena, un alambre, de lo flaca que está”.

Ese mismo año se puso a trabajar por días como empleada doméstica con algunos de sus familiares y con personas que la referenciaban para realizar reemplazos esporádicos.

“Yo no soy alborotada. Es que las viejas piensan que si le hablo diferente al marido es porque se los quiero quitar. Esos viejos son muy verdes, y a toda hora me lo están pidiendo. Por eso no duré mucho en ese tipo de trabajo, porque cuando iba a trabajar a esas casas no faltaba el arrecho que se volaba del trabajo para cogermé ahí sola y querer pasarla rico. Y en esas unidades la gente no te habla pero son unos sapos de miedo. Luego les contaban a las viejas que el marido había entrado, que a tal hora, que se escuchaban gritos, ¡no! ¡La novela! Y sí. Yo me comí a más de uno. Pero ellos también querían. Yo no los seduje. Ellos me miraban con hambre, y si veo un hombre que este bueno y con hambre... ¡Tenga! Le doy de comer.

“Debe ser bueno tener cara de buena persona. A diferencia mía, que los tipos me dicen que tengo cara de putica, y yo les contesto: Cuando era niña nunca pude pedirle la bendición a mi papá, ni pedirle que me protegiera, porque el agresor era él. En lugar de eso me tocó suplicarle para que no me golpeará, para que no me comiera, para que no me lastimara. Yo tenía apenas nueve años y tenía que soportar que me hiciera cuanto quería; todo para proteger a mis hermanitas, que apenas tenían cinco y siete años, pero aun así les hizo también de todo el infeliz. Y pasaron siete años. ¡Siete años este tipo haciéndonos de todo, todos los días! Hasta que cumplí los dieciséis. Con ayuda de mi tía y de mi prima Silvia lo denuncié. Entonces, ¿cara de qué puedo tener? ¿Bendición, papá? ¡Qué bendición ni qué mierda! Mi vida entera ha sido una maldición. Pero aún sigo aquí y seguiré luchando para borrar de mi mente lo que me hicieron durante mi infancia”.



9

*Los de la fila izquierda se pueden ir.
Los demás se quedan...*

Juliana Losada Suárez

Se encontraban reunidos en el restaurante preferido de la familia. “De pronto derraparon dos camionetas en el parqueadero de gramilla. Entre el polvo y la neblina se bajaron varios encapuchados y entraron de forma intimidadora. Al comienzo no creí que se tratara de un secuestro, de una pesca milagrosa. Todo dio vueltas en mi cabeza, ya que pensé que venían por algún político, un narco o alguien adinerado; pero al ellos presentarse como ELN todo tomó un nuevo giro en mi cabeza, y lo asocié con un secuestro. Me encontraba con mi familia y por ello me sentía protegida. Estaba tranquila a pesar de todo”. Fue ahí cuando empezó el calvario, el episodio más impactante en su vida. Tulia no sabía si iba a ser su final o el comienzo de su peor pesadilla.

Había cerca de cuarenta personas en el lugar, entre ellos Tulia, una mujer de cuarenta y cinco años. Separada. Sobrevivía de lo que le daba su peluquería. Nunca imaginó que un secuestro llegara a tocarla.

Pasaría mucho tiempo antes de que Tulia se diera cuenta de que las cosas iban empeorando a medida que los hombres ingresaban al lugar golpeando las puertas y disparando al aire. Cada vez se bajaban más y más hombres de otras camionetas e ingresaban. Retenían a los que pasaban frente a ellos, sin buscar

alguna persona en particular. Sólo preguntaban quiénes eran los propietarios de los carros más lujosos. “Ahí me di cuenta de que estábamos corriendo realmente peligro. En ese momento de pánico y afán lo único que me preocupaba era mi hijo, a quien en el momento del disturbio yo buscaba desesperada para protegerlo, y no lo encontraba”. Tulia no se imaginaba que Pablo, su ex esposo, se le había adelantado y había logrado sacar a su hijo rodando por una loma de la parte trasera del restaurante. A Tulia le podían más el desespero, la angustia y la preocupación de no saber qué pasaba con su hijo que el hecho de ver que los tipos podrían hacerle daño a ella. Estaba cegada por el miedo. Logró darse cuenta de esto cuando una de sus ex-cuñadas se le acercó y en voz muy baja le dijo: “No te preocupes; él está a salvo. Pablo ya se encargó de eso”. Uno de los hombres la tomó bruscamente del brazo y apuntándola con un fusil en la espalda la llevó al volco de una de las camionetas y la obligó a subir. “Entré en *shock*. Quedé paralizada. No escuchaba a nadie. No había voces. Era como si nadie hablara en ese momento”, cuenta Tulia.

“Yo estaba muy asustado —cuenta Juan Sebastián, el hijo de Tulia—. Sólo tenía diez años. Veía a mi alrededor cómo entraban estos hombres llevándose por delante a todo el mundo sin importar si eran niños o ancianos. No veía a mi mamá ni a mi papá. Cuando de pronto, de un momento a otro, me halan del brazo; era mi padre. Me abrazó muy fuerte y fuimos saliendo por la parte trasera del restaurante hasta llegar a una loma, por donde nos deslizamos. Ahí supe que estaba a salvo”.

Los tipos montaban y montaban más gente alrededor de Tulia. Unos eran conocidos suyos, entre ellos su cuñado Humberto, un hombre muy adinerado, quien al ver a los hombres tiró las llaves de su camioneta. Los guerrilleros, muy enojados, le dijeron que eso no era un juego, e indignados también lo montaron. Guillermo, el hijo de Humberto y sobrino de Tulia, furioso por lo que estaba pasando, salió a la mitad de la carretera apuntándoles con su arma, mientras las camionetas se alejaban. Desesperado, tuvo que resignarse y bajar el arma al ver que uno de los guerrilleros apuntaba a la cabeza de Tulia.

Los hombres siguieron en sus camionetas con los secuestrados a bordo, y kilómetros más adelante hicieron traspaso a un camión. Los llevaron monte adentro hasta que llegaron a un lugar donde organizaron un *cambuche*, los acostaron unos sobre otros, embarrados y cansados.

Al día siguiente los hicieron caminar hacia las profundidades del bosque. “Como siempre, yo iba toda *emperifollada*, con mis joyas, un bolso grandote donde había metido minutos antes del acontecimiento un pedazo de torta y una botella de whisky; tenía unos tacones en punta número siete con los que me era imposible caminar, ya que se me enterraban en el lodo y con tres pasitos que daba me dejaban muy cansada”.

Pero eso no era nada en comparación de uno de los hombres que estaban con ella: un harlysta que por esa larga caminata con sus botas de cuero tenía los pies llenos de ampollas. Cuenta el cuñado de Tulia que con el pasar de los días se le gangrenaron hasta que el harlysta no podía dar ni un paso más; así, se convirtió en un encarte para ellos y no vieron más solución que dispararle. Murió también un médico, pero no de un tiro. Había llegado al punto de hablar con los árboles, alucinar. La angustia de no tener libertad y el desespero lo llevaron a la locura hasta que murió.

Humberto estaba ahogado en el aburrimiento y la desesperación. Perdió el apetito y rechazó la comida que le dieron. El guerrillero, indignado y ofendido por esto, decidió castigarlo y lo obligó a quitarse la correa del pantalón. Con ella lo ató de la cintura a un árbol que quedaba al borde de una loma para que no se cayera y le ordenó pasar la noche ahí. Humberto le contó a Tulia que esa noche fue la peor de su vida; no pudo dormir pensando en qué momento esa correa iba a reventar y él rodaría loma abajo.

Al día siguiente una de las guerrilleras le dio unas botas a Tulia para que le fuera más fácil caminar. Los llevaron a otro campamento que estaba más adentro del monte. Los guerrilleros los pusieron en fila para interrogarlos: qué hacían, qué propiedades tenían, cómo se llamaban y dónde vivían. Pero no se quedaban con lo que los secuestrados contestaban: llamaban a comprobar si lo que ellos respondían era verdad y tenían computadores para averiguar la vida de cada uno de los secuestrados.

“Cuando llegó mi turno me arropaba el pánico, me temblaban las piernas y no sabía en realidad qué contestar. Me ordenaron que les dijera quién era yo. Les contesté que era una mujer soltera, que no tenía hijos, que vivía con una hermana y nos sosteníamos de una peluquería en la que trabajábamos”. Los guerrilleros le pidieron a Tulia el número de su casa, pero ella no dio el suyo sino el de su hermana. Enseguida llamaron a verificar la información. Su hermana contestó y dijo lo mismo que Tulia había dicho: que era una mujer soltera que vivía de una peluquería, que ella no tenía nada. El cuñado de Tulia no contó

con la misma suerte, pues a él no le preguntaron quién era, porque ya sabían la respuesta: era un hombre adinerado, gerente de Comfandi.

Los guerrilleros dividían esa fila en dos a medida que los iban entrevistando a todos; unos a la derecha y otros a la izquierda. “Uno de los hombres que estaba conmigo en la fila de la izquierda me dijo que si conocía a alguien de la otra fila no fuera a decir nada porque me dejaban a mí también. Enseguida entendí que tenía que dar por desconocido a mi cuñado”. Al terminar la entrevista a todos, los guerrilleros dijeron: “Los de la fila izquierda se pueden ir. Corran y no miren hacia atrás”. Les quitaron los zapatos y todos los de esa fila comenzaron a correr loma abajo. No sabían dónde estaban ni adónde iban; de lo único que estaban seguros era que habían quedado en libertad.

Pasaron uno, dos, tres días caminando, y cada día sentían que el bosque se los tragaba más. No sabían si era peor estar solos caminando descalzos o estar secuestrados, que mal que mal, les daban comida. “Era infinita la impotencia que sentíamos al escuchar los helicópteros pasar por encima de nosotros, y que así gritáramos lo más fuerte posible no nos pudieran ver. Los campesinos pasaban por nuestro lado y nos ignoraban cuando les hablábamos, como si fuéramos catorce árboles más del monte. Era increíble el miedo que sentíamos de dar con otros guerrilleros más o con esos mismos y la impotencia de no encontrar después de tres días una carretera o un pueblo que nos sacara de ese infierno en el que estábamos”.

Al cuarto día de liberados, pero absorbidos por la selva, hallaron a dos niños que al parecer se dirigían a la escuela. “Parecían un par de balas; iban muy rápido. Afortunadamente yo tenía un estado físico muy bueno. Lo que menos me importaba en ese momento era si tenía zapatos o no. Inmediatamente comencé a correr detrás de los niños, que según notamos conocían muy bien el camino, hasta que por fin llegamos a un caserío de El Saladito, en el kilómetro Dieciocho, y de ahí fuimos a dar a Cristo Rey, donde encontramos unos soldados y les pedimos ayuda. Ellos llamaron a nuestras familias y nos llevaron a una finca”. Los familiares se pusieron de acuerdo con el Gaula y llegaron a la vivienda.

Tulia y su demás familiares se encontraban felices por su libertad pero desconsolados por Humberto; los invadía la incertidumbre al tener que esperar llamadas a ver qué era lo que estos hombres querían a cambio. Y así fue. Al día siguiente los guerrilleros se reportaron. Contactaron a Laura, la esposa de Humberto, y le pidieron una suma de dinero tan exagerada que, a pesar de ser muy adinerados, les era imposible pagar. Pero no se podían quedar con los brazos cruzados. Des-

pués de mucho rogarles a los captores lograron negociar esta suma y bajarla un poco. Esta familia debió pedir préstamos; hicieron todos los trámites y esperaron a que se volvieran a comunicar con ellos. Pero dejaron de recibir información de los secuestrados un mes entero. Tulia y su familia, desconsolados por completo, pensaban lo peor. Una tarde recibieron una llamada. Eran ellos. Preguntaron si ya habían juntado todo el dinero, les dieron unas coordenadas a las que debían llegar en menos de cuarenta y ocho horas y les advirtieron que no podían decirle nada a nadie o Humberto sufriría las consecuencias. Inmediatamente salieron Pablo —el ex esposo de Tulia— y Guillermo —hijo de Humberto— hacia el punto de encuentro. Al día siguiente llegaron a la finca que les habían indicado, entregaron el dinero y efectivamente dieron libertad a Humberto.

Al estar de vuelta en casa, Humberto y Tulia, muy ofuscados por esta experiencia vivida, concluyeron que lo mejor para curar estas heridas y recuerdos sería el tiempo y la distancia, así que decidieron vivir una temporada fuera del país.

Después de diez largos años, Tulia regresó a Colombia. Ahora es una mujer pensionada y vive en una finca a las afueras de un pueblo. “Sólo doy gracias a Dios porque mi hijo no pasó por estos terribles momentos que pasamos Humberto y yo. La verdad no se lo deseo a nadie. Un secuestro es lo peor que puede vivir un ser humano. Durante este tiempo he intentado construir una barrera entre estos recuerdos del pasado y mi futuro y presente. Trato de hacerme creer a mí misma que este acontecimiento está totalmente superado, aunque en el fondo sé que no es así. No puedo negar que aún me impacta ver hombres en la calle con botas pantaneras, o escuchar tiros cuando hacen prácticas en el Ejército. También me pone un poco nerviosa la pólvora, pero trato de ser una mujer segura y mantenerme ocupada pintando o haciendo artesanías para no recordar este terrible episodio de mi vida”.

Humberto aún vive fuera del país junto a su esposa. Está bien posicionado en el campo laboral. Tulia se siente más segura y acompañada acá en Colombia por su familia, que al fin de cuentas estará a su lado siempre.



10

Ya es muy tarde, Gache...

Camilo Andrés Hidalgo Niebles

No eran más de las nueve y media de la mañana cuando llegó el primer paciente por urgencias a la clínica. Era un joven de veintiocho años, de cabello castaño y contextura delgada. Tenía una herida de bala en el pulmón derecho que le había causado una hemorragia interna, dificultades respiratorias y un choque hemodinámico. Necesitaba entrar a cirugía de inmediato; si no, moriría. “En ese momento recordé cómo hace veinte años en mi barrio las pandillas se agarraban a disparos para obtener un lugar, su *territorio* por decirlo así; el parque se volvió campo de batalla. Ríos de sangre corrían por las calles, como los niños. Ese joven herido casi muriendo me hizo recordar por qué escogí esta carrera en que hay que tener los pantalones bien puestos y enfrentarse al día a día sin perder de vista que la vida de muchas personas está en nuestras manos”, dice Maruchita.

“Recordar cuando era niña y ver cómo muchos de mis amigos, uno a uno, fallecieron por enfrentamientos de pandillas, y verlos morir sin poder ayudarlos es algo muy difícil. Era el 27 de noviembre de 1989. Una tarde lluviosa. Maruchita, como le decían sus amigos, iba corriendo hasta su casa. Se encontró a Gache, un amigo de infancia, de ojos azules, de contextura gruesa, pelo mono y un temperamento como una víbora. Gache le pregunta: “¿Adónde vas con

tanta prisa, Maruchita?”. Ella sabía que Gache no era de fiar; era un matón. Con voz tímida y temblándole hasta el pelo respondió: “A mi casa. Tengo que estudiar”. Gache le cogió la mano a Maruchita y la hizo tocar el mango de la pistola. Ella, asustada, empujó a Gache y en un segundo éste le colocó el arma entre los ojos. “Trátame bien. Yo no soy ninguno de tus amigos”, advirtió Gache, dio un giro de noventa grados y disparó de repente, y le dio en la cabeza a un muchacho que caminaba al otro lado de la calle. “Lo mismo que acabo de hacer con ese hijueputa lo puedo hacer con vos”, afirmó. Unas cuantas carcajadas y en cuestión de un abrir y cerrar de ojos Gache desapareció entre las sombras. Maruchita corrió adonde se encontraba el joven herido, lo tomó de la cabeza y lo miró con la esperanza de que pudiera hacer algo pero era inútil. Ella, con sus manos bañadas en sangre y gruesas lágrimas que brotaban de sus ojos, sólo pensaba en cómo poder ayudar a la gente en situaciones como ésta.

Desde aquel incidente habían pasado cinco años de mucho sacrificio y esfuerzo en la Universidad. Maruchita hacía sus prácticas en el hospital, donde se ven las cosas más inesperadas y espeluznantes. “Recuerdo aquella vez cuando llegó un paciente por la tarde. Le habían cortado la lengua y causado quemaduras de segundo grado en casi todo el cuerpo. Fue algo duro y nunca esperaba ver algo así, pero sabía que tenía que estar preparada para estas cosas. Pero nunca estaría lista para ver a un joven de quince años con varios disparos en el cuerpo que le habían causado varias hemorragias y la pérdida de movilidad de las piernas”, dice.

“Una noche de mayo de 1994, mientras leía en mi habitación, escuché varios disparos en los alrededores de mi casa. Me asomé por la ventana y alcancé a ver a Gache que se encontraba con una señora a la que no logré distinguir por la oscuridad. Al poco tiempo de que Gache se marchó salí a ver qué había pasado. Se trataba de mi mamá. No lo podía creer; estaba fría. Sólo quería encontrar a ese infeliz y vengarme”, dice Maruchita.

Habían pasado dos semanas desde la muerte de su madre. Había vuelto a su trabajo pero sólo podía pensar en encontrar a Gache. Ese día recordó los últimos momentos que había pasado con su madre, que trabajaba en la Galería de Santa Elena, donde tenía un puesto de verduras. Trabajaba de siete y media de la mañana a cuatro de la tarde para sostener el hogar. Ese día decidió trabajar horas extra para poder comprarle a Maruchita un vestido para su grado. “La mamá de Maruchita, después de bajarse del bus, se encontró con Gache, que estaba fumando en el parque. Este se le acercó para pedirle plata y al parecer la señora no se la dio, siguió tras ella acosándola. La mujer empezó a correr

hasta su casa, pero Gache la alcanzó y con tres disparos en la cabeza acabó con su vida. Tomó el bolso de la señora y se dio a la fuga”, contaron los vecinos.

“Recuerdo que esa noche, al ver a mi mamá muerta en el suelo, salí corriendo por más de cinco cuadras en la misma dirección por donde se había ido Gache, pero ni rastro de ese desgraciado. Con el corazón roto y el alma hecha pedazos, volví junto al cuerpo de mi mamá y me quedé a su lado. Más o menos veinte minutos después llegó la policía, me hicieron unas cuantas preguntas y me llevaron a una estación. Me encontraba desconsolada, así que decidí pasar la noche ahí. Por la mañana fui a Medicina Legal, donde se hallaba el cuerpo de mi madre, reclamé su cadáver e hice los preparativos de la ceremonia fúnebre. Luego de haberla enterrado decidí ir a casa y acostarme a dormir. La primera semana sin mi madre fue la más difícil que he tenido que vivir. Todo me la recordaba; tanto así, que una noche creí ver su imagen en su mecedora y pensé que me estaba volviendo loca, pero me dije que todo había sido una alucinación y me acosté a dormir, pero me fue difícil porque todo me daba vueltas en la cabeza. Todo era muy difícil sin mi madre. Cada vez me sentía más débil, sin consuelo, deprimida, y con baja autoestima. Creía que no podía salir adelante después de esto, pero gracias a Dios y a mi mejor amiga que me apoyó en este momento tan difícil, poco a poco fui recuperándome y decidí volver al trabajo”.

Una noche, tiempo después, Maruchita se encontraba en la sala de espera de urgencias. Había sido una noche muy pesada y estaba distraída, cuando entraron dos jóvenes con la camisa ensangrentada llevando el cuerpo de otro joven en sus brazos. Maruchita rápidamente llamó a un auxiliar que se encontraba en la otra sala, tomó una de las camillas que estaban al lado de la pared e hizo que pusieran al joven herido en ella. Al mirarlo fijamente por primera vez vio que era Gache. Entró en choque y un aire frío la recorrió. Lo examinó y preguntó: “¿Qué le sucedió?”. Los jóvenes se pusieron pálidos y no sabían qué responder, por lo que optaron por salir corriendo del hospital. Maruchita vio que Gache tenía una herida de bala en el tórax; pensó que la bala se había incrustado en el pulmón, y lo remitió enseguida a rayos X para confirmarlo. Pasaron sólo diez minutos para que salieran los resultados de la radiografía. Efectivamente, la bala estaba en el pulmón izquierdo a la altura del corazón, así que fue remitido a la UCI. Le hicieron una transfusión de sangre. Maruchita toda la noche se quedó al lado de Gache, ya que por la mañana lo iban a operar.

Antes de la operación Gache recuperó el conocimiento y al abrir los ojos se dio cuenta de que Maruchita estaba lado de él, y con el poco aliento que tenía le dijo: “Hola, Maruchita. ¡Qué placer verte! Quiero que me perdones por todo lo

malo que te he hecho, en especial por haber matado a tu madre por cincuenta mil pesos y también por la vez que te amenacé poniéndotela entre los ojos, y por tantas otras veces en nuestra infancia. Yo sé que ya no me queda mucho tiempo de vida y quisiera morir con tu perdón”, a lo que Maruchita le respondió: “Ya es muy tarde, Gache. El daño que me causaste no tiene solución, pero creo que no te debo guardar rencor. Yo te puedo perdonar; sin embargo, todo lo que hiciste va a estar siempre en tu conciencia”.

Después de que Gache terminó de hablar, por unos cuantos minutos Maruchita sintió paz, y justo cuando se disponía a salir de la habitación Gache sufrió un paro cardiorrespiratorio que en cuestión de minutos terminó con su vida. Maruchita rápidamente llamó a los doctores de UCI, quienes al llegar a la habitación y hacer el procedimiento requerido lo dieron por muerto.

Después de unos cuantos meses y de ver más de dieciocho pacientes a diario, por fin llegó el día que esperaba: su grado. Celebró con sus amigos aquella noche, pero no hasta muy tarde puesto que Maruchita había conseguido un puesto como médica general en una clínica de la ciudad.

Maruchita se fue para su casa y al llegar vio que su mejor amiga Pilar se encontraba en la sala dormida. Se acercó a ella y dándole pequeños empujones la despertó. Pilar, asustada, le preguntó por qué había llegado tan tarde. Maruchita le contó de dónde venía y quiso saber ella qué hacía ahí. “Necesito hablar con alguien, porque me violaron”, fue la respuesta de su amiga.

Maruchita se sorprendió con aquella noticia, se acercó a Pilar, y le pidió que le explicara con calma qué había pasado. Hablaron toda la noche de aquel incidente. Después de unas cuantas horas y de un gran desahogo Maruchita llevó a Pilar a la habitación de su madre y se quedó con ella hasta la hora de ir a trabajar.

Habían pasado cinco meses desde la violación de Pilar, y Maruchita había logrado rápidamente un gran reconocimiento en la clínica. Una noche de 1995 llegó a la casa de Pilar y vio que se encontraba en el suelo inconsciente. La cargó en sus brazos, tomó un taxi y la llevó a la clínica más cercana. Al llegar a la clínica rápidamente la atendieron y le hicieron varios análisis. Al parecer tenía una sobredosis de éxtasis. Pero la peor noticia la recibió minutos después de que Pilar se despertara: estaba embarazada. Pilar sabía que ese bebé era producto de aquella violación. Maruchita quedó fría. No sabía qué decir. Optó por salir de la habitación y sentarse a fumar. Esa noche no tocaron el tema. Pasaron tres días para que Pilar saliera de la clínica.

Tiempo después Maruchita decidió hablar con Pilar sobre el hijo que estaba esperando; sabía que se encontraba muy desorientada. En efecto, Pilar no tenía ni idea de qué hacer ni la intención de tener un bebé que no quería, así que tomó un cuchillo y se cortó las venas. Maruchita inmediatamente llamó una ambulancia y trasladaron a Pilar a la Clínica. La prioridad en ese momento era salvar el bebé. Pilar había fallecido, y al llegar a la clínica llevaron su cadáver a la sala de partos. Maruchita estaba destrozada. Pasaron más de dos horas hasta que nació la bebé: una niña de tres kilogramos. La enfermera llamó a Maruchita para que la recibiera y le preguntó: “¿Quién se va a hacer cargo de la bebé?”. Esta sonrió y le dijo a la enfermera: “Yo veré que la bebé tenga todo lo que necesita; voy a ser su madre”. La enfermera la felicitó tornó a preguntarle cómo se llamaría la niña. “Se llamará Alice, que significa verdad en griego”, le contestó. Así, la llevó a su casa y pasó varias semanas con ella.

Después del nacimiento de Alice, y de haber vivido tantos avatares, Maruchita decidió darle un gran giro a su vida. Investigó sobre un plan de estudios en el exterior por medio de la Universidad del Valle, y no pasó mucho tiempo para que le avisaran que había sido seleccionada como una de las cinco personas para los diferentes cupos de especialización. Entonces, viajó a cursar la especialización en anestesiología, al término de la cual regresó al país y gracias a las gestiones de amigos entró a trabajar en otra clínica. Empezó a ejercer como anestesióloga en las áreas de angiografía y hemodinamia, con un sueldo muy significativo. Su primer día de trabajo fue impactante: tres pacientes con paros respiratorios, dos cateterismos y una cirugía a corazón abierto. Ese día fue uno de los más atareados que ha tenido que vivir.

Según la doctora Mónica Niebles, “María Eugenia es una de las personas más responsables y profesional a la hora de hacer su trabajo. Ella sabe muy bien que juega con la vida de las personas, así que antes de entrar a cirugía revisa más de cuatro veces la cantidad necesaria de anestesia a suministrar al paciente. Eso en cuanto a lo laboral. La conozco a hace tres años y siempre ha sido una persona muy esquiva, reservada. Por lo poco que he hablado con ella me ha dado a entender que tiene una vida muy difícil con su hija y por este mismo trabajo. Respecto a su trabajo, afirma que muchas veces aplica la anestesia y se queda horas y horas sin hacer nada, viendo las cirugías. Me dice que esto ha hecho su vida muy monótona”.

Una mañana de agosto, a eso de las nueve y media de la mañana, llegó el primer paciente por urgencias. Era un joven de veintiocho años, de cabello castaño y contextura delgada. Tenía una perforación de bala en el pulmón derecho que

le había causado una hemorragia interna, dificultades respiratorias y un choque hemodinámico. Ese joven le hizo recordar a Maruchita su infancia y juventud y fue consciente, entonces, de que su vida estaba sustentada en la ilusión de felicidad, de alegrías y de amores. La vida le había quitado las personas que más quería y sentía que ni el dinero ni los títulos llenarían ese vacío. “La vida ha sido muy cruel, no es lo que esperaba, no es cuestión del destino ni de suerte; es más que eso: son desaciertos y lecciones que te da, y una decisión, por pequeña que sea, cambia todo radicalmente. Eso lo he aprendido en mis treinta y seis años. La verdad, ese ideal que tenía de ayudar a salvar vidas, ha desaparecido con el pasar del tiempo, y todo lo que he conseguido no ha sido más que ilusiones que he perseguido sin estar segura de lo que quería, quizá pensando más en el dinero que en la felicidad”.



11

La muerte es muy bella

Katherine López Vargas

El día anterior a la Nochebuena se abre la puerta de los sustos y aparece un toro enfurecido que se lleva por delante todo lo que se le cruza. Y ahí está don Gustavo, haciendo los pases de tanteo una y otra vez, con la cara pálida pero siempre reflejando valor. El toro se acerca a él rápidamente. Con una postura firme y decidida lo espera y observa por cuál de los dos pitones va a embestir. Al parecer lo hará con el pitón derecho, pero de pronto, sin imaginárselo, sale por el frente y con uno de sus cuernos atraviesa el testículo derecho de don Gustavo.

Esa ilusión de llegar a ser torero profesional comenzó a los doce años. Cerca de su casa había un matadero donde pasaba solo la mayor parte de su tiempo esperando que le pasaran una vaquilla para ensayar. Su madre no estaba de acuerdo; sin embargo, esto no era un obstáculo para él. Con el tiempo Gustavo conoció a un hombre llamado Libardo Serrano, un muletilla del cual aprendió muy bien y se convirtió en su gran compañero de aventuras: iban a todas las ferias de toros, en Trujillo, en Morelia; a cualquier lugar. Juntos llenaron un álbum de fotografías con cada una de sus corridas y lo mostraban como carta de presentación.

“Nosotros entrenábamos mucho; íbamos hasta Puerto Brazadas, en la cordillera Central, a torear, donde no había ni hospitales ni nada. Si a uno lo llegaba a

levantar un toro, se podía morir porque no había quién lo atendiera. Es que ahora a los toreros les toca muy fácil. Antes a uno le tocaba aprender a punta de *cogidas*, pero los maestros se forjan a base de entrenamiento. Mi madre santísima sólo fumaba y tomaba café llena de preocupación, porque a ella le decían: ‘Doña Bárbara, aquí le van a traer a su hijo con las tripas afuera’. ¡Ahora me duele tanto nunca haberle dicho ‘madre, échame la bendición!’” Dieciocho años duró don Gustavo en el mundo de los toros.

Aquel accidente con el toro fue propicio para conocer a Lorena Ospina, una de las enfermeras que lo atendió mientras permanecía en el hospital. “Era una paisa muy elegante”. La llevó a vivir a Tuluá, donde él consiguió trabajo en el ingenio La Carmela cortando caña. De cada pago que recibía tomaba una parte y se la entregaba a Lorena para que comprara lo que hiciera falta en la casa. “Ella nunca me decía si se había acabado el petróleo para cocinar o el hueso para la sopa. Era una bacana”.

Un día caminando con su mujer pasaron junto a una cantina y él le propuso que entraran. Ella se negó, y él con mucha insistencia la haló del brazo hacia el lugar. Después de alguna renuencia de ella se sentaron y comenzaron a tomar cerveza. Poco tiempo después de aquel día se enteró de que Lorena se había negado a entrar porque se encontraba en rehabilitación de su adicción al alcohol: “Yo la destruí”, dice don Gustavo.

Luego de varios días Lorena comenzó a llegar borracha. A él esto le causaba tanto disgusto que la cogía a golpes, y por esto faltaba dos o tres días al trabajo para cuidarla, ya que al siguiente ella no podía ni abrir los ojos.

“Un día llegué a la casa tarde en la noche y Lorena estaba borracha. Yo no le dije nada aunque ella me decía y me decía cosas. Me senté a la mesa y mi sobrina me sirvió la comida. De pronto Lorena, tiró el plato al piso y me dijo: ‘¿Es que no me vas a decir nada?’. La cogí y le di una tunda monumental, le saqué toda la ropa, la eché a la calle; luego me fui para el campamento allá en el ingenio a dormir con todos esos negros que olían a chucha y pecueca y ahí me estuve quince días hasta que mi sobrina me buscó”. Así que don Gustavo se arregló, se puso bien pintoso y fue al lugar donde sabía que encontraría a Lorena. Cuando la vio, ella estaba borracha y le dijo: “Qué, Gustavo, ¿va a seguir conmigo o me va a dejar rodar?”. Entonces don Gustavo la miró y le respondió: “Pues ruede, que eso es lo que a usted le gusta”.

Años después, más o menos en los sesenta, don Gustavo se introdujo en el mundo de las drogas. Comenzó consumiendo marihuana; de esto pasó a las pastas

como el Seconal. “Nosotros nos trabajábamos con eso. Es que en las farmacias nos las vendían relajados. Nos decían ‘¿Cuántas van a llevar hoy?’ Luego siguió al Mandrax, una clase de relajante muscular. “Este era una bacanería. Uno se lo tomaba y al otro día para levantarse a trabajar uno estaba como nuevo”.

Después de un tiempo don Gustavo conoció a la que sería su esposa, Blanca Elidia. Juntos tenían una vida tranquila y agradable. Un día Blanca le pidió que le comprara una bicicleta y él le preguntó para qué, si ella no sabía manejarla. Ella le replicó que aprendería. Ante tanta insistencia don Gustavo accedió y se la compró. Así que todos los días la acompañaba al parque para que ella aprendiera a manejar la bicicleta hasta que lo logró.

Una tarde, mientras él trabajaba, Blanca Elidia tomó su bicicleta y salió a la calle. Pedaleaba y pedaleaba una y otra vez sin parar, como tratando de alcanzar el viento que rozaba su cabello. De pronto, sin percatarse de dónde, apareció un bus, la atropelló y la lanzó contra el andén y se partió el cuello en dos. “Yo estaba trabajando cuando llegó un compañero y me dijo: ‘Gustavo, Blanca se murió’. Yo corrí al lugar donde había sido el accidente, y efectivamente el bus la había desnucado. No sé qué pasó. De pronto ella iba despistada y no vio aquel bus”.

A raíz de su pérdida cayó nuevamente en las drogas. En ese entonces la limpieza social estaba en auge. “Mataron a muchos de mis amigos viciosos. Y la gente me decía ‘ándate para Cali, Gustavo, que te van a matar’, pero yo no quería”. Ya lo tenían en la lista. Una moto lo seguía día y noche a todas partes aunque él siempre trataba de escabullirse. Un día, cuando notó la presencia nuevamente de aquella moto, entró en una panadería para hacer *pantalla* buscar la forma de salir hacia el monte que quedaba en la parte de atrás. “Yo me metí en ese monte para poder fumarme mi cacho y pensar qué hacer. Mientras fumaba, no sé si fue una superstición o lo que sea, vi una mariposa blanca que me guiaba a un letrero que decía Tuluá/Cali”. En ese momento, sin pensarlo un segundo, tomó la decisión de irse para Cali, y se dirigió a la estación con tan sólo lo que llevaba puesto. Al estar allá se dio cuenta de que no llevaba dinero y sin dudar comenzó a pedirles a las personas que pasaban que le colaboraran para el pasaje. Había varias personas conocidas, pero como sabían sus vicios pensaron que el dinero que pedía era para conseguirlos. “Muy pocas personas me daban porque la mayoría pensaban que era para el vicio, hasta que pasó una negra toda grandota y bien vestida y me dijo: ‘¿Usted qué es lo que quiere?’ Yo le dije que necesitaba para el pasaje de ida a Cali. Entonces me cogió todo lo que yo tenía en la mano, puso lo que faltaba para el pasaje y lo compró. Después de un largo viaje llegó a Cali sin un centavo en el bolsillo y con el hambre que no daba

tregua, sin tener donde dormir y sin conocer a nadie. Caminó por largas horas; pasaba por toda clase de restaurantes y el hambre lo acosaba. No le quedó otro remedio que mendigar. “El orgullo a uno no lo deja, pero cuando uno siente ese hambre tan bravo no piensa en nada más que tener el pan en la boca; así que yo dejé mi orgullo a un lado y comencé a pedir por todos esos restaurantes, y en todos me daban algo. Es que mi Dios no me abandona”.

Luego de calmar su hambre buscó dónde pasar la noche porque se sentía intranquilo al pensar que en cualquier momento podían matarlo. Caminó y caminó por largo tiempo hasta que llegó a un lavadero de autos donde esperaba al fin refugiarse; de pronto, mientras hablaba con uno de los empleados del lugar vio salir a un hombre que se le hizo familiar. El hombre se acercó y don Gustavo pudo darse cuenta de que era un joven que solía vivir en Tuluá, quien lo saludó. “Ese man en Tuluá no tenía ni en qué caerse muerto; y cuando yo lo vi acá, estaba bien vestido y era el dueño del lavadero. Le pedí que me dejara pasar la noche ahí. Él dijo que bueno, que me acomodara en un rincón y que si quería él me podía dar trabajo de vigilante de carros. Entonces acepté y me quedé”.

Al otro día comenzó con su trabajo de vigilante, y todo marchaba muy bien hasta que su cuerpo sintió la falta de la única medicina que podía mantenerlo en total tranquilidad. “Me fumaba mis cachos porque ese trabajo era duro y eso me relajaba; lo malo fue que el dueño del lavadero se dio cuenta y me echó de ahí. Me dijo que cómo se me ocurría ser tan irresponsable. Desde ahí me cansé de ser un drogadicto y decidí dejar el vicio”.

Don Gustavo reanudó, entonces, su marcha por la vida. Después de mucha búsqueda decidió vivir en la calle y armó un cambuche con trozos de madera y bolsas de plástico, entre otras cosas. En las noches, mientras trataba de dormir en su “hogar” todos los recuerdos salían a flote, como aquel momento en el que su padre usó sus preciadas tijeras para cortar algo más que tela. “Mi padre era un sastre muy bueno y siempre llevaba en su bolsillo unas tijeras”. Un día su padre tomó la decisión de irse, pero quería llevar con él a uno de sus hijos, su favorito. Empacó sus cosas y lo tomó de la mano, pero la tía del niño se negó rotundamente a que se lo llevaran. Tomó al niño de su otro brazo y tía y padre entraron en un forcejeo por quedarse con el pequeño Óscar. El padre sin titubear empujó al niño hacia un lado, sacó sus tijeras de la parte de atrás de su pantalón y sin el menor temblor en sus manos enterró las tijeras en el abdomen de la tía. Y vio resbalar gota a gota la sangre por tan espléndidas tijeras, como quien corta una fina seda. “Cuando mi papá le enterró esas tijeras a mi tía, salió corriendo y no lo volvimos a ver”.

Desde ese día don Gustavo trata de borrar de su memoria aquel hombre que solía llamar papá intentando refugiarse en otras cosas que no le permitan pensar en lo que fue su vida en Tuluá. En ese momento empezó con lo que se convertiría en su nueva adicción: el licor.

Pasaba días y noches enteras intentando borrar aquellos recuerdos junto al que se convirtió en su fiel compañero: esa pequeña caneca de *chirrinchi* que siempre se encontraba junto a su brazo, con la que podía hablar sin parar y derramar lágrimas sin que fuera a ser reprochado. Largos años han pasado mientras él trata de llenar esos vacíos que se abrieron al dejar Tuluá. El *chirrinchi* ya no es su compañía sino su necesidad.

Mientras pasan los días la sed va aumentando y es más la intranquilidad que se genera. “Con el alcohol llevo once años y es el único vicio que no he podido dejar. Las drogas, que son las más difíciles, las dejé a pura voluntad; pero con el trago no he podido hacer nada”. Sus manos ásperas y temblorosas, llenas de pintura por su trabajo, su ropa desgastada y su rostro en el que las arrugas ya son visibles dan cuenta de su edad.

Y aunque quiso olvidar con el trago todos esos momentos tormentosos para él, asegura: “Quiero dejar esto, ya no quiero ser más un borracho. He ido a Alcohólicos Anónimos, las religiones han tratado de sacarme de este vicio, me dicen ‘don Gustavo, deje ese mal camino, venga con nosotros a divulgar la palabra de Dios’, y he ido, he tratado de refugiarme en mi Señor, pero no he podido; yo le cojeo a Dios”; dice don Gustavo con la voz quebrada.

Ahora a sus sesenta y siete años lucha contra esta pesadilla en la que se convirtió su vida y espera que su hora de partida sea confirmada, sin saber en dónde quedará su cuerpo ni a dónde irá a parar su alma. “A mí no me da miedo morirme; igual, ya después de muerto qué más da. Además, a algún lado me tienen que ir a tirar porque la hediondez aquí no se la van a aguantar”. Mientras dice esto recuerda con decepción aquel momento en el río de Tuluá cuando se encontraba con su hermano: saltó desde gran altura y al caer se abrió la cabeza. Estuvo inconsciente tres días y tres noches y al despertar su desilusión fue grande porque había estado en un lugar lleno de tranquilidad. Entonces, lleno de nostalgia, dice: “La muerte es muy bella”.



12

*En casa de carpintero, músico
y algo más...*

Laura Rocha Ruiz

“Fueron cuarenta y cinco años de guerra. Yo adoraba a mi mujer y me portaba bien con ella hasta que esa otra mujer me empezó a buscar... Era muy bonita. Había sido virreina de belleza de Venezuela y había estado casada con un brujo. Pero nada de lo que pasó fue culpa de la brujería. Yo no creo en brujas”.

Antonio Pérez no está seguro de si en la vida ha sido muy de malas o muy de buenas. Nació en el 39 en el municipio de Obando, al norte del Valle. Desde niño tuvo que trabajar para ayudar en su casa. Su padre, como él, era carpintero, músico y bohemio.

Su casa es pequeñita. La falta de puertas, fuera de la que hay a la entrada, recuerda este dicho: “en casa de carpintero...” Antonio prende el primer cigarrillo y echa un ambientador de canela para ocultar el olor a humo. En su sala hay una reclinomatic negra de cuero, un tocadiscos del 29 del que sólo queda la cáscara “porque la máquina se la robó el novio de una hija mía después de que ella le terminó. Yo le daba posada porque él no era de acá. Pero la verdad es que nadie lo quería; primero, porque era negro, y segundo, porque era médico, y un médico nunca tiene tiempo para su mujer; así que mejor así. Pero sí, se robó mi tocadiscos el desagradecido”. En la sala hay dos equipos de sonido, un televisor inmenso y el comedor, y debajo de la escalera, una colección de discos

de acetato, y la cortina, que separa la sala de la alcoba; a un centímetro de la cortina, un gran armario de madera; a medio metro del armario, la cama, y en la pared, un reloj de Winnie Pooh.

Para Antonio es muy importante la puntualidad. Después de la tragedia lo único que lo salva de volverse loco es mantenerse ocupado, minuto a minuto, en una rutina muy estricta hasta para beber. Se levanta a las cinco y media; a las seis y media ya está abriendo el taller de ebanistería en el barrio Atanasio Girardot; a las doce en punto todos se van a almorzar, y regresan a sus labores a la una y media; y a las seis exactamente vuelven a cerrar. Llega a su casa, se baña, come algo, ve el noticiero y las tres novelas que le siguen y después se acuesta. Así son todos sus días de lunes a viernes. Los sábados trabaja desde la misma hora hasta las dos de la tarde; les paga a sus trabajadores y arranca en su carro, un Fiat Mirafiori dorado, para Palmira a hacer otros pagos y a encontrarse con la familia de su difunta esposa. Casi siempre se reúnen a tocar guitarra, a cantar y a tomar güarito para ahogar las penas.

Antonio, recién bañado, está sentado en la sala tocando su guitarra sorda y cantando a todo pulmón canciones viejas. Tiene puesta una camiseta esqueleto blanca, una pantaloneta negra y chanclas negras de caucho. Sus brazos están llenos de cicatrices que le dejaron los cactus sobre los que rodó mientras escapaba. Cerca de su hombro sobresale una larga cicatriz por uno de los balazos que le pegaron. “Tengo puesto lo mismo que esa noche”, confiesa Antonio. La casa huele a limpio, y a pesar de que es una vivienda humilde todo está en perfecto orden. Recuerda que su papá ganaba más como músico que como carpintero. “Mi papá hacía sufrir mucho a mi mamá. Cuando se iba a tocar también se iba a tomar y no le faltaba el trago ni las mujeres”. Por eso llegaron al campo. Su madre se los llevó a él y a sus dos hermanos menores para una finca en El Cairo, donde vivían sus abuelos. Allí trabajó como sirvienta para ganarse la comida para ella y para sus hijos. Al cabo de un año el papá de Antonio fue a buscarlos y se quedó viviendo con ellos en la finca y trabajando de gúaquero, oficio muy de moda en esos tiempos.

Al poco tiempo de estar nuevamente reunidos, por allá en el 48, mataron a Gaitán, y con su muerte se desató una violencia atroz entre liberales y conservadores. Ahora vecinos de toda la vida, primos y hasta hermanos se declaraban la guerra y se asesinaban unos a otros de las formas más macabras.

Su familia era de liberales; no pasó mucho tiempo para que los *boletiaran*, así que tuvieron que abandonar todo y esconderse. La gente dejaba las tierras en

manos de supuestos amigos y vecinos que después los traicionaban y les ofrecían cualquier centavo por ellas. Antonio recuerda con precisión los nombres de los primeros rebeldes y sanguinarios guerrilleros: *Rasguño*, el *Mosco*, *Chispas*, *Media Vida*, Efraín González, *Resortes*, *Tijeras*, *Capitán Sandino*, *Tirofijo*, el *Gurre*, el *Pollo Blanco*, *Sangre Negra*... “De ellos sólo sobrevivió *Tirofijo*, un asesino a sueldo que montó un negocio para cuidar cercos de cultivos de cocaína con el pretexto de una revolución y vendió el cuento de que era por amor a la patria”. Habla de ellos como si esta guerra hubiera pasado en el patio trasero de su casa, y es que así fue para él.

Desde que tenía diez años empezó a trabajar para ayudar en su casa. “Yo era *berraquito*. Me gustaba trabajar; pero también era muy vago y andaba las calles rebuscándome”. Trabajó consiguiendo y vendiendo chatarra; desocupando bacinicas en una casa de citas; ayudando en una cristalería, de donde se fue porque le cobraban los platos que quebraba; vendiendo maní en la entrada del cine; llevando rollos de películas en ese mismo cine, de donde también lo echaron por vivo: se puso a revender las boletas del estreno de *Sansón y Dalila*. Con sólo trece años llegó a Buenaventura. “Puse un negocio de cholado, pero quebré porque terminé regalándoles el fresco a las negras, que a cambio me daban comida. Con lo de los utensilios compré un pasaje para Tuluá y me fui a buscar a Over, un buen amigo mío que era electricista y me enseñó el oficio. Trabajé tres años allá. Mi patrón me quería tanto que hasta hacía de celestino con una novia que yo tenía. Ella tenía veintiún años, y yo, quince. Me llevaba a la escuela y me ‘violaba’ por las noches. Pero, como siempre, la volví a embarrar: hice un negocio ventajoso con un *mico* del patrón, me pillaron y me echaron”.

Antonio se fue para Pereira y terminó enfermo de anemia porque se alimentaba solamente con guamas, que conseguía a las orillas del río. Decidió regresar a buscar a su familia, que para entonces estaba en Palmira. Su papá había montado un taller de ebanistería y le estaba yendo bien. Todos sus hijos habían aprendido el oficio. Su padre lo recibió con la condición de que lo aprendiera también, y viendo lo bien que ganaban sus hermanos y los trabajadores se esforzó y en un año ya sabía todo del oficio y del negocio. Pero la dicha no duró mucho. Se metió en una pelea entre dos de sus hermanos y lo echaron de la casa. Su mamá le dijo que se fuera para El Cairo, a la finca donde había crecido; la misma de la que había tenido que huir cuando era un niño.

En ese entonces tenía diecisiete años. El día que llegó conoció a Rosa. Ella estaba en la finca con cinco amigas más. “Me contaba que todas se derretían por mí. Y es que yo vestía a la moda de pies a cabeza, así que novias no me faltaron”.

Se volvió el Maestro. “Me alimentaban mejor que a cualquier empleado, me pagaban bien y me trataban bien. Y así me eligieron como marido de Rosa. Ya nuestro matrimonio estaba arreglado. Sólo estábamos esperando a que yo consiguiera más dinero y los papeles para podernos casar. La familia de ella me adoraba porque además de mí nadie se la aguantaba; ni siquiera la mamá. Era indomable, berraca, brava. ¡Era una *tigra*! No le gustaba el oficio de la casa”.

Antonio prende el segundo cigarrillo, se sirve café tibio de un termo que había llenado por la mañana y continúa su discurso: “Finalmente me casé, a pesar de que mi familia no la quería. Me fui para Palmira con ella y pasé muchos trabajos y humillaciones. ¡Dios bendito!”. Con un solo año de estudio recuerda que los negocios “subían como palma y caían como coco”. Nada le duraba.

Alguna vez en medio de la desesperación y el hambre de su familia le pidió a uno de sus amigos de infancia, que era narcotraficante, que le enseñara el negocio. Ya antes había sembrado marihuana en el Bajo Calima, pero cuando la cosecha estaba para recogerse les avisaron que los estaban esperando y Antonio decidió perderse. Esta vez su amigo le iba a pagar veintidós millones por kilo de base para heroína; lo único que tenía que hacer era aprender del negocio y ser capaz de producirla. Antonio recorrió Pereira, Caldas, Tolima, Chaparral buscando conexiones, pero nada. Se hizo amigo de un concejal, quien lo recomendó para trabajar con la guerrilla rayando amapola. Conoció a un químico de Dolores y le contó de su gran necesidad, y éste lo llevó a una cocinada. Compraban el látex y lo transportaban a caballo por las noches hasta una finca que estaba en manos de la guerrilla. Allí tenían la cocina. “Trabajar la heroína es duro: se necesitan ácidos, hay que batir hasta que bote un chicle, saber a cómo corta, qué pH arroja...”. Con un adelanto que tenía, y ya sabiendo la receta, era el momento para hacer el kilo que le habían pedido, pero no alcanzó a conseguir la cantidad de látex que necesitaba. Lo que consiguió sólo le alcanzó para ciento cuarenta gramos. “¡Ciento cuarenta mil pesos por todo ese trabajo! Mi Diosito me tenía para ganarme la plata trabajando por las vías legales”.

En un negocio importante, en el que se encargaba de toda la carpintería de varias urbanizaciones que se estaban construyendo en Cali, denunció un robo de uno de los socios de la urbanizadora y por eso casi lo matan. El tipo le iba a pegar un tiro y alcanzó a darle un varillazo en la cabeza. Cuando llegó a su casa lo estaban esperando los sicarios. Tuvo que perderse. Se fue a Cúcuta en busca de un amigo a quien le había enseñado a trabajar, “pero ese hombre estaba en una pobreza la berraca”. Entonces Antonio se fue para Venezuela a trabajar en un lugar que alguien le había recomendado.

Regresó a Cali el 20 de diciembre, cuando las cosas con la gente de la constructora ya estaban calmadas. El 6 de enero fue a buscarlo el patrón de Venezuela para pedirle que volviera a trabajar para él como administrador. Le pidió que empacara todo en un camión y que se fuera con su familia que allá le tenían arreglado todo. En el camino el bolívar se desplomó y cuando Antonio iba a pagarle al dueño del camión en un sitio cerca de la frontera, el tipo no le recibió los bolívares y le mandó a la policía. Por eso estuvo detenido por una noche. Con la crisis en Venezuela a la fábrica le empezó a ir mal, y Antonio como administrador del negocio fue el primero en liquidarse. Volvió a Cúcuta a trabajar con un discípulo suyo y al poco tiempo ya tenía montada una fábrica propia en esa ciudad.

Fue cuando conoció a Graciela, la *Bruja*, como la conocía toda la familia. Ella se había separado y se había regresado a vivir en la casa de sus padres en Cúcuta, diagonal a su fábrica. “Yo no sabía entonces que ella era bruja ni que mi mujer la estaba visitando, y como mi mujer era tan celosa le pedía que me hiciera brujería dizque para amarrarme, y la *Bruja* por su cuenta se me acercaba para seducirme y sacarme información y luego iba y le inventaba a mi esposa que yo le estaba siendo infiel”.

La primera vez que la *Bruja* se le acercó a Antonio fue con el pretexto de venderle una rifa. Ella misma le escogió el número y, para asombro de él, el número cayó. Se había ganado quinientos mil pesos, que en ese entonces era un montón de plata.

“Esa vieja era capaz de todo: una vez mandó a dormir a Rosa arropada en una sábana blanca por casi un año; y tenía la orden de no hacer el amor conmigo para que le saliera bien la brujería”. Fue entonces cuando finalmente Antonio cayó en las garras de la *Bruja*. Fueron amantes durante siete años.

Los negocios iban muy bien y ya habían comprado varias fincas en Cúcuta, y tenían la fábrica. Pero los vecinos eran envidiosos. “Creían que nosotros éramos unos ricachones, cuando nosotros conseguíamos todo con mucho esfuerzo. Y si a mí no me querían, mucho menos querían a mi mujer. Las cosas con Rosa se complicaron y nos separamos. Me fui con Graciela para Ibagué donde vivían unos hijos míos”.

“Después de un año Rosa estaba muy emproblemada y muy endeudada. Mis hijos me rogaron que fuera a ayudarla porque ella estaba muy mal. Yo no tuve corazón para decir que no y regresé. Al poco tiempo las cosas ya estaban mejor económicamente, pero en un año mi esposa se había hecho más enemigos que

nunca. En una junta de acción comunal nos amenazaron muy discretamente: nos pidieron que entregáramos dos tercios de nuestra tierra porque era muy grande y había muchas personas, sobre todo reinsertados, que la necesitaban más.

“Nos dejaban ataúdes con los muertos adentro en la puerta de nuestra casa para obligarnos a darles plata para enterrarlos, y también para amenazarnos. Las cosas se quedaron así, pero una noche a las dos de la mañana tocaron la puerta. —¡Es la policía! ¡Una requisita! ¡Están rodeados, abran la puerta o la tumbamos!’. Yo sabía que la policía no iba a esas horas y entonces fui a buscar mis armas: un fusil y un changó. Justo ese día habían estado los nietos en la casa y mi esposa las había escondido por precaución; yo no podía preguntarle nada porque ella estaba pegada a la puerta escuchando todo lo que decían afuera. Yo ya había mirado por una rendijita de la puerta de atrás y efectivamente estábamos rodeados de encapuchados. ‘¡Mija nos van a matar!’. Ella había entreabierto la puerta y en ese momento se entraron. Yo acababa de encontrar mi fusil entre la ropa doblada y alcancé a herir a uno de los delincuentes, pero éste, tirado en el suelo, alcanzó a pegarme un tiro en el brazo. A mi hijo lo mataron cuando venía por el corredor. Acababa de graduarse de ingeniero; era un buen muchacho. Yo corrí y me escapé por detrás de la casa. Me tiré por un barranco lleno de espinas y cactus y caí al lado de una cruz que le habían hecho al cura del pueblo, que también era muy amigo nuestro; hacía unas semanas lo habían asesinado junto al sacristán. Le recé para que me protegiera y me escondí allí mientras oía los tiros y cómo mataban a mi familia. Yo escuchaba que me estaban buscando. Algunos decían que me habían visto por la carretera y otros aseguraban que yo aún estaba por ahí. Cuando dejé de escucharlos salí a la carretera en busca de ayuda. Nadie quería ayudarme porque estaba herido y a la gente le daba miedo meterse en problemas; me cerraban las puertas en la cara y la gente de los carros apenas se daba cuenta de que estaba herido seguían derecho. Cogí una caja de cartón de un basurero para taparme el brazo, logré subirme a un taxi y le rogué que me llevara a la estación. La policía no hizo nada. Les daba miedo porque no sabían si eran ladrones, paras, guerrilleros o narcos, y como todos estaban amangualados con todos... Al otro día fui a la casa, pero no fui capaz de entrar. A mi esposa le habían pegado doce tiros. Así era como la odiaban. Hasta ese día yo no sabía que el alma dolía. ¡Qué berraquera para doler!”. Mientras Antonio habla los ojos se le llenan de lágrimas que no logran escapar. Se traga la tristeza y la pasa con el cuarto cigarrillo. “Mi hija, mi yerno y mis dos nietas se salvaron de milagro. Esa noche se iban a quedar pero mi nieta se enfermó y decidieron llevarla hasta Cúcuta. Después de ese día también tuvieron que huir.

“A mi vecino, que era hermano de un duro, lo mataron la semana siguiente. Por esta venganza, en Cúcuta acabaron hasta con el nido de la perra. Durante varias semanas aparecieron muertos todos los días. Yo volví hace unos años e hice algo, pero me quedó faltando. El tipo que mató a mi mujer sigue en la cárcel.

“Volví a Cali con el resto de mi familia. Hablé con psicólogos, pero de nada me servía. La única solución que encontré para no enloquecerme o para no suicidarme fue ocupar la mente”. Un amigo le hizo un préstamo para volver a empezar, y en menos de quince días Antonio estaba otra vez hasta la coronilla de trabajo. Innovó con la torre cervecera para las jirafas y desde hace cinco años tiene en el mercado una marca de utensilios de madera para masajes estéticos y relajantes. Copió unos diseños chinos y ahora los fabrica y tiene convenio con las salas de belleza para proporcionar el material en las capacitaciones que dictan. La fábrica suple las necesidades de la familia. Antonio vive con lo necesario.

Es domingo por la noche, y en la maleta que lleva para todos lados alista las cosas que son importantes para su vida: un cortaúñas; un rodillo de madera para darse masajes en el rostro y evitar la vejez prematura; tres inhaladores; los cigarrillos, que fuma a pesar de sufrir de un grave enfisema que casi le cuesta algunos de sus miembros, pues hace poco le empezó a dar gangrena por falta de oxígeno en su sangre; dos encendedores; destornilladores; un imán para recoger piezas perdidas; un calzador de zapatos; sal de frutas para evitar el guayabo; muchos condones, y un cable con conexión al tomacorriente con las puntas peladas con las que se da bañitos de corriente, asegura que es un remedio infalible para todos los males; también lleva una peineta, los papeles y el pasaporte, porque uno nunca sabe.



13

Un secreto para todos

Diana Marcela Izquierdo Moreno

Luz Mery es una mujer de cincuenta y cinco años. Vive en una casa grande y bonita al sur de Cali en compañía de sus hijos Juan Carlos y Pilar y de su nieta Valeria. Tiene dos perros labradores, a los que les dedica su tiempo libre, además de arreglar las matas del jardín y del patio de la casa.

“Tenía dieciséis años cuando llegué a la casa de la familia Escobar. Tuve que trabajar como empleada del servicio doméstico para ayudar a mi familia”. A Luz Mery se le aguan un poco los ojos. Continúa contando su historia: “La señora me presentó a su esposo y a sus hijos y comencé con mis labores. En la noche me pidió que preparara algo de comer para su hijo que estaba a punto de llegar de la universidad. Yo aún no lo conocía. Cuando abrí la puerta para que entrara quedé realmente impactada. Era un hombre muy apuesto. Él también me miró fijamente”.

Sergio era un joven bastante educado y cortés. Trataba muy bien a Luz Mery, lo cual la fue enamorando. Al poco tiempo Sergio y Luz Mery empezaron a tener una relación a escondidas. “Cuando llevaba diez meses trabajando en la casa quedé embarazada. Fue difícil de afrontar, pues aunque estaba muy enamorada era muy joven; además, se trataba de una situación que la familia de Sergio no

iba a permitir porque su posición social era muy alta y no estaba bien visto que uno de sus hijos dejara en embarazo a la empleada del servicio”.

Luz Mery toma un vaso que tiene en la mesita al lado de su mecedora, bebe agua, respira profundo y sigue con su relato: “Cuando la madre de Sergio se enteró de mi estado se enojó, y mucho más al enterarse de que el padre era su hijo. La verdad, no recuerdo cómo sucedió, pero una mañana me desperté y estaba encerrada en un pequeño cuarto muy oscuro. Tuve miedo. Grité muy fuerte pero nadie me ayudó. Lloré mucho hasta que volví a quedarme dormida. No sé cuánto tiempo pasé en ese lugar. Sergio fue a buscarme a ese cuarto para reclamarme por haberle contado a su madre que mi hijo era de él. Yo lo escuchaba en silencio. Me dijo que tenía que irme a trabajar a la finca, pues si me quedaba en la casa avergonzaría a sus familiares, y él no podía permitirlo”.

Luz Mery fue trasladada a la finca, donde tuvo que seguir con su trabajo normal de empleada doméstica sin recibir ningún tipo de consideración por el estado en el que se encontraba. “Allí estuve trabajando muy duro hasta que nació Juan Carlos, mi primer hijo. Perdoné a Sergio por haberme enviado a la finca y seguí teniendo una relación con él”. Un año después del nacimiento del niño, Luz Mery volvió a quedar embarazada. Otra vez fue una situación bastante problemática: los Escobar no estaban de acuerdo con la relación que llevaban los jóvenes. “Recuerdo perfectamente el momento en que doña Clara, la madre de Sergio, se enteró de mi segundo embarazo, y muy disgustada con nosotros me advirtió que nunca haría parte de su familia”. Sergio era un hombre débil que nunca defendió su relación y dejó que su madre dispusiera lo que tenía que pasar con la joven y sus dos hijos.

“Ocho meses después nació Liliana, nuestra hija. Cuando Sergio la vio lo primero que me dijo fue: ‘¡Antes nació esa niñita, con tanto sufrimiento e inconvenientes que tuvo en el embarazo!’. Para él las humillaciones y angustias por las que yo tenía que pasar eran chistosas”. Evidentemente Sergio nunca amó a Luz Mery como ella a él; jamás se preocupó por su sufrimiento. Los abuelos paternos de Juan Carlos y Liliana nunca fueron a verlos.

“Cuando Juan Carlos tenía dos años y Liliana aún estaba de brazos hubo un gran evento en la finca. Yo sólo sabía que era el matrimonio de uno de los hijos de los Escobar con una mujer rubia y bastante simple, al parecer gringa. Estaba dando órdenes junto a doña Clara de cómo decorar el lugar. ¡Todo era tan bonito! Las decoraciones estaban hechas con flores exóticas y velas preciosas. Era una boda como de cuento de hadas”. Por la relación que había tenido con

Sergio, a Luz Mery no se le permitía pasar al lugar donde se encontraba el resto de la familia. Así que ella terminó de hacer lo que le habían ordenado y esperó escondida en un rincón para ver cómo era la ceremonia. “¡Qué sorpresa la que me llevé cuando salió el novio! Se trataba de Sergio. En ese momento sentí que mi mundo se derrumbaba; a pesar de todo lo que había pasado, yo seguía amándolo. Corrí hacia mi cuarto y empecé a llorar desesperadamente. Mi hijo me miraba con mucha tristeza”.

Luz Mery llamó a su hermano Jorge a Cali, y le pidió que la recibiera en su casa. “Cogí mis cosas, arreglé a los niños y me fui sin decirle nada a nadie. Sufrí mucho, pero mi hermano siempre me ayudó y les dio todo a mis hijos”. Vivían en una casa muy pequeña y humilde. Jorge trabajaba muy duro para sostener a su hermana y a sus dos sobrinos. Siempre la ayudó desinteresadamente.

“Había pasado un año. Eran más o menos las seis de la tarde cuando tocaron a la puerta. Era Sergio. Sentí algo muy fuerte; muy parecido a lo que había sentido cuando me di cuenta de que era él quien iba a casarse con la gringa. Me quedé como paralizada y comencé a llorar. Le expliqué por qué me había ido y le dije todas las cosas que sentía”. En este momento se curaron muchas cosas en el corazón de Luz Mery. “Desde ese día me prometí no volver a llorar, y aunque he tenido momentos difíciles y tristes en mi vida no he vuelto a derramar ni una sola lágrima.

“Sergio me pidió perdón. Me contó que se había separado de su esposa porque ella se enteró de toda nuestra historia y no pudo perdonarlo. La gringa se fue para su país y él nunca volvió a tener noticias de ella. Yo lo perdoné de corazón. Nunca habría deseado que le pasara algo malo”. En la conversación que tuvieron él le pidió que olvidaran lo que había pasado, que dejaran de lado las condiciones sociales de cada uno y que formaran una familia junto a sus dos hijos. “La verdad no quería volver a vivir los malos momentos; mi familia ya estaba conformada. Le dije que ya no era la misma niña de dieciséis años que se había enamorado perdidamente de él; que ya no tenía cabida en mi vida”.

Meses después los Escobar le regalaron un casa a Luz Mery y a sus dos hijos, adonde se mudó con su hermano Jorge. “Ocho años después, cuando Juan Carlos tenía once y Liliana diez, salimos a la calle a coger un taxi para ir a una cita médica. El taxista que nos llevó era muy simpático y cuando salimos del consultorio nos estaba esperando afuera. Aunque sentí miedo, dejé que nos llevara a la casa. No nos cobró nada por la carrera y eso para mí fue aun más extraño”. Días después Luz Mery recibió un ramo de flores. “Nunca nadie me

había regalado flores. Edgar, el taxista, era un hombre muy especial; muy diferente a Sergio. Pero para Juan Carlos y Liliana fue muy difícil que yo tuviera una relación con otro hombre porque ellos se llevaban muy bien con su papá”. Edgar y Luz Mery comenzaron a tener un romance. Él se fue a vivir a la casa con ella y los niños, y un año después ella quedó en embarazo de su tercer hijo. “Tuvimos a Andrés; un año después, a Enrique, y tres años después, a Pilar. No quería tenerla porque para mí cuatro hijos eran suficientes, pero mi convivencia con Edgar era tan buena y tan bonita que me quedé muy tranquila con tener una hija más”.

Cuando Andrés tenía dieciséis años, Enrique quince y Pilar once, ellos y Luz Mery tuvieron que afrontar el duro golpe de la muerte de Edgar. “Eran las once y media de la noche y Edgar no había llegado aún. Aunque se me hizo muy raro, pues él acostumbraba a llegar a las nueve de la noche a más tardar para compartir con los niños, supuse que tenía mucho trabajo y que eso lo había retrasado. Como a la una de la mañana no aguanté más y llamé a la central de la empresa de taxis en la que trabajaba. Ellos me decían que no respondía el radioteléfono, lo cual me preocupó más porque Edgar era un hombre muy responsable y nunca habría hecho una cosa de esas. Todos estábamos muy preocupados. Pusimos la denuncia en la policía, lo buscamos, hablamos con sus compañeros, lo buscamos por cielo y tierra, pero no logramos encontrarlo. Veinte días después apareció muerto en su carro cerca de un cañaduzal. Unos señores que trabajaban cerca lo encontraron y le avisaron a la Policía. En la autopsia salió que llevaba muerto los mismos días que desaparecido”.

La muerte de Edgar fue muy difícil para Luz Mery. “Aunque Sergio nunca dejó de dar el dinero para sus hijos, desde que me fui a vivir con Edgar no volví a visitarlos; eso fue algo que siempre me recriminaron.” En ese momento ella tuvo que sacar adelante a sus otros hijos. “Yo tuve que trabajar muy duro para sacar adelante a mis otros hijos. Sostener la casa no fue nada fácil: vivíamos en estrato cinco y el mantenimiento de una casa tan grande es muy costoso”.

Cuando Liliana, su hija mayor, tenía diecinueve años le diagnosticaron esquizofrenia. “Tuve que internarla en un hospital psiquiátrico varias veces. Era muy desesperante para mí ver cómo esa enfermedad estaba enloqueciendo a mi hija, así que me la llevé para Pasto porque alguien me dijo que allá había un lugar especializado en el tratamiento de ese tipo de pacientes. La dejé internada y me devolví para Cali porque tenía que estar con mis otros hijos”.

Desde que Edgar murió, Luz Mery nunca ha vuelto a estar con nadie. Su vida nunca ha sido fácil. Poco tiempo después de haber perdido a su esposo se enteró de que Liliana no sólo era esquizofrénica sino que consumía drogas. “La interné en un centro de rehabilitación, pero como a los veinte días me llamaron para avisarme que se había escapado. Unos días después apareció en la casa convertida en una indigente; fue muy doloroso. En ese momento lo único que hice fue aferrarme a Dios: le pedí que me diera fortaleza y sabiduría para afrontar el problema tan grande que se me venía encima”.

Luz Mery se dedica a las ventas por catálogo; vive de eso y de la renta de dos apartamentos que le entregó la familia Escobar cuando Sergio murió. “Cuando Liliana iba a la casa yo la bañaba y le cuidaba el pelo, le aplicaba productos y la peinaba. Un día hubo en mi casa una inducción de un nuevo producto de Yanbal y había varias vendedoras. De repente llegó Liliana, y como vio que había visita se fue al segundo piso. Después de una hora bajó con el pelo a medio rapar. Parecía loca. Empezó a gritar muy fuerte ‘Luz Bella’, como siempre me decía, porque ella dice que soy la hija del diablo. La visita tuvo que irse, y con la ayuda de Enrique la amarré hasta que se calmó”.

Unos años después Liliana quedó en embarazo, y a Luz Mery le tocó pedir la patria potestad de la niña. “Valeria tiene diez años y vive conmigo. Cuando viene Liliana debo tener mucho cuidado porque siempre ha querido hacerle daño. No sé cómo habrá sido la relación con el hombre que la dejó en embarazo porque nunca lo ha contado, pero supongo que a eso se debe el odio que siente por la niña. Liliana vive debajo del Puente de los Mil Días. Yo nunca pude hacer nada por ella. Por más que traté de ayudarla nunca pude; siempre se escapaba de los centros de rehabilitación en los que la metía”.

Juan Carlos es muy grosero. Pide a gritos la comida, y María, una señora que vive en la casa, se la prepara. “Juan Carlos vive aquí porque le dieron casa por cárcel. Hace muchos años se metió en problemas y terminaron dándole la casa por cárcel, o sea que yo terminé pagando por los errores de mi hijo”.

Cuando Sergio murió dejó una herencia que Luz Mery repartió entre sus dos hijos. La parte de Liliana la guardó en un banco para entregársela a Valeria cuando sea mayor de edad o la necesite para ir la universidad; la parte de Juan Carlos se la entregó a él, quien la malgastó hasta que se quedó sin un peso. “Mi hijo Juan Carlos empezó andar con gente rara, de caras muy feas. Gente de esa a la que llamamos *lavaperros*, y ya metido en eso es imposible salir”. A Luz Mery le molestan muchas cosas de Juan Carlos, como que fuma mucho; hay lugares

de la casa que ya tienen el olor del cigarrillo muy impregnado. Además, tiene muy mal genio, y ella le atribuye esto a que él tenga que estar encerrado. Juan Carlos siempre reclama que a Valeria deberían pagarle un colegio mucho más económico para hacer un mejor mercado para la familia. Él es muy malhumorado y no le gusta nada de lo que hace su mamá. “El colegio lo pago con lo que le corresponde a Liliana, y mientras esté viva le daré la mejor educación a mi nieta, así como Sergio lo hizo con mis hijos”.

María, la señora que les ayuda hace muchos años con los quehaceres, llegó a vivir a esa casa cuando la mamá de Luz enfermó. “María llegó a esa casa cuando mi mamá, que se llamaba Raquel, ya estaba muy mal de salud. Ella fue quien la cuidó. Desde ese entonces María vive aquí”. Raquel murió ya hace dos años, aproximadamente. “Y pues no ha habido poder humano que la saque de aquí. A mí me da mucho pesar; es una mujer muy sola. Es el apoyo más grande que tengo. Me ayuda con las labores de la casa, prepara la comida y atiende a Juan Carlos. Además, esa pobre mujer no tiene familia; es muy sola y no tendría adónde ir”.

Andrés, el primer hijo de Edgar y Luz Mery, vive en Bogotá. “Mi hijo Andrés hizo una carrera, al igual que Enrique. Trabajé muy duro para pagarles la universidad. Andrés es administrador de empresas de la Universidad Autónoma. Se casó con una mujer ocho años mayor que él. No lo veo hace años porque su esposa lo puso a escoger entre ella y yo, y pues él la escogió a ella”. Andrés estuvo hace dos meses en Cali y no visitó a su mamá. Ni siquiera le hizo una llamada. Luz Mery se enteró de ello porque Enrique, a quien sí visitó, la llamó para contarle. “Enrique le preguntó por qué no venía a visitarme y él le respondió que porque su esposa se enojaba porque le había prohibido cualquier vínculo con la familia, en especial si era su mamá. La mujer, que ni siquiera me conoce, dice que soy una vieja alcahueta; que soy un mal ejemplo para mi nieta”.

Luz Mery fue una mujer que dedicó su vida entera a sus hijos, que han sido bastante difíciles. Le ha tocado luchar contra la esquizofrenia y drogadicción de Liliana, vivir con Juan Carlos como convicto, sufrir la indiferencia de Andrés. Pero Enrique ha sido muy cercano a ella, la ha apoyado en todas sus decisiones, y sobre todo, le ha brindado mucho amor. “Mi hijo Enrique vive con su pareja, un hombre. Sí. Enrique es gay. Fue bastante duro para mí, pero en realidad ha sido el único del que he recibido apoyo. Bueno, y de Pilar, aunque con ella es difícil hablar porque no entiende muy bien las cosas”.

Liliana hace dos meses que no va a la casa a visitar a Luz Mery y a Valeria. “La última vez que vino le dije que cuando el clima estaba así con tanta lluvia la

pensaba mucho. ¡Sólo pensar las necesidades que puede pasar, que se moje, que pase hambre, me duele mucho! Pero me respondió que ella era feliz, que ese era su mundo, que ella había escogido eso, que no se arrepentía. Si ella hubiera recibido la ayuda que intenté brindarle, hoy en día sería una gran economista, porque siempre quiso estudiar eso. Ella alcanzó a estudiar dos semestres de economía en la Universidad San Buenaventura”.

Enrique manifiesta que siente mucha admiración por su madre, que le parece una mujer muy valiente por haber podido soportar todas las cosas que ha soportado en su vida: “Siento mucho pesar por mi mamá. Me duele el alma por todas las situaciones difíciles por las que ella ha pasado”. Cuando Enrique aún vivía con ella y sus hermanos tuvo que soportar junto a Luz Mery muchas de las situaciones que ella vive a diario; Luz Mery opina: “Enrique cuenta como si esas fueran cosas muy terribles, pero ese ha sido mi pan diario desde que tenía dieciséis años”.

Hay una situación especial que Enrique recuerda muy bien: “Fue hace muchos años, cuando apenas estaba empezando mi carrera universitaria y vivía en la casa de mi mamá. Unos tíos habían ido de visita. Estábamos todos muy felices departiendo en la sala, cuando de repente llegó Liliana y se encerró en el cuarto. Empezó a oler muy raro, así que mis tíos fueron al cuarto de Liliana, de donde provenía el olor, y empezaron a tocar y tocar la puerta, pero como ella no abrió les tocó tumbarla. Cuando lograron entrar la vimos inyectándose heroína. A ella le dio mucha rabia y empezó a tirarles cosas y a agredirlos. Mis dos tíos lograron sujetarla; pero como ella tenía mucha fuerza se les soltó y salió corriendo hacia el balcón. Desde ahí empezó a gritar que si se le acercaban se iba a matar, que se iba a tirar”. Otros dos tíos tuvieron que salir para esperar abajo por si Liliana decidía tirarse. Para Luz Mery este es uno de los peores recuerdos que tiene de Liliana: “Yo caminaba de un lado al otro. Tenía muchos nervios. Sentí mucho miedo de que muriera. Al fin y al cabo, sean como sean, son los hijos de uno y uno es el que tiene que lidiar con ellos. El amor de una madre no tiene comparación. Después yo misma tuve que llamar al psiquiátrico para que vinieran por ella”. Enrique recuerda que no pasó mucho tiempo, pero todos coincidieron en que se les había hecho eterno ese momento: “Sólo habían pasado veinte minutos cuando la gente del psiquiátrico llegó. Mi hermana se quitó del balcón y fue corriendo a abrazar a mi mamá; le pedía que la ayudara, le decía que ella iba cambiar, que no dejara que se la llevaran, que no se quería ir con ellos. La verdad, a mí se me partió el corazón, sólo una madre puede tener el valor de ver que se lleven a su hija de esa manera. Mi mamá es muy fuerte; todo lo que ha vivido lo demuestra”. Luz Mery no dio el brazo a torcer

y pidió que se la llevaran: “Obviamente esas cosas son muy difíciles. Para uno es complicado ver que eso pase con uno de los seres que uno más quiere, que uno trajo al mundo, que estuvo dentro de uno. Los enfermeros le aplicaron un medicamento para doparla; cuando se fue quedando dormida le pusieron una camisa de fuerza y se la llevaron”.

Para Enrique, Luz Dary es la mujer más fuerte que ha conocido. Él asevera que nunca ha conocido una persona con un carácter más recio que el de ella: “Ese día fue tal vez fue el más difícil de los que recuerdo haberla visto vivir. Pero mi mamá nunca lloró, y eso para mí fue lo más fuerte. Mi mamá, aunque parecía el ser humano más fuerte que pisaba la tierra, tenía la mirada desviada. Sentí mucho de miedo de lo que pudiera pasarle”.

Hoy en día Luz Mery sólo tiene relación con la familia de Sergio por el hermano de él, que es médico y le ha prestado asesoría con las citas pediátricas de Valeria. “Como la niña es hija de dos personas drogadictas tenemos que hacerle unos exámenes médicos cada año para controlar que no tenga problemas graves. Sería muy triste que se me enfermara por la condición de Liliana y del hombre ése. Es mejor prevenir que lamentar”. De otro modo, ella preferiría no ver a los Escobar. “Para mí fue demasiado fuerte todo lo que hicieron conmigo. Pero, finalmente, los hermanos de Sergio no tienen la culpa, y yo quiero que Valeria tenga contacto con la familia de su abuelo.

“Para mí hay dos cosas que marcaron mi vida para siempre. Una fue la aparición de Sergio en mi vida, que me llenó de tristezas, de cobardías, de problemas; incluso los hijos que tuve con él me trajeron eventos muy desafortunados; pero los quiero, sí, como cualquier madre quiere a sus hijos. Claro que también tengo que agradecer que todo lo que me pasó con él me convirtió en un ser lleno de fortaleza para enfrentar todos y cada uno de mis problemas. Por otro lado, la muerte de Edgar. Para mí fue como la muerte del amor, fue un momento lleno de angustia, terrible. Los días eran muy difíciles; yo trataba de encontrarlo en mis oraciones, en mis sueños. Es más: muchas veces soñé que me despertaba, abría la puerta y era él. Yo sé que suena mucho a telenovela, pero estas cosas sólo logra entenderlas la persona que tiene que vivirlas. Cuando el policía llamó, aparte del dolor y todas las vainas que uno alcanza a sentir, sentí mucha tranquilidad de saber qué era lo que pasaba, porque esa zozobra va acabando más rápido con uno.

“Así que mi vida está dividida en dos momentos: Sergio y Edgar y el momento en que volví a estar sola. Porque uno puede tener al resto de la familia, pero

mis hijos han ido partiendo poco a poco y yo he tenido que aprender a vivir con la soledad de no tener en quién soportar los problemas o quién me ayude a soportarlos.

“Realmente mi vida no ha sido un paraíso; tampoco un infierno. Simplemente ha sido un camino duro de recorrer, en el que he tenido tristezas, alegrías, pero ante todo muchas enseñanzas que han fortalecido mi espíritu. Sólo Dios y los que me han querido saben lo mucho que ha valido la pena, lo que he hecho por los grandes amores de mi vida”.



14

Último round

Mauricio Rendón Echeverry

“Los boxeadores somos como adictos, y los golpes, nuestra droga. Después de que has recibido suficientes ya no te puedes alejar de ellos”, dice Fernando, un negro bajo de brazos nudosos, manos gruesas y un rostro que a fuerza de golpes y tenacidad ha ido cambiando. Su mirada lo vuelve un gigante; él dice que lo hace por instinto, el mismo que lo mantiene de pie en el cuadrilátero cuando está a punto de caer.

Es un jueves caluroso y el Coliseo del Pueblo se llena de personas que van a practicar algún deporte. Entre todos ellos sobresale una clase especial: algunos jóvenes con cuerpos forjados al calor de los golpes se dirigen a lo que hoy será un día de entrenamiento largo y agotador. Lo que allí ocurre es desafiante: muchachos entre los quince y veintiún años rompen aquella repetida enseñanza de sus madres: “Pelear es malo. No le pegue a su amigo”.

Él castiga una pera y habla acerca de cómo llegó al boxeo, pero nunca aparta la mirada de su blanco. “A mí me trajo un amigo que al final no aguantó el nivel y se fue porque le dio miedo que le partieran la nariz. Es que aquí hay que

estar loco para lanzarse a los puños de otro que lo quiere matar”, precisa. En su mirada sólo hay espacio para la concentración, la misma que da los grandes títulos y ha mostrado la gloria a unos pocos, la que se pierde en tres minutos; la que se busca con cada golpe en el difícil mundo del boxeo.

El cuadrilátero no mide más de seis con diez por seis con diez, pero adentro se olvidan las dimensiones. No hay nada más allá de su contrario. Los dos ya están arriba. De repente, en Fernando explota esa mirada que iguala los diez centímetros de diferencia en estatura de su rival; lo que él llama instinto. “A ese *pelao* lo dejaron a mi merced. No importa que sea solo un *sparring*. Hoy es día de pelea, y no lo voy a desperdiciar ni un segundo”. Suena la campana y sale de su esquina como un animal desenfrenado y con ganas de recibir su droga, pero quien la empieza a recibir es su contrincante: perdió desde antes de que empezara la pelea. La impresión de esos ojos que sólo desean que los otros se apaguen en el suelo fue lo que le hizo perder. Fernando pronto ya lo tiene arrinconado y atina varias combinaciones al cuerpo. “Ese es su estilo: directo y al cuerpo sin perder el tiempo. Es difícil perder el miedo a que te golpeen, pero es peor ver a un demente que recibe tus golpes y no cae”, comenta su asistente mientras observa.

La campana suena y cada uno regresa a su lugar. No hay mayor recomendación del entrenador; sólo cruzan unas palabras:

—Lo tienes. Sólo debes presionarlo y buscar que baje la guardia, —dice el asistente.

—Sí, *profe*, pero ese *man* es duro. Le pego y no baja los brazos. Sabe recibir los golpes, ¡pero ya sé qué le voy a dar! —responde Fernando.

—Dale; ya sabes: combinados al cuerpo para que haga mella, y rómpele la guardia con *uppers* apenas lo veas cansado.

—Vale, *profe*. Lo acabo en la próxima.

La campana suena de nuevo y el ímpetu no desaparece. Otra vez quien lanza los golpes es él mismo, pero esta vez su contrario lo mantiene alejado. Únicamente usa su izquierda para mandar *jabs* que rozan el aire, pero impiden que Fernando se ponga a corta distancia, su mejor rango. En un momento estallan cinco golpes en su cuerpo y estos dejan ver que ya le cogieron el ritmo. La desesperación es evidente y Fernando congela todos sus pasos. Cada golpe absorbe hasta el último gramo que lleva. Cae contra las cuerdas y los golpes no se hacen esperar: un

cruzado de derecha revienta en su rostro y desde abajo se acerca un *uppercut* que trata de acabar todo.

Tanto esfuerzo y entrenamiento pueden acabar en siete minutos. Un golpe acaba meses de sufrimiento y castigo; un golpe que sólo busca dejar fuera de sí el cerebro; algo que bloquea todos los movimientos. “Te vuelves un costal de carne y huesos dispuesto a recibir cualquier golpe”, dice el asistente de Fernando. Pero algo pasa: el golpe que buscaba el mentón cruza el aire y deja toda la zona izquierda libre para que salga y estalle un golpe que literalmente, según los expertos, “envenena”. Era lo que hablaba con su profesor: un golpe a la zona linfática. Sale de las cuerdas y arremete con dos golpes al rostro y uno al abdomen. El joven cae. Empieza la cuenta y llega hasta siete; un presagio de que si vuelve a caer no se pondrá en pie nuevamente, o por lo menos no antes de que cuenten hasta mil.

El tercer asalto es sólo por acabar lo que ya empezó. Fernando sale decidido a terminar rápido. Un intercambio de golpes al cuerpo y saca un derechazo contra la sien de su oponente, quien trastabillea; lo golpea de nuevo en el abdomen. Un minuto y veintidós segundos. Cae. Todo acaba. Hasta ahí llega el *sparring*.

Fernando tiene claro qué le gusta, y quiere vivir de esto; sabe que enfrenta algo muy grande. “Aquí no hay grandes escenarios para mostrarse, y los patrocinadores no apoyan esta liga; para eso está el fútbol, lo que todo el mundo quiere ver”. En este país pocos entienden que el boxeo es combinar la fiera y la ciencia; es aprender todos los días a golpear cada parte del contrario, cada punto vital. Ningún otro deporte en el mundo pone tan en riesgo la vida. Además, aunque ganan, las secuelas son evidentes: costillas frágiles, pérdida de visión y memoria, fuera de perder la firmeza en las manos, por sólo decir algunas cosas. Un deporte que destroza sólo con el entrenamiento. Algo que solamente se puede entender cuando estás adentro y se reciben unos cuantos golpes y la adrenalina inunda todo el cuerpo. “El único sitio para mostrar mi verdadera naturaleza”, dice Fernando.

“La gente cree que el boxeo es sólo golpear. Con cada pelea que gano soy alguien nuevo. Digo que eso es instinto; eso es lo que desconoce el resto de la gente”, indica Fernando, mientras se envuelve las vendas en las manos. Los golpes recibidos ya solo son pasado. Un buen boxeador sabe que en el *ring* se golpea, y se esquivo el problema cuando los golpes quedan en la memoria. El miedo no es algo aceptable para ellos. “Es como recordar mi primera vez como *sparring*.

No quería volver; sólo lo hice porque no me gusta perder. Desde ese día no me gusta recibir golpes”.

Mientras mira una pelea de entrenamiento de uno de sus amigos y analiza cada movimiento, su ímpetu empieza a crecer; empuña las manos, mueve las piernas, esquiva cada golpe aun cuando no vienen hacia él. Sus ojos brillan con cada golpe. “Cada vez que miro una pelea no me puedo controlar; quisiera estar ahí. Es algo que no puedo explicar. Nací para esto, y mientras pueda siempre voy a levantarme. Sé que podré; es algo natural en mí. No me gusta perder”. La pelea acaba y su amigo baja con una derrota a cuerdas; no ha podido incorporarse luego de un *upper* repentino. “Es lo que pasa cuando te distraes en la lona: acabas en el suelo. Pero cuando te acaban con ese golpe es como estar en tu cama”, dice Fernando y se ríe de su amigo.

“Quien domina la izquierda está hecho. Un zurdo es lo más difícil de enfrentar”, afirma Fernando. En el boxeo, al igual que en muchos otros deportes, los zurdos son altamente valorados. En palabras de su entrenador: “Enfrentar a un zurdo es pelear al revés; es llevar ya la mitad de la pelea perdida”. Hoy Fernando plantará cara a uno de estos prodigios; será su primer zurdo en dos años. De los pocos que hay y se interesa por esta vida. Su rostro no muestra mayor emoción; sólo mira el suelo y asiente mientras su entrenador le da algunos consejos sobre su izquierda. De pronto, suena la campana y quedan sólo los boxeadores viéndose por primera vez. Asumen sus posiciones y empieza el combate.

Fernando analiza a su rival mientras conserva una clásica posición defensiva. Algunos *jabs* del zurdo pasan rozando su rostro. Él los esquiva y trata de entrar en el cuerpo a cuerpo. De la nada aparece un *gancho* de derecha tan rápido que golpea su defensa y lo hace alejarse. Mientras recompone su defensa trata de imponer su ritmo, lanza golpes al cuerpo, pero es recibido con contragolpes que lo sacan de balance. Es difícil entrar, y sin darse cuenta ya está contra una esquina y es bombardeado con rechazos directos a su rostro.

El primer *round* termina y no ha conectado un solo golpe. Su respiración es la de un desesperado. Su entrenador le dice que debe salir con más ferocidad; que olvide la zurda y se concentre en arrinconarlo. Él no responde; se coloca su protector y sale de nuevo a enfrentar otros tres minutos. La pelea ahora es más movida: el zurdo sale más ofensivo y plantea una pelea más directa, los *jabs* pasan muy cerca de ambos. El movimiento en el centro del ring dice que hoy habrá *knock-out*. Un rechazo explota en el plexo del zurdo y Fernando conecta una de izquierda contra su rostro y lo hace caer. El zurdo se sostiene

de las cuerdas. El juez manda al rival contra la esquina neutral y empieza la cuenta: ocho segundos que dejan fría la esquina roja.

Es malo enfrentar a un zurdo, pero se vuelve peor cuando es un oponente con carácter, de los que no teme recibir un golpe si sabe que conectará uno muy bueno. Además, a quien enfrenta no es ningún principiante. Es alguien con experiencia. Al salir por el último asalto cae sobre Fernando una lluvia de golpes que pocos resistirían. Sus piernas le fallan y termina arrinconado contra su propia esquina. Dos *uppers* uno tras otro abren su defensa, y su rostro es víctima de cinco garrotazos seguidos. El árbitro para la pelea. Desde que recibió el tercero no pudo levantar más su guardia.

“Tantos golpes son fatales. Lo bueno es que sabe que perdió. Se recuperará. Sólo hay que dejar que descanse y piense. Llevaba la pelea ganada; se descuidó y se dejó impresionar”. Son palabras de su asistente. Su rostro no está tan mal. Lo único que no se ve son sus ojos. Atina a decir: “Ese zurdo no era tan zurdo”. A lo que se refiere es que desde el primer golpe se dio cuenta de que era un derecho y que lo que mandaba no eran *jabs* sino directos que se tragó enteros. Sus ojos lo confirman: “Me ganó de experiencia. ¡Mucho *hijueputa!* Y yo iba bien; ya llevaba cinco peleas ganadas. Pero se las cobro al próximo marica que le toque conmigo”. Descansa mientras el resto de peleas siguen. Será otro día en que llegará a su casa en bus y no llevará nada más que un ojo hinchado. Una semana de descanso y a volver a su rutina.

Por ahora no entrena normalmente. Sólo cuida su estado y trata de mantener sus reflejos. En otros deportes el estado físico no se ve afectado de la misma forma como en el boxeo. Por eso en los entrenamientos siempre se lleva protección, y las peleas son esporádicas. Cada golpe acorta la vida deportiva y el descanso es necesario para sobrellevar esta carga. “En cada pelea, cada vez que tumbo a mi rival sólo pido que no se pare más”, dice. Sus manos ya son ásperas de tanto golpear los sacos y el cuerpo de sus rivales; aun así no llevan el suficiente peso para salir adelante en este mundo. En algún momento deberá dejar los guantes, ya que estos no darán de comer a su familia para siempre, o en todo caso no en este país. Además, quiere conseguir estabilidad y sabe que a razón de puños no lo logrará.

Los recuerdos de una infancia pasada por el barrio y su *parche* le recuerdan su primera pelea en la calle. “Todo por un gol que no entró”, dice mientras se ríe y calienta. En la calle una pelea pone en juego tanto como valga la pena. En el *ring* perder es desaparecer. El boxeo sólo acepta gloria, la cual sólo llega con

decisión y dedicación. En el camino a la gloria se vierte la misma cantidad de sangre y sudor que se hará derramar a otros. Está listo para pelear. Se acerca la que podría ser su segunda derrota en serie. Aunque sólo es un *sparring*, su última pelea aún le recuerda que no es nadie. En esta ocasión se enfrenta a alguien que, como él, cayó por más de diez segundos. Demasiado se juegan los que se atreven a perder de nuevo.

Un estrepitoso ruido llena la lona y ellos salen al centro del *ring*. Sus cinturas se mueven como en época de feria y las izquierdas se rozan en el aire. Nuestro hombre se mueve en círculos tratando de sorprender a su rival. Es bloqueado con una defensa de hombro y recibe un derechazo que da en su defensa. Un literal *bombazo* que es respondido con otro derechazo que da en el cuerpo de su adversario. El ruido de ese golpe le recuerda que ya ha perdido. Empieza una lucha directa. Los golpes cubren los cuerpos de ambos. Termina este primer carnaval de golpes y Fernando torna a su esquina. Sale por el segundo, y en un momento termina contra las cuerdas; se lleva una combinación de golpes al cuerpo y sólo puede cubrirse. *Finta* de izquierda, sale a un lado y golpea sin piedad. Lanza un *upper*, y es recibido con una contra que lo lanza al piso.

Cinco segundos. Se pone en pie. No se ve afectado. Lanza unas cuantas combinaciones y termina el *round*. No se sienta; sólo se quita su protector y escupe. Suena la campana y sale tranquilo. Su rival le manda unas cuantas izquierdas y Fernando las esquiva fácilmente. En un momento se infiltra y empieza una pelea de golpes cortos. Estalla un golpe al hígado tan fuerte que su rival se dobla; manda un gancho muy cerrado y lo ajusta en el mentón de su contrincante, quien cae. Regresa a su esquina. El conteo llega a seis y Fernando sale como un animal a rematarlo. Lanza golpes con *swing* muy amplio que rompen la defensa de su rival. En un segundo atina un golpe casi que inventado en la mejilla de su oponente y éste cae.

Una pelea que dura cuatro asaltos en los cuales se dejan todo el orgullo y el sudor en una mezcla que para unos sabe a derrota, y para otros, a satisfacción. A su alrededor, indiferentes, otros jóvenes practican con un saco de arena o una pera. Para ellos sólo es una pelea más en la que no participan, que ganarían sí estuvieran sobre el *ring*. Opinan que no debió lanzar ese *jab* o que tal vez debió aguardar un poco. Pulen sus habilidades esperando ser los próximos a batirse en duelos que pocos aguantan para recibir el castigo de los que hoy entrenan a su lado y ríen junto a ellos. Cada jornada es un nuevo reto. Cada día el dolor los aguarda y los hace volverse mejores o termina llevándolos a momentos de un sufrimiento que raya con la desesperación y la insatisfacción. En un deporte

donde todo termina de un solo golpe y la satisfacción es aguantar todos los golpes que llegan.

La campana del último *round* ha hecho de las suyas y es otro día más. No se permite golpear más sueños. La noche cubre el cansancio mientras los soñadores de tres minutos guardan su sufrimiento y bajan de la lona. Vuelven al mundo en el que no hay cuerdas pero en el que nunca suena la campana que termina con su sufrimiento.



15

De un patio a otro, el amor

Nathalia Ayala Garcés

En una cárcel del sur del país se rumoraba que había llegado un joven muy atractivo. Todas las mujeres estaban desesperadas por verlo. Mientras ellas hacían la fila para recibir su almuerzo, Jhonier, un convicto por tentativa de homicidio condenado a cuatro años y encerrado en una de las celdas cerca del patio de las mujeres, salió también a recibir su almuerzo. Todas empezaron a llamar su atención, pero sólo una de ellas recibió la anhelada mirada y una leve sonrisa: Sandra, convicta por homicidio agravado. Al ver este gesto lo llamó, pero él, indiferente, volvió a su celda. Al observar esta reacción, ella le dijo estas palabras, tan comunes en su jerga: “¿Qué tal este picado a Coca-Cola? ¡Ni a Tampico llega!”.

Estando en su celda, Jhonier descubrió encima del techo de un baño un pequeño hueco a través del cual podía observar el pabellón de las mujeres. Por allí veía pasar varias veces a Sandra. La llamó en muchas ocasiones, pero ella no lo miraba. Hasta que una tarde, cuando todas las mujeres estaban en el patio central haciendo ejercicios y Sandra se encontraba aseando los pasillos, Jhonier la vio y le dijo: “¿Entonces? ¿Hasta cuándo? ¿Cómo voy ahí?”. Sandra, muy educadamente, le respondió que ella tenía novio y él le dijo que no importaba, que él no era celoso. Sandra decidió acceder a ser la novia de Jhonier, pese a ser novia del *Pala*, ya que ella pensó que *Pala* no se enteraría. Después de un

mes Sandra y el Pala terminaron, pues no se veían mucho. Siguió su relación con Jhonier porque con él se veía todos los días por el hueco.

Para llegar al hueco por el que se encontraba con Jhonier, Sandra tenía que pasar ciertos obstáculos. Primero tenía que colocar una silla para subir al techo del baño y encima un balde y sacar todas sus fuerzas para balancear su cuerpo y alcanzar un pedazo de techo (que medía alrededor de un metro de ancho por cinco metros de largo), donde ella se sentaba. Jhonier, por su parte, debía encaramarse encima de un balde grande y quedarse de pie todo el tiempo. Así duraron dos meses. Pero algo estaba a punto de suceder. Cierta día unos practicantes universitarios llegaron para efectuar varias pruebas médicas a los reclusos que voluntariamente quisieran hacérselas. Jhonier accedió a realizarse las pruebas. Al cabo de dos meses le entregaron los resultados y a partir de ese momento su vida cambió: fue diagnosticado VIH positivo.

Los días pasaban y Sandra observaba que Jhonier estaba cada vez más distante; no le hablaba a nadie. Ella decidió llamar a Juliana, la hermana de Jhonier, ya que era la única en la que Jhonier confiaba. Cuando hablaron Juliana le hizo jurar a Sandra que no se lo contaría a nadie y le rogó que estuviera muy pendiente de Jhonier. Pero Sandra, al enterarse de la noticia, decidió hablar con él; así, se pusieron una cita en la enfermería con la excusa de que Sandra tenía que contarle algo de vida o muerte a Jhonier. Él, al escuchar esto, se preocupó y aceptó ir.

Al día siguiente se encontraron en la enfermería. Jhonier no quería ni siquiera tocar a Sandra ni que ella lo besara, pues sentía miedo de contagiarla. Ella se le acercó, lo abrazó y le dijo: “Ya lo sé todo, y quiero que sepas que no me importa; igual, de algo nos vamos a morir, y si nos vamos a morir los dos por esto no tengo miedo”. Aunque Jhonier seguía deprimido, sintió un apoyo muy grande en Sandra y le preguntó qué tan grande era el amor que ella sentía por él, y cuánto estaba ella dispuesta a arriesgar por él. Ella, sin que pasara un segundo, dijo que estaba dispuesta a todo.

Las cosas se fueron complicando. Jhonier sentía muchas ganas de fumar marihuana, pero a él le quedaba muy difícil conseguirla ya que la celda donde se encontraba permanecían dos guardas exclusivos para su cuidado y la única opción que le quedaba era pedírselo a Sandra, ella accedió y él le prometió que sólo sería una vez.

Así pasaron los días, y Sandra todas las tardes tenía que esperar a que se llevaran a todas las reclusas a la cancha, mientras ella se escondía en un baño a esperar que nadie quedara para que no la vieran atravesar uno de los pabellones donde

se encontraban las mujeres más peligrosas de la cárcel, llegar a una tapia, subir una escalera que los mismos *jíbaros* pusieron para comodidad de sus clientes, tirar una bolsa plástica con una piedra adentro, más mil pesos y gritar: “Tírame un limón, que tengo mucha sed”. Y se lo devolvían en la misma bolsa plástica, en la que tenía que guardarlo muy bien y atravesar de nuevo el pabellón, donde no siempre le sonreían—incluso en ocasiones tenía que sacar su navaja y salir corriendo—, llegar hasta el pabellón donde se encontraba con Jhonier, subirse hasta el techo del baño y por el hueco pasarle su “limonada”.

Al repetir esto todos los días se fue notando su ausencia en las clases, y esto le llamó mucho la atención al cabo, uno de los encargados de la disciplina de las reclusas; inmediatamente le hizo seguimiento; sin reclamarle todavía esperó a que ella fuera por su “limonada” y cuando llegó al pabellón donde se encontraba el hueco él la estaba esperando. Apenas lo vio empezó a correr, mientras él le gritaba que era inútil que lo hiciera, que él ya lo sabía todo. Una vez la alcanzó se la llevó para su oficina.

Jhonier, como todas las tardes, estaba parado en el balde mirando por el hueco esperando a que llegara Sandra. Al ver que ella se demoraba llamó a una de sus amigas que acababa de llegar de la cancha para preguntarle por ella; pero no hubo necesidad de que la amiga le respondiera porque en ese momento vio que Sandra llegaba de clase con las demás reclusas. Sandra se acercó y le contó que el Cabo la había visto y que iba a estar muy pendiente de ella; que por buen comportamiento esta vez no le iba a decir a nadie, pero que si la veía de nuevo haciendo lo mismo, el castigo iba a ser fuerte.

Jhonier supo, entonces, que por el lado de Sandra ya no recibiría nada y se encargó él mismo del asunto: empezó a buscar un *jíbaro* cerca de su celda. Lo encontró pero la condición que le ponían era que hiciera parte del grupo de ellos. Jhonier aceptó y se sumó a uno de los grupos más temibles del pabellón donde se encontraba. Sandra, cuando se dio cuenta de esto, le suplicó que se saliera de ese grupo porque allí era seguro que encontraba la muerte. Pero Jhonier le explicó todo y la convenció de que allí “no pasaba nada”.

Uno de tantos días en que a Jhonier le tocaba servir el postre de los almuerzos recibió la caja donde venían panelitas de leche y el dulce de guayaba pero esta vez estaban combinadas: no llegaron aparte, como solían llegar. Jhonier con un sentido del humor pesado gritó: “¡Las panelitas de leche son para los *originales*, y el dulce de guayaba para los demás!”.

Jhonier les repartió a todos los de su grupo panelitas de leche, y al grupo rival, dulce de guayaba. En ese momento uno de los “duros” del grupo rival se paró y le dijo:

—¿Y es que a vos te parece que yo no soy original, o qué?

—Si vos lo que querés es pelear, me decís y nos matamos —le replicó Jhonier.

Jhonier decidió no prestarle más atención y se sentó a comer, pero de repente sintió un dolor muy fuerte en la cabeza. Cuando abrió los ojos y vio que se encontraba en una clínica, muy asustado le preguntó a una enfermera qué había pasado, y la enfermera le respondió: “Uno de sus compañeros de la cárcel lo golpeó con un cucharón a la hora del almuerzo y le fracturó el cráneo, y usted quedó inconsciente. Afortunadamente está respondiendo muy bien a los medicamentos”.

Juliana, la hermana de Jhonier, estaba en la clínica y la dejaron entrar a la habitación por unos minutos. Apenas entró lo primero que le dijo Jhonier a Juliana fue: “Yo te juro que esto no se queda así”.

Después de dos días de estar hospitalizado, Jhonier regresó a la cárcel. A los guardas les habían informado que tenían que trasladarlo de patio por lo que había sucedido y que su vida corría peligro. Pero Jhonier se negó y les dijo que se había caído y se había golpeado; que no lo cambiaran de celda, que “todo estaba bien”. Todos los reclusos estaban impresionados, puesto que creían que había muerto. Al día siguiente en su celda Jhonier no perdió de vista a El Duro y decidió vengarse.

Esa noche, cuando todos estaban esperando a *el loco* (la comida), Jhonier le advirtió a El Duro: “Mañana en el almuerzo ya sabés que nos matamos”. “Listo, cuando quiera”, aceptó el otro. Esa noche Jhonier pensó todo y se levantó muy temprano al otro día para planearlo con sus amigos. Decidieron que mientras él se encargaba de su enemigo los otros entretendrían a los guardias.

En la hora del almuerzo todo estaba listo. Los amigos de Jhonier conversaban con los guardias y Jhonier estaba almorzando y esperaba que su rival terminara de reclamar su almuerzo para que se sentara. Todo estaba en calma. De repente Jhonier se puso de pie y sacó su navaja. El otro estaba de espaldas. Jhonier lentamente se acercó a él y ya alistaba la mano para darle la puñalada, cuando uno de los amigos de El Duro lo puso sobre aviso: “¡Ojo, que te van a matar!”. Uno de los guardianes corrió a coger a Jhonier mientras El Duro se levantó y

sacó su navaja. El guardián le alcanzó a quitar la navaja a Jhonier y se puso en medio de los dos. Pero su enemigo no se percató de que el guardián se había interpuesto entre ambos, y creyendo que era Jhonier se volvió de repente y con toda su fuerza enterró su navaja en el pecho del guardián. Todos empezaron a correr. Mientras unos guardianes avisaban del hecho, los otros trataban de controlar el caos que se había formado, ya que los amigos de El Duro se le fueron encima a Jhonier: sus amigos corrieron a ayudarlo, pero no hubo necesidad, pues Jhonier, sagaz, se abrió una herida en la mano, e inmediatamente todos, asustados, corrieron por miedo a ser infectados.

Al día siguiente, uno de los poderosos contactos de Jhonier —y muy amigo suyo— le avisó que iba a mover cielo y tierra para trasladarlo de cárcel porque estaba implicado en la muerte de un guardián y porque además su vida corría peligro ya que el rival había acudido a uno de los más peligrosos asesinos de la cárcel para que lo ayudara a vengarse. Así que para que no corriera ningún peligro, el traslado se iba a hacer a las tres de la madrugada del día siguiente.

Jhonier aprovechó ese día para contarle a Sandra todo lo que había pasado y para darle la mala noticia de su traslado. Sandra se puso a llorar y le dijo que ella sabía que después de que él saliera de esa cárcel la iba a olvidar. Jhonier, cogiéndole la mano, le juró que se casarían apenas los dos estuvieran libres, y que si él salía primero la vendría a visitar.

Sandra se las arregló para salir a las dos y media de la mañana de la celda e ir hasta el hueco para despedir a Jhonier. No paraba de llorar. Él le acariciaba la cara, le secaba las lágrimas y le prometía que todo iba a estar bien, y que para que lo recordara le había hecho un dibujo en el que aparecían abrazados sosteniendo un lazo; le explicó que ese lazo era su hermana, Juliana, ya que ella era la única que los iba a mantener informados de todo a los dos y que no los dejaría solos.

Siendo las tres en punto de la mañana el guardián jefe y otros dos guardianes se acercaron a la celda y le explicaron a Jhonier que iba a ser trasladado a otra cárcel.

Cuando Jhonier llegó al penal le realizaron los habituales exámenes médicos. A los quince días le entregó personalmente los resultados un médico, quien le dijo mirándolo fijamente a los ojos: “Hay dos posibilidades: la primera es que nunca estuvo infectado, y la segunda, que si lo estuvo, dele gracias a Dios por haberle hecho eso milagrito; los resultados determinaron que es VIH negativo”. Jhonier no sabía qué decir; lo único que hizo fue arrodillarse y darle gracias a Dios.

Mientras tanto, Sandra no sabía qué hacer porque todo su tiempo libre lo dedicaba a sentarse en aquel estrecho muro que la podía comunicar por el hueco con Jhonier. Sus compañeras la invitaron para que se uniera a su grupo y así poder ayudarla a soportar la soledad. Sandra accedió, primero, porque se sentía muy sola, y segundo, porque el hombre que la protegía de todas las mujeres envidiosas ya no estaba. Su vida corría peligro puesto que muchas de esas mujeres se daban cuenta de que Sandra gozaba de muchos privilegios para estar al lado de Jhonier. La mayoría la envidiaban por tener el hombre más lindo de la cárcel, el que la defendía siempre de quien quisiera hacerle daño. Pero en especial una de ellas no soportaba verla: La Chata. Así le decían a Marley Pinzón, una mujer con un carácter extremadamente fuerte y para quien Sandra era una cualquiera, que era capaz de todo para obtener lo que quisiera. En muchas ocasiones hubo roces entre ellas, pero sabía que no se podía meter con Sandra porque le podría costar la vida. Pero ahora todo era diferente; “el pobre angelito está desamparado”, decía La Chata en medio de risas. Decidió empezar su plan de venganza. En la celda de Sandra había un televisor que le había regalado Jhonier de cumpleaños —había conseguido el permiso para que lo dejaran entrar—. La Chata, en un descuido de Sandra y sus compañeras, regó límpido encima al televisor y le dejó una nota: “Aquí empieza todo. Prepárese”.

Sandra se dio cuenta de quién había sido y decidió aceptar la guerra. Sus compañeras le dijeron que había que darle donde más le dolía para que las dejara en paz. Sandra le encargó este trabajito a La Cucha, la que más experiencia tenía en estos casos. La Cucha esperó hasta la hora del almuerzo, cuando todas estuvieron sentadas y tranquilas, y de cinco puñaladas en la espalda mató a la mejor amiga de La Chata. Sandra no vio nada; ese día había decidido quedarse en su celda.

Al día siguiente se dio cuenta de que habían metido al calabozo a La Cucha; efectivamente, había cumplido con su trabajo. La mejor amiga de La Chata había fallecido; ahora era La Chata la que quería venganza y buscó a Sandra para matarla. En ese momento Sandra estaba en el patio haciendo gimnasia. Al ver que La Chata se aproximaba al patio para buscarla decidió esconderse detrás de una compañera y les dijo a las demás que la hicieran venir hasta donde ellas estaban. Pero no hubo necesidad, ya que La Chata, apenas las vio, corrió hacia ellas llamando a Sandra a todo pulmón. Pero La Chata, cegada por la rabia, no vio que Sandra ahora se encontraba detrás de ella. Sandra la cogió del cuello, la tiró al piso y su cara dio contra el borde de uno de los andenes; entonces colocó su pie encima de su enemiga y le dijo: “Si vive usted, no vivo yo”. Entonces retiró el pie pero sólo para coger impulso y con toda su fuerza

lo descargó en la mandíbula. Sólo se vieron pedazos blancos en el piso, como si fueran piedritas, y mucha sangre. Las guardianas ya estaban avisadas de que esto iba a suceder, así que a Sandra no le pasó nada; lo único que dijeron fue: “No sabemos cómo se cayó esa muchacha, pero se pegó duro”.

Al día siguiente todas murmuraban sobre lo sucedido, pero públicamente nadie se arriesgó a decir una palabra. Todos esos murmullos llegaron a los oídos de uno de los amigos de Jhonier, quien le comentó lo sucedido al gran contacto que tenían ellos “el que ayudó a trasladar a Jhonier” y llegó a la conclusión de que había que trasladar inmediatamente a Sandra, ya que La Chata estaba hablando con el grupo de El Duro para vengarse.

Llamaron a Jhonier y le contaron lo que estaba sucediendo y lo que planeaban hacer con ella para sacarla de la cárcel. Jhonier, aunque sorprendido, accedió. El amigo de Jhonier citó a Sandra, y por el hueco le contó todo. Sandra inmediatamente alistó sus cosas, mientras su novio se preparaba para llamar al director de la cárcel y hacerse pasar por un guerrillero de las Farc que lo amenazaba con secuestrar a su familia si no trasladaba a Sandra a la cárcel de Popayán, y le advertía que si decía algo ponía una bomba en la cárcel y en la casa de él. “No vaya a complicar las cosas, papito, porque si no, vuela todo el mundo. Usted verá”. Sabía que estaba arriesgando mucho si el director decidía hablar, pero por un día que se demorara esta *vuelta* a Sandra la podían matar los amigos de El Duro.

De repente el director salió desesperado con un papel en la mano. Era la autorización de traslado para Sandra, y le informó al guarda que había que hacerlo de inmediato. El amigo de Jhonier estaba pendiente de todo, y al saber lo ocurrido llamó a Jhonier y le dijo que todo había sido un éxito. Sandra ya estaba lista y el traslado ya era un hecho. Después de unas horas Sandra ya se encontraba instalada en la cárcel de Popayán, tranquila y contenta porque aunque no podía ver a Jhonier, por lo menos vivían en la misma ciudad.

Al día siguiente Jhonier recibió una llamada de Juliana, quien le contó que había hablado con el abogado y que en tres días él quedaría en libertad. Jhonier no quiso decírselo a Sandra pues quería sorprenderla cuando la visitara.

“Me porté como un angelito esos días; muchos me buscaron pelea, me empujaban, me tiraban la comida en la cara, pero era tanta mi felicidad que no me importaba, hasta me daba risa porque sabía que todos me tenían envidia”.

Llegó el día esperado. Era 26 de diciembre de 2008: Jhonier tenía todo listo y su hermana lo estaba esperando afuera. “Ese día estaba emocionado por ver a mi hermana y a mi madre y, claro, por ver a Sandra y decirle que Dios nos había hecho el milagro que tanto le pedíamos: que me curara”. Doña Gloria, la mamá de Jhonier, lo estaba esperando en su casa mientras su hermana lo recogía. Llegó a su hogar, y allí estaba toda su familia. Lloraban y Jhonier sólo sonreía.

El 28 de diciembre fue día de visitas en la cárcel de mujeres. Sandra siempre esperaba la llamada de Juliana, pues era la única que la visitaba. Pero ese día nadie la llamó. Estando en su celda, el guarda se acercó y le dijo: “Tienes visita”. Sandra se levantó y fue a recibirla, y al ver que era Jhonier no lo podía creer. Lloraba y gesticulaba como pidiéndole una explicación, hubo muchos abrazos y besos, lloraban de felicidad y Jhonier le dijo al oído: “Viste mi amor, te cumplí la promesa, y de hoy en adelante no nos vamos a separar nunca”. Entonces, se arrodilló y con voz suave le pidió: “Cásate conmigo mujer de mi vida”. Todas las guardianas tenían cara de asombro y no paraban de hablar entre ellas. Sandra con un grito le dio el sí.

Desde ese día Jhonier no faltó a las visitas, y lo que más feliz lo hacía era saber que ella pronto saldría. Efectivamente, el 22 de enero de 2009 Sandra quedó en libertad y Jhonier estaba esperándola fuera de la cárcel. Desde ese momento se fueron a vivir a la casa de Juliana. Jhonier comenzó a trabajar gracias a su hermana, quien le pidió a una amiga suya que le diera trabajo.

Desde hace dos años Jhonier trabaja tapizando muebles para peluquería. Sandra es ama de casa, y los dos se encuentran muy felices ya que su hijo, Daniel, está cumpliendo un mes de nacido. Toda la familia está reunida y se disponen a cantarle el “feliz cumpleaños”.

“No me arrepiento de lo que hice, porque todo lo sucedido me ha hecho el hombre que soy ahora. En este momento mi única preocupación es mi hijo, y por él estoy trabajando duro; para darle una mejor vida que la que yo tuve”.



16

Siete bebés perdidos

Natalia Holguín Reyes

A sus veintisiete años María del Pilar estaba en embarazo. Su organismo tiene una especial condición que, aunque no le impide quedar en embarazo, sí afecta el completo desarrollo del bebé. “Esa era la octava vez que estaba en embarazo; las esperanzas para mi eran mínimas. Trataba de creer que ese tratamiento funcionaría, pero no quería tener que pasar nuevamente por el sufrimiento de perder a mi bebé”.

El camino que María del Pilar había recorrido con su esposo era muy largo: seis años de intentos fallidos, siete embarazos perdidos, con un primer embarazo a los veintiún años de edad. “Todo había transcurrido de manera normal; en ese momento no sospechaba que algo pudiera estar mal, me sentía feliz al igual que mi esposo, era nuestro primer bebé. Asistí a citas de control mensualmente y todo parecía perfecto. Recuerdo claramente que mi preocupación empezó cuando había cumplido un poco más de ocho meses. Un día empecé a notar que los movimientos de mi bebé eran menos frecuentes. Como días atrás había estado muy activo, eso me angustió. Por otro lado, una de mis hermanas estaba embarazada y sólo nos llevábamos días de diferencia; ella me decía que su bebé era cada vez más inquieto. Fue entonces cuando decidí ir al médico y cercio-

rarme de que todo estuviera bien. Él me hizo todos los exámenes pertinentes y dijo que no tenía nada de qué preocuparme pues todo iba bien con mi bebé y en ese momento me tranquilicé. Dos días después tuve nuevamente la misma preocupación, porque los movimientos disminuían cada vez más hasta el punto en que yo no sentía nada. Acudí nuevamente al doctor, me revisó y me explicó que en esa etapa ellos tenían periodos largos de sueño, que era normal, que todo estaba bien.

“Dos semanas después mi esposo salió a hacer unas diligencias fuera de la ciudad. Aproximadamente dos horas después fui al baño y noté que había roto fuente; había empezado trabajo de parto y estaba sola en mi casa. Intenté comunicarme con él, pero fue imposible. Poco tiempo después él regresó porque había olvidado unos papeles y se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Desde ese momento no se despegó de mi lado. Luego vino a la casa su mamá, que era enfermera, quien nos urgió para que fuéramos al hospital. Al llegar empezaron los exámenes de rigor. El médico intentó escuchar a mi bebé, pero no obtuvo ninguna respuesta. Entonces me dijo que esperara un momento y caminó hacia un consultorio cercano y oí que le hablaba a un colega: ‘Doctor, tengo una paciente en trabajo de parto con nueve centímetros de dilatación, pero parece que el bebé está muerto’. Entré en histeria, gritaba y llamaba al médico. Le dije que eso no podía ser cierto, que por favor me examinara de nuevo. El médico sólo atinó a responder: ‘Lo siento mucho. Hay muerte fetal’.

“Recuerdo que lloré mucho. Mi esposo no estaba en esos momentos. Los médicos me dijeron que me calmara, pues necesitaba estar despejada y ante todo tener mucha fuerza, ya que al estar muerto el bebé tendría que pujar sola, y no podían suministrarme ningún tipo de medicamento. Fue uno de los peores momentos de mi vida”.

María del Pilar cuenta con tristeza que ese tiempo se le hizo eterno. Una de las enfermeras tuvo que sentarse sobre ella haciendo presión en su barriga para ayudar a sacar el bebé. Cuando la cabeza estuvo afuera el doctor les ordenó detenerse un momento. Entonces preguntó “María del Pilar, ¿hace cuánto que usted no siente movimientos de su bebé?”. Ella le respondió que aproximadamente dos semanas y que había acudido al médico.

“Él médico me dijo: ‘Siento mucho lo que te voy a decir, María del Pilar, pero tu bebé lleva dos semanas muerto en tu vientre. En este momento está muy blando por el tiempo que ha pasado; necesito que hagas un solo pujo para sacarlo rápidamente, porque si paras a tomar aire es posible que la cabeza se

desprenda y el cuerpo quede adentro'. No podría describir lo que sentí en ese momento. Con la ayuda de la enfermera logramos sacar al bebé rápidamente y enseguida el médico lo envolvió y se lo iba a llevar, pero yo exigí que quería verlo; sin embargo, el hombre se negó. Yo tenía mucha rabia con el médico y le decía que no tenía derecho a negarme que viera a mi bebé, que lo había tenido nueve meses en mi vientre. Él ordenó a una de las enfermeras mostrármelo desde lejos. Y todavía puedo recordar perfectamente cómo era: un niño, su nombre sería Leonardo Fabio; tenía sangre en sus ojitos y oídos; era muy velludo y su cabello era crespo como el mío; su boca y su nariz eran perfectas. Lo pude ver aproximadamente tres segundos y luego lo apartaron de mi vista. Mi esposo me contó cómo, mientras todo esto pasaba, él esperaba ansiosamente a que lo llamaran a ver a su hija, pues él tuvo la idea durante todo el embarazo de que sería una niña. Cuando el médico salió a informarle a Ricardo, él inmediatamente rompió en ira. No lo podía creer, y en medio de gritos preguntaba dónde estaba el médico que en ese entonces nos había atendido, pues ese era claramente un caso de negligencia”.

María del Pilar recuerda con tristeza las horas siguientes a ese desafortunado parto. Cuando la llevaron a la habitación que le correspondía había una cama y una cuna. “No entiendo cómo nadie se hizo cargo de detalles como retirar la cuna de mi habitación. Fue terrible para mí entrar y verla; mi esposo y yo lloramos horas seguidas, no queríamos visitas de nadie. Recuerdo claramente un día en la noche que entre mi estado de sueño y de duelo me levanté de la cama y le dije a mi esposo: ‘Yo sé que si cojo a mi bebé, lo abrazo y lo caliento él va volver a respirar’. Igualmente, me cuentan que los dos días siguientes a esto estuve prácticamente desconectada del mundo: no hablaba con nadie, no respondía.

“Nuestra familia ya estaba en el hospital y era hora de decidir si lo íbamos a enterrar o a cremar. Esa noche, no sé cómo, fui a la morgue y busqué entre los bebés que estaban metidos en un refrigerador el que tuviera la cobijita que yo le había comprado. Cuando lo encontré lo saqué y lo abracé. Era como abrazar un tempano de hielo del tamaño de un bebé; me quemaba la piel. Segundos después sentí que alguien tocaba mi hombro; era mi esposo con unas enfermeras y el médico, quienes me pidieron que entregara el bebé. Me negué. Mi esposo insistió y se lo di. Escuché cuando las enfermeras pidieron rápidamente una silla de ruedas. Yo estaba parada sobre un charco de sangre; tenía una hemorragia. El médico ordenó supervisión día y noche para mí. A la mañana siguiente me levanté y al mirar hacia la cuna vi que había dentro un ataúd pequeño. Empecé a gritar y a llorar. Mi esposo entró a la habitación y preguntó quién había hecho eso. Su mamá respondió: ‘Fui yo, para que ella sepa y se haga a la idea de que

lo vamos a enterrar'. Este suceso me acabó de rematar. Entonces decidí que cremaríamos a mi bebé. No podría imaginármelo metido en ese pequeño ataúd”.

En los quince días siguientes a este suceso María del Pilar debió asistir a terapia psicológica en compañía de su esposo. Después de hacerle numerosos exámenes se encontró que no era una condición genética la que había causado la muerte del bebé, pero tampoco le dieron ninguna explicación. Ricardo en terapia con la psicóloga mencionó la idea de deshacerse de todas las cosas que habían comprado para su bebé antes de que a María del Pilar le dieran de alta en el hospital. Decía que así tal vez no sufriría tanto. La psicóloga se negó a esto y le explicó que ella debía afrontar la pérdida de su bebé y encargarse de esa tarea. Y así lo hizo María del Pilar a los dos días de haber regresado a casa; algunas cosas se las regaló al bebé de su hermana, que recientemente había nacido. La psicóloga también advirtió que si ellos decidían intentar nuevamente tener hijos era recomendable que no hicieran ningún tipo de compra para ese bebé, ya que parecía ser que los embarazos de María del Pilar eran de alto riesgo y comprar cosas sólo los ilusionaría.

“Recuperarnos de la pérdida de nuestro primer bebé fue muy difícil; no podría explicar lo que sentí en ese momento de mi vida. Creo que el hecho de no tener explicación alguna para la muerte de mi bebé empeoraba las cosas. Pasó un año y medio hasta que quedé nuevamente en embarazo. Tenía un nuevo médico, que se había encargado de monitorearme constantemente. Lamentablemente, al cumplir ocho meses fui al médico y tal como en mi primer embarazo el bebé había muerto. Esta vez tuvieron que inducirme el parto para poder sacarlo. Su nombre sería Ricardo Andrés. También lo recuerdo perfectamente; no se parecía a mi primer bebé, pues era un poco más gordito. Podría decir que no fue tan doloroso para mí como mi primer embarazo, pero de igual modo llegué a pensar que la historia tal vez no se repetiría. Nuevamente los médicos no tuvieron explicación alguna”.

Los siguientes cuatro años de la vida de María del Pilar transcurrieron entre embarazos y abortos: cinco embarazos vinieron después y ningún bebé logró nacer vivo. A diferencia de los primeros embarazos, éstos sólo alcanzaban entre cinco y siete meses de gestación. Todos fueron partos normales; no tuvo ninguna cesárea. Tal y como lo recomendó la psicóloga, a ninguno de estos bebés le pusieron nombre; la profesional decía que era mejor así. “Todas estas pérdidas fueron muy dolorosas para mí. Aunque me dijeran que no me hiciera ilusiones y yo lo intentara, era imposible. Con el paso del tiempo sentía una gran necesidad de ser mamá. De igual modo, quería que mi esposo fuera papá.

Cada embarazo me impulsaba más y más. Hasta que sentí que ya no había nada que hacer, después de perder siete bebés”.

Al perder a su séptimo bebé, María del Pilar decidió desechar la idea de ser madre. “Es demasiado sufrimiento para mí —se decía—. No quiero tener que pasar por lo mismo. No quiero volver a estar en embarazo”. Además, para los médicos seguía siendo un misterio la causa de la muerte de los bebés antes de completar los nueve meses. Eso no le daba esperanzas. Ricardo le insistía que lo intentaran una última vez y ella se negaba. Pero su deseo de ser padre era muy fuerte; fue entonces cuando el obstetra de María del Pilar le informó de un especialista en alto riesgo que había realizado una especialización en Alemania y recientemente había llegado a Colombia. Él tal vez podría ayudarlos con su caso. Al entrevistarse con el especialista, él les sugirió que María del Pilar quedara nuevamente en embarazo y hacer un completo monitoreo para saber así en qué momento se presentaba el problema y cuál era exactamente; esto era, claramente, a modo experimental y ellos intervendrían en el momento de encontrar la anomalía.

“Después de este encuentro Ricardo vino a la casa con la mayor intención de convencerme. Decía que hacerlo podría llevarnos a tener un hijo; que por favor lo intentara. Yo no sabía qué pensar; en cierto modo era sólo un experimento. Ellos no me aseguraban nada”.

Después de mucho discutirlo la pareja llegó a la conclusión de acceder a este tratamiento experimental en la búsqueda de su anhelado hijo y empezar con lo que sería su último intento. No se hizo esperar. Tres meses después ella estaba en embarazo y lista para iniciar este tratamiento, y ansiaba que todos sus sacrificios dieran resultado.

El embarazo transcurría en completa normalidad. María del Pilar tenía controles cada dos días. Por medio de ecografías doppler y otros exámenes complementarios revisaban la oxigenación, la placenta, el crecimiento del bebé y el tamaño del cordón umbilical. “Me sentía bien, pues sabía que estaban monitoreando mi bebé constantemente. Eso me daba un poco de tranquilidad. Por otro lado, trataba de tener muy claro que no tenía nada garantizado y no debía ilusionarme. Estaba por cumplir cinco meses cuando en uno de los controles el doctor me indicó que había una reducción en el tamaño normal del cordón umbilical; entonces le dije al doctor que si había un tratamiento para seguir y él me dijo que sí”.

El tratamiento consistía en aplicar el medicamento experimental EPA y además continuar con los controles del bebé, para saber el diámetro exacto del cordón

umbilical. Este tratamiento experimental lo estaba llevando a cabo un laboratorio farmacéutico de Alemania y ya estaba siendo probado en una mujer que vivía en Estados Unidos y quien estaba por cumplir siete meses de embarazo.

En pesos de hoy dicho tratamiento tendría un costo de aproximadamente sesenta millones de pesos. El laboratorio pagaría el cincuenta por ciento de esta cifra, y la pareja de esposos, el cincuenta por ciento restante. “El médico nos explicó que el problema consistía en que cuando mis bebés cumplían poco más de cinco meses, en cualquier momento se empezaba a reducir el tamaño normal del cordón umbilical, lo que impedía el transporte adecuado de nutrientes y de sangre y causaba la muerte de los bebés. Esta patología se desconocía por ese entonces en Colombia, motivo por el cual nunca tuve explicación de lo que pasaba con mis bebés.

“Accedimos al tratamiento y empezaron a inyectarme el medicamento. Sentía que tener una respuesta a lo que ocurría con mis bebés era una posible solución y que por fin iba a poder ser mamá. Pasaron aproximadamente quince días del tratamiento y el médico nos citó a su consultorio. Nos informó que el bebé de la otra mujer con la que estaban experimentando lamentablemente había muerto. Esto ocurrió porque su parto se adelantó y las contracciones cerraron el cordón umbilical. Ellos desconocían hasta entonces que esto podría suceder, por lo cual sugirieron que mi bebé debería nacer antes de cumplir los siete meses de gestación para evitar las contracciones, y por tanto el parto debería ser por cesárea. Por otra parte, empezarían a inyectarle a mi bebé un medicamento que ayudara a madurar sus pulmones rápidamente, pues era muy posible que al nacer prematuro no pudiera respirar por sí solo”.

Los médicos le indicaron a María del Pilar que el bebé debería nacer antes del veinte de julio de ese año. Ella eligió el diecisiete, pues quería tenerlo el mayor tiempo en su vientre, lo que sería mejor para el bebé, y además porque se aproximaba el aniversario de la muerte de uno de sus bebés; por tal motivo se decidió que la fecha sería el diecisiete.

“El día del parto Ricardo y yo fuimos desde muy temprano al hospital. Recuerdo mucho que me sentía intranquila, ya que días atrás el especialista que estaba dirigiendo mi caso me informó que debía viajar nuevamente a Alemania y me presentó el médico que se haría cargo de mi cesárea. Me sentía incomoda, pues tenía confianza con el especialista y además este nuevo médico era muy joven y eso no me hacía sentir segura. La cesárea empezó. Ricardo estaba a mi lado. La sensación era de miedo y alegría al mismo tiempo. No sabía qué pensar. El

médico me indicó que ya estaba sacando mi bebé. De repente exclamó: ‘¡Hijueputa!’ No podría enumerar todo lo que sentí y pensé en esas fracciones de segundo que mi bebé estaba muerto, que tal vez tenía una deformidad física, que definitivamente algo no estaba bien con él. Reaccioné y le pregunté al hombre, nerviosa: ¿Qué pasa, doctor? ¿Qué pasa con mi bebé? ¡Dígame por favor! En ese momento él tomó conciencia de que su grito me había asustado y me dijo: ‘Tranquílcese, Pilar. Su bebé está bien. Lo que pasó fue que se me resbaló y cayó nuevamente dentro de la placenta’. Eso me tranquilizó un poco. Pero aún no escuchaba llorar a mi bebé y no entendía qué estaba pasando. El médico me mostró a mi hijo y se lo pasó rápidamente a un grupo de enfermeras, que empezaron a limpiarle las vías respiratorias, pues había broncoaspirado líquido amniótico; por eso no lloraba. Pasaron unos minutos hasta que por fin escuché algo; aunque no fue precisamente el llanto que yo esperaba, pero sí la señal de que mi pequeño estaba vivo. Las enfermeras lo llevaron rápidamente a la sala de neonatos y el médico continuó con mi cesárea”.

Horas después María del Pilar pudo finalmente ir a la sala de neonatos en compañía de su esposo, quien ya había pasado algún tiempo con el bebé. “Cuando entré a la sala inicialmente sentía una alegría muy grande, pues después de todo este tiempo tenía por fin a un bebé vivo. Pero luego de unos minutos en esa sala nos invadió la tristeza: ¡era tan pequeño, tan indefenso! Estaba metido en una incubadora y conectado a cuantas cosas fuera posible; ni siquiera podía respirar por sí solo. Pensaba que tal vez, por ser tan pequeño, no sobreviviría. Tenía sentimientos encontrados. Ricardo y yo llorábamos frente a esa incubadora. No había nada que pudiéramos hacer, más que esperar para ver cómo evolucionaba”.

María del Pilar permaneció tres días internada en el hospital y luego le dieron de alta. Ella y Ricardo adoptaron una rutina diaria: en la mañana iban temprano al hospital y permanecían ahí hasta el límite del horario. “Cuando me dieron de alta las cosas se pusieron peores para mí. Sentía una tristeza inmensa de tener que ver sólo de visita a mi bebé y dejarlo en esa sala e irme a casa. En la sala de neonatos ocurren cosas tristes casi a diario; en varias ocasiones tuve que ver madres llorando por sus bebés que acababan de morir frente a ellas, y a muchas otras cuyos hijos morían cuando ellas no estaban y llegaban a encontrarse con esa realidad. Sentía que en cualquier momento podía pasarme a mí. En mi casa las noches eran eternas. Pensaba mucho y le decía a Ricardo que no quería que mi bebé muriera. Yo lloraba y él lo hacía conmigo. Me decía que Dios lo dejaría con nosotros; que tenía que ser fuerte. En las mañanas quería salir de mi casa muy temprano, cuando todavía no era la hora de visitas; sufría de incertidumbre. Sólo quería llegar y ver a mi bebé. Saber que seguía vivo”.

El bebé de María del Pilar había permanecido diez días en la clínica. Aparentemente evolucionaba bien. Aún no habían pensado un nombre para este bebé; le decían cariñosamente *EPA*, como el tratamiento médico al que fue sometida Pilar. Los familiares y amigos de la pareja ya habían acudido a la clínica a conocer al pequeño bebé. Todos esperaban ansiosamente poder llevarlo a casa.

“Era el undécimo día de mi bebé en la clínica. Como ya era costumbre, me levanté muy temprano y fui rápidamente. Cuando llegué a la sala de neonatos mi bebé ya no estaba ahí. No podía creerlo. Algo malo le habría pasado. Empecé a llorar y a llamar a las enfermeras. No entendía qué había sucedido. En esos momentos llegó la doctora encargada de la sala de neonatos y preguntó por las enfermeras. ‘¡Les dije que estuvieran pendientes de su llegada! Puedes estar tranquila, María del Pilar. Tu bebé está muy bien. No le pasó nada malo; ¡al contrario! Lo llevamos a una cuna porque está respirando por sí solo’. Pasé de la tristeza más profunda a una alegría inmensa. Fue la mejor noticia que me pudieron dar en muchos años. Llamé a Ricardo y le conté lo que estaba pasando, él llegó a la clínica en menos tiempo del que esperaba. No podíamos creer ver a nuestro bebé tan despierto, tan tranquilo, tan vivo. Ricardo le preguntó a la doctora si ya nos lo podríamos llevar a casa y ella dijo que debería estar un día más en observación. Y así fue. Al día siguiente prácticamente no esperamos a que amaneciera. Salimos de la casa muchas horas antes de la hora de entrar al hospital. Cuando llegó la hora y por fin me entregaron a mi bebé la alegría nos invadía. Fuimos a casa y empezamos al fin con nuestro tan anhelado papel de padres. Días después Ricardo y yo escogimos como nombre del bebé Andrés Felipe”.

Andrés Felipe creció y se desarrolló sin ningún tipo de problema médico. Hoy en día goza de plena salud. Ricardo y María del Pilar decidieron no intentar tener un segundo hijo; ya había sido suficiente para ellos.



17

Jugando con el diablo

Stephanie Cortés Escobar

“La primera vez que entré a un casino fue cuando estaba en tercer semestre ¡Me acuerdo tanto de ese día! Era un martes y acababa de salir de clase. Me llamó un amigo y me dijo que lo acompañara al casino del Inter. Esa vez fui por conocer un casino, pero, ¡quién se iba a imaginar que desde ese día comenzarían mis problemas! Cuando entré me sentí como un niño en Disneylandia, al ver las luces de las máquinas. ¡Todo era tan bonito tan elegante! Los meseros, los jugadores... Desde el momento en que entré sentí la necesidad de apostar y apostar”.

Se sentaron en la mesa de Black Jack. Comenzaron a jugar. “Recuerdo que ese día sólo tenía diez mil pesos. Decidí apostar sólo cinco mil, por si acaso. Esa primera ronda la perdí, pero cuando aposté ese dinero me sentí como en una montaña rusa: no se sabe si vas a ganar o a perder. Esa sensación no sólo se vive la primera vez. Eso lo sentí cada vez que jugaba. Después de toda esa euforia decidí apostar los otros cinco mil pesos; igual, el casino me quedaba cerca de la casa. Por cosas del destino, o la llamada suerte de principiante, gané novecientos mil pesos”. Álvaro dice que desde que ganó por primera vez pensó que era bueno para el juego. Sin embargo, tres años después confiesa que su peor error fue pensar que era bueno para jugar. Agrega que más bien sí era muy bueno en perder y endeudarse.

Retrocediendo en la infancia de Álvaro, su gusto por el juego comenzó cuando tenía doce años. Se la pasaba jugando en las maquinitas: “Yo jugaba en las maquinitas del barrio; les metía un promedio de veinte centavos, y cuando ganaba me gastaba ese dinero en bolsas de dulces”. En la familia de Álvaro había un tío que vivía jugando y apostando con cartas. “Mi tío siempre se sentaba a jugar con los amigos y apostaban. Nunca perdía. Era un tramposo: se conocía de memoria todas las cartas, se sabía las manos de los jugadores y siempre ganaba. Cuando lo veía jugar siempre le decía que me enseñara, y él sólo me respondía: ‘Un buen jugador nunca dice sus trucos’.

“Cuando yo tenía quince años mi tío me dijo una tarde que me iba a enseñar a jugar por si algún día no tenía dinero pudiera ganarlo fácil. Me enseñó a jugar cartas; comenzó enseñándome manos simples, y ya a mis diecisiete años era todo un experto con las cartas. Pasaba todas mis tardes con mi tío jugando y apostando. Al principio apostábamos la lavada del carro; a mi mamá eso no le gustaba para nada, decía que mi tío era capaz de apostar la familia y la casa con tal de estar en su juego”.

Cuando Álvaro comenzó a frecuentar los casinos todos los días se aisló de sus amigos pues pensaba que ellos podían dañarle el juego. “Cuando iba al casino casi siempre era al Inter, y como allá vivía mis amigos me visitaban en ese lugar. Sólo me decían que no jugara más; que yo ya no jugaba por jugar, que ya era un ludópata. ¡Ah, y eso me *emputaba!* Sólo iban a recriminarme. En ocasiones cuando los alcanzaba a ver me escondía de ellos”.

Álvaro cuenta que cuando se es tan dependiente del juego se comienza a tener agüeros con todo. “Cuando estaba apostando y se me acercaban y perdía, pensaba que me estaban echando la sal. A veces cuando me enfermaba pensaba que estar enfermo me daba suerte para jugar”.

Tener dos adicciones como la droga y el juego le traía consecuencias, ya que las combinaba. “Cuando iba drogado al casino no soportaba perder. Una vez entré al casino muy drogado pensando que eso iba a ayudarme a ganar, porque al perder la noción del tiempo no me iba a estresar tanto y podía apostar tranquilo. ¡Pero ni mierda! Lo que me pasó fue que llevaba dos horas y no ganaba y ya llevaba perdidos cuatrocientos mil pesos, entonces me monté en mi película y comencé a tirar sillas, a pegarle a la mesa; los de seguridad me sacaron y me vetaron por seis meses. En ese momento no me importó ya que esta ciudad tiene más casinos”.

Frecuentar un casino hacía que Álvaro se sintiera bien, porque eso significaba pertenecer a una elite donde lo trataban bien. “En ocasiones, cuando nos

echaban del casino nos íbamos caminando hasta los casinos del centro. Podían más las ganas de jugar que las de llegar a nuestras casas. Para mí era el máximo límite de mi adicción a esa mierda”.

Llegó el momento en que a Álvaro se le terminó el dinero. El que apostaba era el que le daba su mamá para la universidad y el que le mandaba su tía de Estados Unidos. “Cuando ya no tenía dinero para apostar comencé a vender mis cosas. Tuve tres meses en los que no ganaba nada. Una vez mi mamá me dio dinero para que pagara los servicios de la casa y lo único que se me vino a la cabeza fue apostar ese dinero. Le llevé a mi mamá un recibo falsificado para que pensara que ya lo había pagado. Para mí un mes se me estaba convirtiendo en dos meses de deudas. Una vez llegué a robar a mi mamá. Le robé un collar y unos aretes que eran de valor, los empeñé y ese dinero me lo gasté en el juego”.

Álvaro confiesa que durante todo el tiempo que jugó nunca se dio un gusto: “Cuando ganaba reinvertía ese dinero en el mismo juego. Puedo decir que yo jamás compré una camiseta o un par de zapatos. Sólo una vez que el cansancio me pudo. Llegué un viernes a jugar al Gran Casino; ese día me llevé doscientos mil pesos y los aposté todos en la mesa de Black Jack, mi favorita, y gané, y como ya llevaba dos semanas sin dormir, decidí ir a comer algo y me fui a mi casa a dormir”.

Las noches para él eran angustiosas, porque sólo pensaba en todas sus deudas. “Para mí llegar a las tres y media de la madrugada a mi casa era un descanso y a la vez un terror; cuando me acostaba pensaba: Mañana cortan la luz. ¿Mi mamá qué va a decir? Y como dejé de ir a la universidad pensaba en que debía muchas materias. Cuando por fin lograba quedarme dormido era un descanso”.

Cuando las personas que rodeaban a Álvaro se enteraron de su problema con el juego le molestó mucho, pues él siempre decía: “El juego es para mí, y si pierdo, pierdo para mí; y si gano, gano para los demás”. Le molestaba que supieran su problema porque cada vez que llegaba a la casa o a algún lado le preguntaban cuánto había perdido; y para él eso era una humillación.

Cuando consiguió trabajo decía que no trabajaba para él, sino para su juego. “Para mí lo más importante es estar en un casino antes que estar rodeado de gente que sólo me critica”. Ese trabajo comenzó en septiembre y todo su sueldo se lo gastaba en el juego. Pensaba que era mejor trabajar para sostener esa adicción que estar sacando cosas de la casa y pedir prestado. Pero cuando llegó diciembre y le pagaron sus comisiones y prestaciones no pudo tener un nuevo año mejor. “Cuando me pagaron mis prestaciones en diciembre de 2003 recuerdo

que me saqué como dos millones. En una semana se me fueron. Pensé: ¡Ah, tengo plata! ¡Ahora sí puedo apostar con toda! Eso fue más o menos el 10, y el 15 ya no tenía nada en mi bolsillo. Para mí esa Navidad fue muy humillante, pues no tenía plata. Me había retirado del trabajo, estaba Cali en plenas ferias y comenzaron mis amigos ‘Vamos a rumbear’, y yo como andaba en rojo sólo decía que no quería, que estaba cansado. En mi casa el 24 de diciembre es importante ya que se supone que todos debemos dar un regalo a todos. Eso para mí fue horrible; ni siquiera le pude dar un chocolate a mi mamá.

“Cuando mi mamá me vio tan mal con mis adicciones decidió meterme a un psicólogo, pero yo no soy partidario de contarles mis problemas a esas personas que sólo quieren robar plata y ni siquiera son capaces de solucionar nada. Pero como necesitaba plata para el juego, acepté. Ella confiaba mucho en mí y me dio el dinero para pagar las terapias. Lo primero que hice con esa plata fue irme directo al casino del Inter a jugar. Mi mamá me había dado cien mil pesos para la consulta y cuarenta mil para los taxis. ¡Ese día me puse tan feliz porque no tenía que pedirles prestada plata a mis amigos para jugar! Aunque perdí cincuenta y cinco mil pesos, pude sacarle al casino doscientos mil. Me sentí como si me hubiera comido muchas pepas y se me hubieran estallado al instante de habérmelas metido en la boca. Esa fue la mejor sensación que pude tener durante mi adicción. ¿Por qué digo que fue la mejor? Porque estaba, por un lado, mintiéndole a mi mamá, y por el otro, estaba el hecho de no perder sino de ganar”.

Álvaro compara el juego con la droga, y dice que sólo con esas dos cosas se puede sentir contento. “Aunque drogarme me dé una felicidad momentánea y el juego me dé felicidad, tristeza, rabia, sólo con esas dos adicciones pude ser feliz. Y las unía para poder sentir mejor esa montaña rusa en mi estómago”. Cuando Álvaro entraba a un casino y se sentaba a jugar decía que el casino era de él. “El casino era mío ya que yo satisfacía mis necesidades con sólo ver el movimiento de la plata: tener tan poquito y sacar tanto. Al ver eso pensaba que todo ese dinero estaba servidito para mí, y que lo daba el casino. Por eso yo decía que era mío”.

Cuando el juego lo absorbió decía que ya ni en sueños podía dejar de pensar en el casino. “Soñaba casi todas las noches con el casino; soñaba ganándome el premio mayor, los números con los que ganaba. Eso me ilusionaba y me animaba a ir seguido al casino, pues pensaba que la suerte estaba de mi lado”.

A Álvaro lo consideraban un jugador peligroso, aunque dice que era porque para él lo primero era el juego. “A pesar de todos mis fracasos fui un jugador peligroso ya que no me distraía cuando jugaba, pues algunos jugadores se dejan distraer por el licor, los pasabocas y las mujeres. Aunque yo me drogaba eso no me hacía perder mi concentración; mi mirada siempre estuvo en el juego. Lo primero que yo decía era que no iba al casino a conocer gente ni viejas, aunque estuvieran buenas. Iba a jugar, o mejor dicho, a conseguir plata fácil”.

Dice que no le gustaban los casinos que tuvieran límite de apuestas, porque para él cuanto más dinero tiraba mejor. “Jugar me regaba la adrenalina por todo el cuerpo y en el momento de doblar me excitaba mucho pues comenzaba la montaña rusa; era algo así como, primero, el susto de perder, la adrenalina de ver tu dinero en una mesa y no saber el futuro de ella; luego, el desespero cuando comienza el juego, la alegría cuando ganas y la tristeza cuando pierdes”.

Uno de los recuerdos más amargos que tiene Álvaro del juego es haberle robado tanto dinero a la mamá. “Una vez estaba muy quedado de dinero y llegué al punto de robar mil doscientos dólares. Ese dinero era un préstamo que le hizo mi tío a mi mamá para que ella pagara parte de la hipoteca que en esos momentos tenía nuestra casa. Yo iba para el casino. Estaba buscando la forma de conseguir dinero para apostar cuando me encontré un rollo de dinero en un cajón del nochero de mi mamá. Yo en medio del desespero por jugar lo cogí pensando que era plata normal, pero cuando lo abrí me encontré con billetes de cien dólares. En ese momento pensé en cambiar la mitad; la jugaba, y si ganaba le devolvía el dinero a mi mamá. Y si perdía no apostaba el resto del dinero y se lo devolvía. Cuando cambié el dinero fui al casino Cali Gran Casino, en el Centro Comercial La Pasarela. Comencé a jugar en la mesa de póker, ya que esta vez tenía buen capital. Empecé por lo grande para ganar más. La primera mano la inicié con ciento cincuenta mil. Me había ubicado en la mesa en la que estaban apostando más fuerte. El poso era de ciento cincuenta mil por persona y había dos personas más. El que ganara salía con cuatrocientos cincuenta mil sin aumento. Esa primera mano la perdí. En ese momento decidí cambiarme a la mesa de Black Jack; tenía bastante dinero y necesitaba multiplicarlo rápidamente. Pero por ese afán comencé a perder de a cien mil en cada mano. Así se me fue pasando el tiempo y cuando reaccioné tenía doscientos mil en la mano. Cuando vi que ya no tenía nada de dinero fui a la ruleta para tratar de recuperar todo lo que había perdido, pero en dos manos perdí los doscientos mil. Allí ya no tenía nada del dinero que había cambiado. Todo lo perdí en tres horas”. Al ver que ya no tenía más dinero fue a una casa de cambio y cambió el resto del que le quedaba. “Cuando entré comencé en la mesa de Black Jack con otros ciento

cincuenta mil. Perdí esa mano y comencé pierda que pierda hasta que pasaron cuatro horas y ya no tenía nada en el bolsillo. Me sentí muy decepcionado y decidí ir a mi casa a pensar cómo le devolvía el dinero a mi mamá.

“Cuando mi mamá se dio cuenta de que el dinero se había perdido, la reacción que tuvo fue culpar a la empleada de ladrona. No imaginaba que había sido yo el que le había robado. En el momento en que mi mamá le estaba echando la culpa a la empleada llegué del casino, vi lo del problema con la aseo, me hice el marica y entré a mi cuarto. Mi mamá entró detrás de mí y me preguntó qué yo qué pensaba de esa situación con la empleada. Intenté salirme del tema; pero no tenía más que hacer y le dije a la empleada: ‘¡Sos mucha hija de puta! ¡Cómo vas a robar a mi mamá!’. Dije eso porque pensaba que mi mamá sólo la iba a echar. Pero yo no sabía que mi mamá estaba llamando a la policía a decirles que la habían robado en su propia casa y que tenía a la persona ahí mismo.

“Cuando menos pensé llegó una patrulla. Me dio mucho miedo. Y cuando entraron los policías y esposaron a la empleada, decidí contarle a mi mamá que había sido yo el que la había robado. Obviamente mi mamá se puso muy mal y les pidió disculpas a los policías y a la empleada; y, pues, la empleada cogió sus cosas y se fue. En ese momento fue cuando mi mamá me dijo que me metiera a un centro de rehabilitación para adictos al juego. Yo le dije que si yo dejaba el juego era por mis propios métodos y no por unos maricas.

“Veinte días después del incidente con mi mamá volví a sacar plata de la casa, pero esta vez no de mi mamá sino de mi padrastro. Pero igual no fue mucha plata; sólo me robé doscientos cincuenta mil pesos. Pero con la mala suerte de que él sí me denunció a la policía”. La policía se llevó a Álvaro de la casa esposado, haciéndolo pasar por la vergüenza, como él dice, de salir de su propia casa como ladrón.

“Cuando me sacaban de mi casa como ladrón se escuchaban los susurros de mis vecinos comentando sobre mi incidente. Cuatro días después de estar en la inspección de Fray Damián con los locos y gamines del centro, que me robaron lo poco que tenía, llegó mi mamá a sacarme y a convencer a mi padrastro de que levantara los cargos”. La propuesta, que debía aceptar, era entrar a un centro de rehabilitación. Pero Álvaro nunca entró a dicho centro. Dice que esa situación le sirvió de lección, ya que no volvió a jugar.

“Llevo más de cuatro años sin jugar, pero no puedo negar que ese demonio sigue vivo en mí, y tampoco puedo prometer que nunca más jugaré porque sería mentira. Lo que sí puedo decir es que me da miedo volverme a sentar a jugar con el diablo”.



18

Un error en el espejo

Tatiana Alejandra Cruz Páez

Los vestidos elegantes, el maquillaje, los accesorios, las carteras, los tacones altos... Es todo lo que ella ha querido: verse hermosa y elegante como las modelos o las actrices de televisión. Pero ella sabe que su cuerpo no está diseñado para llevar esta ropa con tal elegancia; su sexo no le permite que su cuerpo coincida con su sentir.

Hoy Andrés se ha despertado con la satisfacción de que después de tanta espera cumple por fin dieciocho años. Su madre, como todos los años, lo despierta con la canción que siempre le canta y una torta para darle su feliz cumpleaños. Martha en el fondo sabe lo que significa para Andrés la llegada de este día, pero ella más que preocuparse por lo que va a pasar sigue celebrando y le da un fuerte abrazo a su hijo.

Andrés, como todos los días, sale a la peluquería, pero con la diferencia de que hoy no va a trabajar. Hoy se dedicará a él; a dejar de ser él para convertirse en ella. El día se va. Cuando se acercan las nueve de la noche se le agita el corazón. Sus ansias por llegar a casa son extremas.

Abre la puerta de su casa y su hermano Raúl lo mira y le dice: “Se es o no se es, hermanita. ¡Feliz cumpleaños!”. Su nerviosismo va disminuyendo. “La forma como Raúl me recibió me dio cierta seguridad, pero igual sentía nervios por mi mamá. Martica salió, me miró y se le aguaron los ojos. Después de eso, con la autoridad que la caracteriza, llama a Andrea a su cuarto: ‘Yo no la voy a juzgar por lo que usted es; pero eso sí, Andrea, la casa me la respeta. Usted no va a llegar después de las doce de la noche porque ahí está la puerta. Andrea, no vaya a vender su cuerpo; hágase respetar, valórese’. Yo veía a Dios en mi mamá en ese momento”, dice Andrea. Se estremecen las dos y con abrazos y lágrimas empiezan una nueva vida.

Con los dieciocho llegó el amor: Fanor, un hombre que con pequeños detalles logró tener a Andrea por cinco años, los cuales fueron suficientes para que ella lo amara de tal forma que aceptara compartirlo con una mujer de tan sólo quince años. Una llamada hizo que se desvaneciera el gran amor que sentía Andrea por Fanor: él tendría un hijo con aquella chica. Andrea debió aceptar que era un privilegio que biológicamente ella no tenía.

Con un viaje a Popayán trató de olvidar a Fanor. Trabajó en la peluquería de su gran amiga Sharon para lograr superar esta etapa de su vida. Estando en aquella peluquería llegó un policía que requería un corte de cabello. Andrea se ofreció para hacer ese trabajo y mientras lo hacía empezaron a conversar; él le preguntó su nombre y la halagó por lo bien que hacía su trabajo. Días después Andrea recibió en la peluquería un camión lleno de policías que preguntaban por ella para un corte de cabello. Detrás de todos se encontraba Óscar Calderón, aquel policía que con su amabilidad hizo que Andrea sonriera por un momento.

Cuando ya se acercaba el día del regreso de Andrea a Cali, ella y Sharon salieron a una discoteca a celebrar los buenos momentos juntas. En una mesa estaba el policía. Esa noche Andrea abrió su corazón de nuevo y con ilusión volvió a creer en el amor. Sus días en Popayán se alargaron y su vida empezó a compartirla con Óscar. Él llegó acompañado de grandes sorpresas. La vida de Andrea cambió por completo: se convirtió en la mujer hogareña que nunca fue. Su estatus social subió de la misma forma como bajaron su vida laboral y social. Sus días se convirtieron en la monotonía que nunca quiso, y para sobrellevarla escogió como compañía la marihuana.

Después de dos años la soledad y la necesidad de tener a su mamá y amigos cerca la llenaron de fuerzas para volver a Cali, donde siempre quiso estar. Su mamá la recibió con los brazos abiertos; sabía que Andrea no era feliz.

Luego a su vida llegó Héctor Fabio, quien hizo que durante dos años Andrea lograra entregar su corazón después de tanto sufrimiento y de creer que el amor no llegaría de nuevo. A pesar de su nueva esperanza, un día cualquiera, sin dejar rastro, Héctor se fue. De nuevo Andrea quedó sola.

Pese a sus constantes decepciones amorosas, Andrea siempre recibía el amor de su iglesia. Y aunque en el pasado fuera la causante de su dolor, de interrogantes y hasta del deseo de dejar de sentir, siempre fue su segundo hogar y su segunda familia.

Cuando tenía trece años, Andrés estaba lejos de convertirse en esa mujer de sus sueños y muy cerca de la religión a la que pertenece. En ese entonces se veía su preferencia sexual y su constante deseo de salir de aquel cuerpo que no le pertenecía como un espíritu maligno que en algún momento tenían que sacar “con la fuerza del Señor”.

Martha, su madre, años atrás tomó la difícil decisión de divorciarse de su marido y de la iglesia, a la que también pertenecía y que exigía “hombres sujetos a sus esposas y esposas sujetas a sus hombres”. Ella no cumplía con este requisito y prefirió alejarse pensando que allí no tenía cabida. A pesar de esto, su fe seguía intacta.

Mientras Andrés iba creciendo, a Martha le aumentaban el miedo y la angustia de verlo todos los días tan distinto a todos los niños de su edad. Ella, cuestionándose por el castigo que Dios le había dado, quiso volver a la iglesia a pedirle al Señor perdón por todos sus pecados.

Un día Martha llegó a su casa con el pastor de la iglesia y dos ecopastores. Querían conocer al hijo del que tanto hablaba Martha y amablemente lo invitaron para que empezara a ir a la iglesia y que fuera parte del grupo de jóvenes que asistían a ella. Andrés, sabiendo las reglas de la doctrina pero viendo también el poder que ejercía sobre él, tomó “una buena decisión”: empezó a asistir a los cultos juveniles de la iglesia pentecostal.

“El primer día que asistí a culto juvenil tenía susto, pero el pastor me presentó y todos me recibieron con mucha amabilidad; obviamente él ya había contado

mi caso para que todo fuera así. Empezamos a cantar y tuve por primera vez una conexión con mi Señor; fue hermoso e inexplicable. El día fue lindo, y no pude evitar ver que tenía a mi alrededor jóvenes muy atractivos”, recuerda hoy Andrea.

Andrés siguió asistiendo a la iglesia y disfrutaba la herencia que le habían dejado su madre y su abuela. Cada momento de alabanza Andrés lo sentía y se olvidaba de lo que le ocurría. Pero siempre estaba el miedo de mostrar lo que realmente era.

Con el pasar del tiempo se hacía inevitable que llegara el día en que su sexualidad interfiriera en su relación con Dios. El pastor de la iglesia siempre supo *el problema* de Andrés, y verlo tan devoto y tan comprometido con la iglesia hizo que creyera que había derrotado al maligno espíritu que lo poseía. A pesar de su sentimiento de triunfo, el pastor decidió corroborarlo y hablar con Andrés directamente. Después de un rato de alabanza Andrés siempre se quedaba en la iglesia limpiándola. Ese día el pastor hizo que se sentara y con la Palabra de Dios en la mano empezó una larga charla.

Andrés en medio de la conversación se vio obligado a confesar su deseo de ser mujer y a aceptar que nunca había desaparecido este sentimiento. El pastor manifestó su desilusión y quiso dejarle claro a Andrés que a Dios no le gustaban los homosexuales y que él sólo era un pobre joven poseído por un demonio. Desde ese momento la vida para Andrés cambió por completo: simplemente quería ser aceptado por Dios y no condenarse. Para lograrlo tenía que deshacerse de su pasado; no volvió adonde sus amigos y se dedicó a estar en la iglesia y a estudiar la Palabra de Dios. Después de varios meses de alabanza, de largos ayunos y de perseverancia para lograr vencer ese espíritu que se adueñaba de su sentir tomó la decisión de ser bautizado para lograr así ser formalmente parte de la iglesia.

Una pila llena de agua y una serie de oraciones del pastor hicieron que Andrés diera este importante paso. Su cuerpo se sumergió completamente en el fondo de la pila, y sin quitarse ninguna de las prendas que llevaba ese día fue bautizado en el nombre del Señor, a pesar de tantos pensamientos confusos y tanto dolor por el desprendimiento sentimental que estaba obligado a hacer a partir de ese momento.

Después de este día tan importante Andrés y todos los integrantes de la iglesia organizaron un viaje en el que se realizaría un campamento durante cinco días. Desde su llegada dejó sus maletas y se dirigió al lugar que habían destinado para la capilla por esos días. Durante la semana se realizaron diferentes actividades

religiosas y participó en todas ellas. Cuando le quedaba tiempo libre siempre su destino era la capilla. Al segundo día de campamento el pastor vio que Andrés no estaba ni comiendo ni durmiendo como debía. Andrés estaba decidido a sacar ese espíritu que no lo dejaba vivir en paz. Su angustia hizo que días atrás enviara diecisiete cartas a pastores distintos en las cuales les contaba su situación y los invitaba al campamento para que le hicieran una liberación.

Habían pasado cuatro días desde que llegó al campamento; días cargados de oraciones. El agua y dos horas de sueño habían sido su única fuente de energía. Este día iba a ser distinto. Su alma por fin sería liberada. Cuando llegó la tarde, Andrés y cuatro pastores se dirigieron a una cabaña lejana del lugar donde se encontraban las demás personas, se reunieron en un cuarto. Él estaba en el centro de un círculo de oraciones y las cuatro personas que lo rodeaban hacían que sintiera una fuerte presencia.

Los pastores por un instante vieron el cuerpo de Andrés elevándose de suelo. Sus ojos estaban abiertos; tenía una mirada entristecida. Una voz femenina y delicada salió de Andrés: “Yo tomé este cuerpo desde mucho antes de su nacimiento; no soy un espíritu maligno y no existe la manera de sacarme de él”. Andrés volvió en sí y no podía recordar lo que había pasado. Los pastores, sorprendidos y con su cabeza llena de interrogantes, hicieron su mejor esfuerzo para contarle a Andrés todo lo sucedido.

Después de aquel momento Andrés tomó la difícil decisión de retirarse de la iglesia con el argumento de no poder acallar más sus sentimientos. Volvió a ser el mismo de antes, recuperó sus amistades y empezó a transformar su cuerpo con pequeños accesorios, que cada vez lo hacían ver más mujer. En una libertad acompañada de drogas, fiestas y alcohol convirtió su vida durante cinco años. También trajo consigo un cambio radical: empezó por fin a vestir como mujer.

Un día Andrea recibió una llamada. Era Paola Chamorro, la esposa de Moisés Morales, uno de los pastores que estuvo en la liberación fracasada. Andrea, curiosa por el motivo de la llamada, sostuvo una conversación por varios minutos, de la cual resultó una cita en la nueva iglesia del pastor Moisés.

Andrea, a pesar de las cosas que había vivido, en el fondo quería volver a su segundo hogar; quería volver a sentir lo que hacía cinco años no sentía. Controlar los nervios hacía parte de la preparación física para volver a la iglesia, y con decisión y alegría llegó de nuevo a la casa que desde ese momento la acogería y

la guiaría por el camino del bien. Esta vez Andrea fue recibida como una mujer y como una hija legítima de Dios y con la convicción de que aquel espíritu de mujer encerrado en el cuerpo de un hombre solamente era un error, un error al que todos como hijos de Dios están expuestos y que en esta ocasión no era malo; simplemente era una transición por la que tenía que pasar Andrea para que en su próxima vida por fin fuera una mujer en cuerpo y alma.

Andrea estaba recuperando su tranquilidad emocional, pero estaba perdiendo a su mamá. La vida de Martha no sólo estaba atravesada por los sufrimientos vividos con Andrea, sino que también tenía que sobrellevar una diabetes que la volvió dependiente de la insulina durante veintitrés años. Este medicamento hizo que con el tiempo su hígado y sus riñones no respondieran más.

Andrea tuvo que pasar un duelo acompañada por la soledad y las deudas. Su constante deseo de retribuir todo lo que su madre había hecho por ella hizo que descuidara su vida financiera y perdiera la peluquería que con gran esfuerzo había montado, pero que en el momento importaba muy poco.

Después de unos meses, Andrea empezó a trabajar en la peluquería de Katherine para tratar de pasar el trago amargo de no tener más a su mamá. Un día recibió una llamada que no pensó que desde ese momento la haría la mujer más feliz. Héctor Fabio había vuelto y con el deseo de quedarse por siempre.

Hoy aquella mujer que siempre existió en su interior por fin sale a la calle disfrutando de su apariencia; maneja su cuerpo y su ser con la delicadeza que se merece. Es Andrea, una mujer atrapada en un cuerpo extraño, un cuerpo que no coincide con su sentir; con la fortaleza adherida a su existencia que hizo que ella lograra su gran sueño; cumplir con su papel de mujer en una sociedad llena de prejuicios y aberraciones hacia las personas que como ella, jamás podrán cumplir con el simple requisito de haber nacido con el órgano sexual que correspondiera con sus sentimientos.



19

Su cuerpo por la libertad

Valentina Ramírez Arana

Durante las noches el ruido de la selva puede ser realmente ensordecedor: el vuelo de los insectos, el viento que pasa por entre los árboles, los chillidos de los pájaros. La voz de la selva en toda su plenitud le impedía a Raúl Antonio conciliar el sueño. Esa noche en particular Raúl sabía que sería prácticamente imposible dormir.

Hacía dos horas había recibido la orden directa del comandante Gustavo Alfonso para que a las tres de la mañana en punto llevara a Sara María Puertas López hasta el samán cerca del río. Raúl sabía que desde que el comandante Gustavo Alfonso estaba a cargo del grupo ese viejo samán sólo se utilizaba como paredón de fusilamiento.

Sara María era una muchacha de mirada profunda y tez blanca; de carácter recio y peligroso. De un momento a otro parecía como si lo único que tuviera para decir la voz de la selva en medio de la noche fuera ese nombre una y otra vez: “Sara María, Sara María”.

Cada vez que Raúl cerraba los ojos veía la imagen de Sara María con su espalda apoyada contra el viejo samán, la luz de la luna reflejada en su tez blanca, y en su mirada la angustia de saber que pronto la besaría el metal frío de una bala; una bala que Raúl Antonio no podrá disparar.

Raúl miraba su reloj. Una y diez de la madrugada. Los segundos parecían días, y los minutos, semanas. Sabía que tendría que escapar y que necesitaba un plan; pero no cualquier plan. El comandante Gustavo Alfonso conocía muy bien el lugar. Raúl prefería enfrentarse a mil hombres como el comandante Alfonso por el resto de su vida y no a la imagen de Sara María muerta junto al río por una bala suya.

Tres semanas habían pasado desde que Sara María había llegado al campamento. Era la encargada del anillo de seguridad de *Teo*, el comandante del frente catorce, y principal sospechosa de ser la infiltrada que facilitó su captura. Desde el primer día de su llegada Raúl Antonio fue el encargado de cuidarla mientras la sometían al consejo de guerra en el que decidirían su destino. Fue inevitable para él que desde el primer momento en que se cruzaron sus miradas sintiera el fuego del amor en su corazón. Ella, en cambio, era indiferente, distante, precavida y desconfiada; lo ignoraba y a cada gesto le respondía con rabia y desprecio. Sabía que era su carcelero quien la miraba, el verdugo de sus días, y en su corazón no había espacio para nada que no fuera odio. Esa desconfianza infinita era un abismo casi imposible de cruzar, el mayor obstáculo para el plan de Raúl; sabía que en la primera oportunidad Sara María tiraría a matarlo. Era con toda seguridad un pulso a muerte en el que difícilmente encontraría espacio para contarle su plan. Sabía incluso que corría el riesgo de que lo delatara ante el comandante Gustavo Alfonso para recuperar la confianza y su lugar en el campamento. ¿Cómo, entonces, podría Raúl proteger a Sara sin arriesgar su propia vida?

Sus pensamientos fueron disipados cuando escuchó la voz seca del comandante Gustavo Alfonso, que como un golpe en el pecho lo devolvió a la realidad de la selva, bañada esa noche por una llovizna que hacía escurrir el agua entre el cuello de su camisa, mientras la humedad de la selva se convertía en gotas de sudor y lluvia que caían sobre sus ojos.

Sara María, una mujer calculadora y mejor conocida como la *Víbora*, llevaba varios meses planeando su huida y conocía a la perfección la hora, el día, el terreno y el camino que debía seguir para escapar del comandante Gustavo Alfonso. Y cuando supo que Raúl Antonio estaba enamorado de ella, planeó

engañarlo y distraerlo para salir sin ningún problema. En algún momento se darían cuenta de que había escapado y el responsable sería Raúl por haberla dejado sin vigilancia. Para ella era el plan perfecto. Ella le contó a Raúl sus deseos de huir. Él escuchó el plan y aceptó. Sólo le tenía una condición: que se acostara con él. Sara, sin ningún problema, accedió; le dijo que la noche antes de que ella escapara cumpliría esa condición.

Raúl se quedó sin aliento al escuchar la respuesta de Sara. Hasta entonces, realmente, tener a Sara María entre sus brazos era un sueño tan lejano que ni siquiera su imaginación se lo había querido conceder. Y a pesar de que el deseo que sentía por ella recorriera su cuerpo sólo con verla, aquella condición únicamente era parte de su plan; él sabía que si le decía que la amaba, ella jamás le creería, y que, en cambio, si le pedía su cuerpo como el precio de su libertad una mujer con tanto dolor y desencanto de la vida lo entendería como un simple trato más que le ofrecía la vida y con seguridad estaría dispuesta a aceptar; sin embargo, algo en la respuesta de la mujer inquietó a Raúl. Un cierto brillo en su mirada le hizo pensar que ella sentía algo por él. Eso realmente no lo esperaba Raúl. Cualquier cosa podía esperar de una mujer como ella menos un asomo de sensibilidad, un leve tono de ternura. Todo menos una mirada de amor.

La noche avanzaba y con el paso de las horas el momento llegó. Faltaban quince minutos para las tres de la mañana cuando Sara María escuchó el ruido de las llaves que abrían los candados de sus cadenas. Era Raúl. Se acercó a la prisionera, tirada en el suelo con la ropa mojada, pegada como si estuviera tatuada en su cuerpo casi perfecto que el rigor de las caminatas y el temple que se requiere para sobrevivir en la selva habían esculpido. Él no pudo evitar detenerse un momento para contemplarla tirada en el suelo, dominada por completo; y aun en el suelo vencida por el peso de las cadenas su mirada altiva y su espíritu intacto parecían elevarla hasta el cielo.

La miró sin poder ocultar sus deseos. Se le acercó muy despacio hasta que la tuvo lo suficientemente cerca para darle un beso. La tomó con la mano por el cabello y la levantó con fuerza, como quien levanta un perro, mientras decía con firmeza para no levantar sospecha: "Te llegó tu hora, traidora". Ella tomó las cadenas que le colgaban del cuello y con estas respondió con un golpe seco que le rompió la boca a su carcelero. Raúl reaccionó de inmediato y de una sola bofetada la tiró boca abajo en el suelo; se le fue encima y mientras la dominaba le amarró las manos detrás de la espalda.

Sentía que el corazón le quería reventar el pecho por tenerla tan cerca y a la vez sentía el poder de su furia y sentía ese cuerpo perfecto temblando de rabia pero también de deseo. La blusa mojada y un rasgada por el forcejeo mostraba unos pezones firmes que dejaban al descubierto los efectos de la adrenalina que producía el momento. Raúl la llevó empujada y a veces a rastras hasta lo más espeso de la selva. Ella sabía que el viejo samán estaba cerca; el momento de la verdad estaba próximo. Cuando llegaron al sitio no hubo más ruido de cadenas. Sara María, todavía con sus manos atadas a la espalda, se recostó contra el samán y mirando a Raúl a los ojos le dijo: “Soy tuya. Mi vida está entre tus manos. Decide de una vez si vivo o muero”.

Cerró los ojos dejándole a Raúl la libertad de decidir el momento. Él no podía creerlo. La lluvia arreciaba, se escuchaban los truenos, y los rayos iluminaban ese cuerpo perfecto besado por la lluvia. Sara María permaneció con los ojos cerrados y el corazón abierto. Raúl se acercó, temeroso. Deslizó sus manos por la cintura de Sara y sintió por primera vez su vientre; las fue llevando suavemente hasta tocar la espalda. A medida que Raúl se acercaba el pecho de Sara se agitaba más. Cuando la tuvo lo suficientemente cerca, sus labios ya no pudieron contenerse y en el beso más ardiente toda la furia que llevaba por dentro se convirtió en incontrolable deseo.

“Es mejor que no me sueltes”, le dijo Sara María mientras las palabras se ahogaban en besos que le llegaban hasta la garganta. “Es mejor que no me sueltes porque no respondo por lo que haga”.

Las manos de Raúl, que aún rodeaban la cintura de Sara, desataron de un solo tirón las amarras. Por unos instantes todo quedó en silencio. “Ahora estás suelta —le dijo Raúl—. Puedes hacer lo que quieras. Eres libre; ya no te amarra ninguna cadena”. Ella lo miró fijamente. Tenía la respiración acelerada. Sus labios todavía con ganas se abrieron para decirle con firmeza: “Tenemos un trato, y no me quiero ir debiéndote nada”.

Sus manos, recias, liberadas, quitaron del todo su blusa mojada. Se volvió a recostar contra el árbol y levantó los brazos para que la lluvia le acariciara el torso desnudo, como si estuviera celebrando el regreso al mundo. Ya nada importaba. En la selva se aprende que la vida es prestada, y ambos sabían que bien se les podría acabar en cualquier momento.

Raúl cayó de rodillas frente a su amada y hundió su cara en el vientre de ella; la besó de manera desesperada, mientras que con sus manos le acariciaba el cuerpo y le recorría los pechos que la lluvia tocaba. En un momento Sara estuvo

de nuevo tirada en el suelo, pero ya no dominada por las cadenas sino por un intenso deseo. Ya no la cubría la ropa que antes parecía tatuada en su cuerpo. Ya no la cubría nada que no fuera el deseo de Raúl, quien con igual desespero recorría con besos cada centímetro de su cuerpo. Poco a poco el deseo se fue transformando, y el fragor de los cuerpos desnudos se convirtió en la calma de los que se aman.

“Me devolviste la vida, la libertad y además me has hecho sentir amada —dijo Sara—. Yo no me puedo ir de tu lado. No hay forma en que te pueda pagar lo que has hecho, y yo no quiero irme debatiéndote nada”. Pareciera que el tiempo se detenía frente al viejo samán. Hasta que el ruido ensordecedor de un cañón selló el idilio y marcó la separación refugiada en los brazos de Raúl. Sara había visto al comandante Alfonso acercarse, y sin pensarlo dos veces se disparó directo al corazón. Abrazada a Raúl susurró: “Tu misión quedó cumplida. Ya no te puede hacer nada. Me voy tranquila porque ya no te debo nada”.

Raúl toma aire y seca sus lágrimas. Bebe dos sorbos del agua que sacó de la nevera; se le cae el vaso. Mientras recoge los pedazos dice: “Yo amé a esa mujer desde el primer día que la vi”.

Bota los trozos de vidrio en la basura de la cocina, abre la llave y lava sus manos. Luego coge la bolsa azul que había dejado en el comedor; se ve pesada.

“Siempre recuerdo ese día —confiesa Raúl mientras amarra a su muñeca la bolsa azul—. No he podido sacarlo de mi mente, —mira a la visitante—. ¿Tiene hambre? Tengo un excelente estofado en el horno —ofrece mientras saca un par de servilletas de la gaveta de la cocina; sirve los platos y los pone en el comedor, siempre con la bolsa en la muñeca—. Por la forma como me mira me imagino que quiere preguntarme qué tengo en esta bolsa, ¿verdad? —Saca una pistola vieja, rayada por todas partes y llena de óxido—. La llevo siempre conmigo. Esta es la pistola con la que Sara se disparó y la misma con la que maté al comandante antes de huir de ese monte. Uno nunca sabe cuándo van a venir a matarlo”.



20

El momento equivocado

Melissa Fajardo Bastidas

Fue a finales del 71 cuando las calles de Cali dejaron de ser sólo calles para convertirse en historias cotidianas que tiñeron de sangre el asfalto. A sus sesenta y dos años Diva, una mujer madura de rostro amable, baja estatura y contextura gruesa, conserva un recuerdo que golpea su mente desde aquella noche de agosto aparentemente ordinaria en que las palabras “futura madre”, que tanto orgullo le causaban, fueron borradas por cuatro impactos de bala seguidos que hicieron blanco en su vientre. Los peatones que transitaban por aquella acera del barrio Los Cábmulos se reunieron y fueron testigos del crimen cometido.

Era su primer embarazo. Esperaba una niña. Ese día cuando llegó a su casa luego del trabajo tuvo el repentino deseo de comprar unas medias veladas y decidió salir a buscarlas a eso de las siete de la noche. Prefirió caminar hasta el almacén, atendiendo la recomendación del médico, quien le había dicho que le sería muy provechoso hacer algunas caminatas en su estado. El clima era perfecto para hacer ese trayecto. La noche era fresca, tal como a Diva le gustaba. La calle estaba iluminada tan solo por algunas bombillas del alumbrado público.

“Me encontraba en el momento equivocado y en el lugar equivocado”, dice con tristeza. Hubo fuego cruzado entre dos automóviles cuyos pasajeros eran unos mafiosos que ajustaban cuentas. “Iba caminando con mi esposo Edgar cuando

escuchamos los disparos. Supe de inmediato que me habían herido porque sentí un *quemonazo* en el vientre”. Diva cayó al suelo y su esposo la auxilió; fue trasladada al Hospital Departamental.

Recuerda nítidamente el trayecto en la ambulancia. La sirena no paraba de sonar. “Haga lo que tenga que hacer, que estamos vivas”, le dijo Diva a la enfermera de turno que la recibió en el hospital. Fue sometida a una intervención de urgencia. Su recuperación fue traumática, y sólo después de salir de un estado de coma que duró varios días se enteraría de que su bebé no había logrado sobrevivir.

“No sabía si rezar, llorar o meterme a esa sala de cirugía”, dice Edgar con la mirada baja. Esos cincuenta y tres minutos en el ambiente pesado de la sala de espera pasaron para Edgar a la velocidad del cuentagotas de las bolsas de suero con medicamentos que le inyectaban en las venas a su esposa. En medio de esa angustia, escuchando los gemidos de personas quejándose de dolor y llantos de niños y viendo enfermeras con paso apresurado y cara de preocupación por los pasillos, Edgar se agarraba la cabeza con las manos, acurrucado en el asiento de la sala. Construía esperanzas en el vacío.

Faltando quince minutos para las diez de la noche salió el doctor Ramírez y llamó a Edgar. “Señor —le dijo—, hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance, pero su esposa perdió a la bebé. Dos de los tiros impactaron en la placenta, lo cual impidió que el oxígeno llegara a la niña... Por otra parte, su esposa se encuentra en estado de coma. Esperamos que ella supere esta condición en un tiempo prudencial. Lamentamos lo sucedido, señor. Si desea acompañeme a la habitación para que la vea”.

Edgar aún no había llamado a los padres de Diva. Nadie sabía lo ocurrido. Y creía no tener el suficiente valor para comunicar tan mala noticia. Decidió hablar primero con Nancy, la madre de Diva, quien se presentó quince minutos después. No hubo necesidad de palabras. Un abrazo fue suficiente.

El de Diva había sido un embarazo totalmente planeado y controlado. Había sufrido muchos problemas en el transcurso de los siete meses, pero gracias a sus cuidados y seguir al pie de la letra las recomendaciones de los médicos la bebé crecía sana. Edgar no asimilaba cómo de una forma tan abrupta se truncaron sus ilusiones.

“Pasé toda la semana en el hospital esperando a que Diva reaccionara, como quien va a dar un discurso: ensayaba y me preparaba para darle la noticia de la pérdida de nuestra querida Gabriela”.

Diva reaccionó de golpe, y lo primero que hizo fue acariciarse el vientre. Creía que Gabriela crecía allí, que había logrado sobrevivir. “Aunque estaba estropeada, todavía sentía a mi bebé. Pensé que habían pasado dos o tres horas después del accidente. Lo calculé así, pues en mi mente todavía era vívido el instante en que estaba en la ambulancia”. Miró a su alrededor y alcanzó a ver en la superficie de la mesa de noche unas láminas que parecían ser ecografías. “Ver eso me reafirmó que Gabriela estaba sana”.

“Al entrar y ver despierta a mi esposa, angustia y emoción corrieron por mi cuerpo —cuenta Edgar—. ¿Qué debía hacer primero? ¿Darle la noticia o esperar sus preguntas? Su cara sonriente me confirmó que no sabía la verdad. Era mi turno ahora”.

—¡Mi amor! —exclamó él—. Oh, gracias a Dios que despertaste. ¿Te sientes bien? Llamaré al doctor...

—¡No, Edgar, espera! Agarra fuerte mis manos. Demos gracias a Dios. Esto es un milagro. Estamos vivas. Cuéntame, ¿cómo está Gabriela?

—Diva..., la niña no sobrevivió.

Mirándolo con ojos incrédulos, Diva le gritó que fuera por el doctor.

Edgar salió de la habitación y con la angustia marcada en el rostro se acercó a Nancy. “Despertó. No me creyó la noticia. Por favor, entre y háblele. No soporto verla en ese estado. Voy por el doctor”.

Recorrió con prisa los dos corredores que conducían a la sala de especialistas. Llegó en segundos al consultorio. Cuando regresó con el doctor a la habitación, justo entraban dos enfermeras casi tumbando la puerta. Se escuchaban gritos y llanto.

“¡No, no, no! ¡Es mentira! Si no la tengo en mi vientre ¿dónde está? ¡Tráiganme a mi bebé! ¡Ella está viva!”.

Una enfermera sostenía a Diva mientras otra le inyectaba un calmante en el brazo izquierdo.

—Doctor, ¿qué hago? —preguntó Edgar agarrándose la cabeza—. Ella cree que la niña está viva.

—Tranquilo, señor. Eso es normal. Acaba de despertar de un coma. Por eso la confusión.

Diva no reaccionó ese día ni el siguiente, aunque tuvo intervalos en que despertó en la madrugada y en medio de llanto pronunciaba el nombre de Gabriela y pedía que se la trajeran a sus brazos. Esa semana fue desastrosa, impresionante. Diva aseguraba tener a Gabriela en el vientre. Su sintomatología era exacta a la de cuando estaba en embarazo. Aun viendo su abdomen vendado ella sentía a su bebé allí. “Sáquenmela”, repetía constantemente. Lloraba y enseguida le aplicaban más calmantes, que la dormían de inmediato.

Sin embargo, los días más duros eran cuando se despertaba de golpe y se arrancaba las sondas de sus brazos. Era agresiva y afirmaba que le habían robado a Gabriela; que la soltaran, que ella misma iría a buscarla.

—Edgar, ¡párate! ¡No puedo creer que duermas mientras tienen a nuestra hija secuestrada!

—¡Diva! Vuelve a la cama. Llamaré al doctor.

—¡Cállate! Ve a la sala de neonatos. Allí está ella.

“En la familia estábamos ya conscientes de que Diva requería ayuda psiquiátrica”, continúa Edgar. No había logrado salir de la etapa de negación. Los episodios de agresividad eran cada vez más frecuentes. “Cuando me veía me gritaba ‘¡Edgar, eres un inútil! Rescata a tu hija. Nos estás haciendo daño’. La dosis de los calmantes era más alta y aumentaba el número de las ampollitas inyectadas cada día”.

“Diva necesita ser internada por un tiempo en un centro psiquiátrico —dijo el psicólogo que fue a verla—. No será mucho. Le ayudaremos a superar la etapa de negación por la cual está pasando”.

“Sabía que era lo mejor, pues esa agresión no era normal —afirma Edgar—. Se había estimado una semana más para darle de alta a Diva. De allí la llevaríamos a la casa por una semana para ver cómo seguía su proceso. Doña Nancy quería cuidarla y aseguraba que su hija no requería de ayuda psiquiátrica alguna. No obstante, yo sentía mucho miedo”.

El jueves de esa semana, a finales de agosto, le dieron de alta. Su apariencia era deprimente. No había hablado. Se veía que aún estaba sedada. “La llevé directo a casa de su mamá. La familia ya estaba enterada de todo. Sus hermanos y sus

padres la abrazaron apenas llegó a su casa, pero la mirada de Diva era totalmente perdida. No hablaba.

“Sentí alivio al escuchar a mi suegra decir que mi esposa había pasado una excelente noche y que estaba tranquila, aunque seguía sin decir una sola palabra. Eso me preocupaba. Las escenas agresivas habían desaparecido; significaba que no necesitaría el centro psiquiátrico y mediante un proceso ella estaría bien. Eso creía yo, pero no fue así”.

—Mamá, Gabriela está llorando —susurró Diva una madrugada—. Levántala. Yo no puedo. Estoy adolorida.

—Hija, tranquila —dijo doña Nancy—. Vuelve a dormir. Estás soñando.

—¡Mamá! Está llorando —insistía Diva—. Debe de tener fiebre. Ayer la noté muy congestionada. Mírala, por favor.

Como Nancy no le hizo caso, Diva se paró de la cama sin importar el dolor y dirigió su mirada hacia un mueble que se encontraba en el cuarto. Llegó hasta él y se asomó por el espaldar, donde había una mesa que daba al borde con la pared. En la mesa estaban tendidas unas sábanas y una cobija como si fuese una cama. Diva las había acomodado el día anterior. Aseguraba que su hija estaba ahí. Ahora gritaba y lloraba mientras la buscaba por todo lado. Doña Nancy se levantó e intentaba sujetarla, pero Diva tenía más fuerza. En medio de su crisis la golpeó en la cara.

—¡Ramón, ayúdame! —gritaba Nancy a su esposo—. ¡Sostenla! Voy a llamar a Edgar para que la lleve a la clínica”.

“Cuando recibí esa llamada a la madrugada sabía que era por Diva. Algo había pasado. De alguna manera me sentía listo para afrontarlo. Había hablado con un psicólogo días después de que la dieran de alta y me había instruido bien al respecto: ‘El duelo supone un proceso de cinco etapas. La primera es la negación. Diva no ha logrado superar esta etapa; esto explica su comportamiento defensivo: no ha aceptado la muerte de la niña’. Sin embargo, él me había dicho que si la conducta agresiva no disminuía y, en cambio, empeoraba, tendría que recibir tratamiento psiquiátrico”. Llegué a la casa de Nancy a las cuatro de la mañana. Diva estaba fuera de control. Había varios asientos y vidrios en el piso. En medio del desastre Nancy lloraba y su esposo la abrazaba. En cuanto Diva me vio, entre lágrimas y desesperación dijo: ‘Edgar, la niña estaba enferma. Lloraba y se la llevaron de nuevo. ¡Se la robaron! ¡Por qué ustedes no hacen nada? ¡La

niña tiene hambre, está enferma!'. Verla en ese estado me confirmó que debía hacer lo indicado por el psicólogo". Edgar llevó a Diva a urgencias del centro psiquiátrico, donde lo primero que hicieron fue inyectarle un calmante que la durmió al instante.

—Señor —le dijo el médico que los recibió—, le haremos unos exámenes médicos a su esposa para descartar algún quebranto físico.

—¿Cuánto tiempo tiene que estar aquí?

—Por el estado en que llegó su esposa tendremos que dejarla internada. Su estadía aquí depende del progreso con el tratamiento que le daremos.

“Por unos días no me permitían ver a mi esposa. La idea era aislarla de su entorno y su familia con la esperanza de que así se le facilitara el proceso de aceptación, que personalmente yo veía muy lejos. Llamaba todos los días a preguntar por ella. Siempre me decían que estaba bien, pero sólo lograba imaginármela inmóvil en una cama, sedada por calmantes”.

Un mes y medio después de que Diva fuera internada en el centro autorizaron a su familia a visitarla. “Ese jueves en la tarde fui a ver a mi esposa —cuenta Edgar—. Estaba sola, sentada en una pequeña sala. Su apariencia era demacrada; estaba ojerosa y muy delgada. Como se había vuelto costumbre, miraba al vacío. Sentí mucho miedo los minutos previos a dirigirme a ella. Esperaba que me rechazara, o que hubiera un episodio agresivo”.

—Hola, mi amor —dijo Edgar en voz suave.

—Hola, Edgar —contestó Diva, y para sorpresa del hombre añadió ella con voz ahogada: —La niña está muerta...

—Lo sé. Estás conmigo, Diva, y cuentas con mi compañía por siempre.

—¿Por qué tuve que tener el capricho de irme a comprar unas *putas* medias y acabar con la vida de mi bebé?

—No fue tu culpa, mi amor.

—¡No puedo con este remordimiento, Edgar!

“Después de haberla visto pasé inmediatamente a hablar con el psicólogo. Le conté lo que ella me había dicho. Al parecer ya aceptaba la muerte de Gabriela”.

“Al principio se tornó un tanto difícil —le contó el profesional a Edgar—. Tenía varios episodios agresivos al día y sólo podían ser controlados con sedantes. Sin embargo, ella ha seguido un proceso terapéutico y ha dado buenos resultados. El tiempo de recuperación no puede estimarse, pues eso depende de ella. En cuanto a las etapas del duelo, su esposa se encuentra ahora en la segunda: la ira y la culpa. Ya aceptó la muerte, pero ahora siente rencor, remordimiento y culpa”.

—Entonces, ¿tendrá que estar internada por un tiempo más?

—Es lo recomendable. Dígame una cosa: ¿usted ha planeado tener más hijos con ella?

—¡Claro! Es lo que quiero. Aunque sé que tengo que esperar un largo tiempo por su recuperación.

—Por favor, señor Edgar, pase a hablar con el doctor; él tiene que darle una información.

“No olvido este momento —comenta Edgar—. No esperaba malas noticias. Me agarró de sorpresa”.

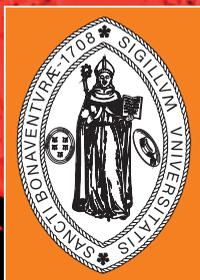
—Buenas tardes, Edgar —saludó el médico—, siéntese. Tengo una mala noticia. Los exámenes que le realizamos a Diva indican que ella no está en la capacidad de tener hijos en un futuro. Le hemos tomado varias ecografías que señalan que el útero quedó afectado debido al accidente.

“Una noticia tras otra. Quedé sin palabras. Eran personas profesionales, así que era verdad. Ahora sólo pensaba en que Diva no iba a salir de la recuperación con esta noticia. Le conté a mi suegra sobre esto y quedó muy afectada”.

El proceso de recuperación iba realmente bien. Tanto, que ya habían estimado una fecha para darle de alta: en tan sólo veinte días estaría de nuevo en casa con su familia. Tanto Edgar como los padres de Diva habían hablado en muchas ocasiones con el psicólogo, quien era encargado de explicarles con detalle el proceso de Diva e indicarles la manera como debían de tratarla ahora que la tuvieran en casa.

“Era consciente de todo lo que había sufrido en el duelo, pues los psicólogos no me habían ocultado nada —dice Diva—. Sabía que estaba en un centro psiquiátrico, conocía las causas y las aceptaba. Seguiría en control asistiendo a consulta constantemente. En ese momento lo que necesitaba era superar el duelo y estaba animada por reunirme con mi familia de nuevo”.

La frase “si ven a alguien vivo díganle lo mismo”, la dejó marcada. Jenny no se imaginaba ver muertos a sus compañeros, aquellos con los que había compartido parte de su vida. Los tenientes habían muerto y varios de sus compañeros habían caído junto a ellos. Jenny y Maritza corrieron como nunca lo habían hecho. No les importaba nada. “Pero esta imagen nunca se me va a borrar de la mente: en medio de la carrera que echamos, Yuli, una de nuestras compañeras más pequeñas, de tan sólo ocho añitos, venía acercándose con el brazo destruido y suplicando que no la dejaran morir. Pero ni siquiera alcanzó a terminar de pronunciar estas palabras cuando un hijueputa de esos guerrilleros le dio un tiro por la espalda. Maritza y yo nos quedamos paralizadas; de la carrera que traíamos ya no quedaba nada, sólo el mero agite de la respiración. Pensé, entonces, que me había llegado el momento. Fueron esos los segundos más largos de mi vida. Sólo podía pensar en mi mamá, en cómo estaría, en si ya se habría enterado de lo que estaba pasando, pues en pueblo chiquito todo se sabe”.



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
SECCIONAL CALI**

La Umbría, carretera a Pance
PBX: 488 22 22 - 318 22 00 - Fax: 555 20 06
A.A. 7154 y 25162 - www.usbcali.edu.co